

50 Años

50 HISTORIAS
SOBRE LA
INUNDACIÓN
DE IRAPUATO
DE 1973

Jakobus 23

50 años
50 historias sobre la inundación de Irapuato 1973

50 años
50 historias sobre la inundación de Irapuato 1973



Archivo Histórico Municipal de Irapuato

Lorena del Carmen Alfaro García
Presidenta Municipal de Irapuato

Rodolfo Gómez Cervantes
Secretario del Ayuntamiento

Dulce María Guadalupe Vázquez Mendiola
Directora del Archivo Municipal

Diseño de portada

Makabeo

Mtro. José de Jesús Cervera Ayala
Director de la Facultad de Diseño Gráfico
Universidad Quetzalcóatl de Irapuato

Diseño Editorial

Mtra. Paloma Mares Ramírez
Profesora de la Facultad de Diseño Gráfico
Universidad Quetzalcóatl de Irapuato

D.R. © Archivo Histórico Municipal de
Irapuato
Calle Allende 170, Centro Histórico
Irapuato, Guanajuato
C.P. 36500

Primera edición, 2023

Impreso en México

Printed in Mexico

ISBN en trámite

Cuidado de la edición:

Franco Damián Segoviano Chávez

Emelly Karina Barrón Rico

Jorge Luis Conejo Echeverría

Imagen de portada:

Pintura titulada Torrente de agua,

del artista plástico Makabeo

Técnica mixta, medidas 78x30cm.

Año 2023

Índice

Presentación

La inundación de 1973 por un soñador Víctor Manuel López Loeza	16	El tesoro más grande eran mis colores. Vivencias de la inundación de Irapuato de 1973 Javier Eduardo Sandoval García	74
Recuerdo de un acontecimiento inolvidable Ma. Eugenia Rodríguez Villafaña	24	“Pancho” y el futbolista Marino Guevara en la inundación de 1973 Manuel Delgado	81
Perdimos todo lo material, pero no la fe Rosa María Corona Martínez	33	De entre el agua sacaba latas de comida Héctor Arévalo	94
Lo que el agua se llevó Susana Arredondo Barajas	40	La bebida que nació aquel 18 de agosto de 1973 Amalia Montoya Jorge	100
Mario Rey, el “astro” del Irapuato, nos ayudó con comida Tigrio Witrago de la Lama	61	¿Por qué ir a Romita? María Fernanda Pérez Rodríguez	107
Mucha gente se ha olvidado Israel Morales Castorena	68	Abría mi boca mirando al cielo para calmar mi hambre y mi sed Ma. Cruz Echeverría Ibarra	114
		Un espejo de agua a lo lejos José Luis Conejo Morán	118

Varios ojos se inundaron con lágrimas y muchos corazones se ahogaron en el dolor Ma. Concepción Zárate Piña	122	¡Ay hija, ya se cayó nuestra casa! Laura Amézquita Hernández	168
Don Nacho Karla Aguilera Rangel	127	Un año trágico Marco Antonio Vanzzini Castellanos	174
¡Ahí viene el agua! ¡Córranle! ¡Apúrense! Carlos Sánchez García	136	No era melón ni sandía, era el padre Limón Francisco Guerra Hernández	182
Mi experiencia en la inundación de 1973 Walter Adam Shaw Garay	146	Farmacia Independencia Federico Vargas Somoza	187
En aquel entonces, yo tenía una novia, llamaba Lolita José Gutiérrez Granados	150	Dios me cuidó de no morir aplastado ni ahogado Juan José López Luna	193
¡Ahí viene el agua! Pero la de tomar Franco Damián Segoviano Chávez	155	Aquellos largos días de agosto de 1973 Vianney Alejandra Pérez Aguilera	201
La presa del Conejo se iba a reventar, pero nadie creía en eso Gabriel Buendía Ramírez	165	La Ferretería Insurgentes Nidia Ponce García	206
		La menudería de los Bomberos Marcela Lara Villareal y Dolores Lara Villareal	210

Las mujeres de Irapuato se vestirán con ropa fina	213	Las cuadrillas de TELMEX	243
Ana Leticia Paul Headley		Luis E. Esperón C.	
No se sabía a que nivel subiría el agua	217	Todo se cayó, pero el Santo Niño de Atocha quedó intacto	254
Laura Margarita Vázquez Ezquivel		José Loreto López Luna	
Las tortas del Vivero Revolución	221	Mil historias que contar	261
Diego Fernando Flores Mosqueda		Paula Hernández	
Mi abuelita Camerina	224	Vimos como la corriente arrastró a dos jóvenes	265
Julio César Fernández Linares		Hortensia Moreno Olivares	
Creo que fui un instrumento de Dios para salvar a dos niños de ahogarse	226	A los hermanos y hermanas irapuatenses que sobrevivimos la inundación de 1973	272
José Cruz López		Héctor Gerardo Gallardo Miranda	
El tiempo se me hizo eterno	233	El Gallo del Bajío, “en la esquina de Guerrero y Terán, donde más barato dan”	280
El Irapuato antiguo quedó en ruinas	235	Juan Antonio Padilla Rivera	
Berta Gallardo Razo		¿Dónde está la florecita que se iba a tragar toda el agua?	287
Dormimos sentados en la azotea del tercer piso	239	Héctor Castro Gutiérrez	
Celia Pérez Avitia			

Orgullosamente irapuatense y del barrio “El Ranchito” Martha Torres Hernández	290
Ambos se fundieron en un abrazo Óscar Michel Barboza	300
Era como ver el mar Gisela Guadalupe Alpuche Castellanos	312
En la calle agua y en el templo boda Antonia Pérez Avitia	316
La fondita Ma. Luisa Bermúdez Álvarez	320
Tortillería La Fe Ma. del Socorro Torres Martínez	323
Ricos y pobres nos agarramos de las manos María de los Ángeles Aguilar Martínez	326

Presentación

*Compartimos el mismo cielo
Compartimos el mismo tiempo y el mismo lugar
Fuimos parte de la misma historia*

Fragmento de la canción *Las piedras rodantes*,
de Alex Lora

Este libro fue planeado y realizado por la generación de irapatenses que crecieron escuchando las historias que sus abuelos, padres y tíos les contaron sobre lo que vivieron en la inundación de Irapuato de 1973. Esas pláticas se daban en cualquier momento del año, ya sea durante una reunión familiar, alguna fiesta, en un paseo, durante una comida, y, por supuesto, cuando se acercaba o estábamos viviendo el 18 de agosto de cada año. Las charlas sobre la inundación se caracterizan por ser muy apasionadas, pues los sobrevivientes cuentan con mu-

cha emoción lo que les tocó vivir ese día. Todos esos relatos forman parte de la historia personal y familiar de los individuos que la cuentan y, por supuesto, también de la historia de nuestra ciudad; además, son un testimonio único e irreplicable que nos revela muchos aspectos de la vida cotidiana, las instituciones, las costumbres y la forma de ver la vida de los irapatenses del siglo XX, constituyen pues una importante fuente histórica que es necesario preservar para evitar que desaparezca con el paso del tiempo.

En este libro, titulado *50 años. 50 historias sobre la inundación de Irapuato de 1973*, presentamos 50 vivencias sobre la inundación de Irapuato, una por cada año que ha pasado desde aquel 18 de agosto. A través de esas narraciones sus autores nos comparten las historias que sus padres o abuelos les contaron, o bien, nos dicen lo que a ellos y ellas les tocó ver, oír y vivir durante la inundación de nuestra ciudad. Los relatos que se muestran son muy diversos, pues

algunos fueron escritos por personas que eran niños en 1973, otros eran jóvenes y algunos adultos, así que vivieron y vieron la inundación de diferente manera; además, las 50 historias también son diversas en su localización, pues algunas fueron escritas por hombres o mujeres que vivían en los barrios tradicionales de la ciudad, otros en las colonias más nuevas. Así pues, estas narraciones sobre la inundación de Irapuato de 1973 nos dejan ver lo diverso que era Irapuato y la gente que vivía aquí, pero, a pesar de esa diversidad, hay algo que los une a todos: fueron parte de la misma historia.

Agradecemos infinitamente a los hombres y las mujeres que nos hicieron llegar sus relatos para poder conformar este libro, gracias a ellos y ellas por compartir un pedazo de su vida, un pedazo de su historia. Estamos conscientes de que existen muchas otras narraciones sobre la inundación de Irapuato, tantas como personas que vivieron ese acontecimiento. Así

que esta obra representa un muy pequeño fragmento de lo sucedido aquel 18 de agosto de 1973. Esperamos que este texto motive a más personas a escribir su historia y a compartirla con el Archivo Histórico Municipal, para conformar una segunda parte de este libro (o más, si es necesario). También queremos hacer patente nuestro agradecimiento a los profesores de la Facultad de Diseño Gráfico de la Universidad Quetzalcóatl de Irapuato, quienes apoyaron la preparación de esta obra. Mención especial merecen el director de la citada facultad, el Mtro. José de Jesús Cervera Ayala (Makabeo), quien diseñó la portada, y la Mtra. Paloma Mares Ramírez, ella se encargó de diseñar los interiores de la obra.

Con este libro el Archivo Histórico Municipal de Irapuato busca lograr cuatro objetivos principales: el primero, difundir y divulgar la rica y compleja historia local; el segundo, es que las y los irapatenses se reconozcan como

sujetos históricos, que ellos y ellas sepan que forman parte de la historia; el tercero, preservar los testimonios sobre la inundación de Irapuato de 1973, para que las generaciones presentes y futuras puedan disfrutar de ellos; cuarto: reafirmar el compromiso que la institución tiene con toda la ciudadanía: no ser un “guardián” de la historia, sino trabajar para compartir y dar a conocer ampliamente, y nunca guardar o restringir a unos pocos, la historia de nuestro municipio.

Concluimos diciendo que esta breve presentación tiene como epígrafe una parte de la canción *Las piedras rodantes*, escrita por Alex Lora, líder de la banda de rock mexicana El Tri, ya que su letra nos parece muy adecuada para describir la situación que vivió la generación de irapuatenses que sobrevivieron a la inundación del 18 de agosto de 1973, pues a todos ellos les tocó compartir el mismo cielo, compartieron el mismo tiempo y el mismo lugar, y fueron parte

de la misma historia. Hoy, 50 años después de aquel momento, así como las piedras rodantes se volvieron a encontrar, 50 historias separadas por el tiempo se reencuentran en este libro.

Jorge Luis Conejo Echeverría
Archivo Histórico Municipal de Irapuato

La inundación de 1973 por un soñador

Víctor Manuel López Loeza

Y el tiempo pasa inexorablemente, pero el recuerdo sigue tan fresco, como si hubiese sido ayer, quiero pensar que esta tragedia, de la que hablaré a través de estas humildes letras, sin duda sigue en la memoria de quienes la vivimos y no creo que alguien tenga el poder de olvidarla, pues marcó una época en Irapuato.

Soy Víctor López, este relato es un testimonio de lo que viví en la inundación que nuestro querido Irapuato sufrió el 18 de agosto

de 1973. Quiero aclarar que no soy originario de esta bella ciudad, pues mis padres, Erasmo López Murillo y María de la Luz Loeza López, tuvieron orígenes michoacanos, ellos nacieron en un pueblo maravilloso: Huandacareo, donde el agua y el sol le dan forma a un arcoíris. Mis papás fueron comerciantes, les tocó mudarse a otro lugar con fama internacional, Pátzcuaro, la tierra del lago; fue en ese bello sitio donde un servidor vio por primera vez la luz del mundo. Algunos años después, la familia se cambió a otra ciudad, mi mamá, buscando para sus críos más oportunidades, nos llevó a Morelia, la capital michoacana.

Pasado el tiempo, mi hermano Enrique López Loeza fundó un negocio, en el cual le

fue muy bien. Un día él nos soltó la bomba a mí y a otro hermano, llamado Efraín López Loeza, nos dijo: *“búsqense una plaza para iniciar su propio negocio, yo los apoyo”*. ¡Y para los trompos son las pitas! Nos pusimos a pensar: que si Puebla, que si Querétaro, que si Salamanca, habíamos puesto los ojos en el Bajío, y terminó siendo Irapuato, sí, nos atrapó y, a decir verdad, jamás habíamos pisado esa tierra. En aquel entonces, mis únicas referencias sobre la ciudad elegida eran los juegos del Morelia contra la Trinca Fresera. Así pues, con el apoyo de mi hermano y una maleta llena de sueños, nos instalamos en Irapuato, tierra sagrada, porque para un servidor, eso será siempre.

Nada fue fácil en nuestro nuevo hogar,

vaya que batallamos para salir adelante, pues no conocíamos a nadie y éramos unos jovencitos. Recuerdo que pocos confiaban en nosotros, hubo humillaciones, desdenes, de ilusos no nos bajaban, sin embargo, poco a poco fuimos saliendo adelante con nuestro negocio llamado Muelles López, en el cual vendíamos, distribuíamos e instalábamos muelles y refacciones.

Ya teníamos trabajando año y medio en Irapuato, cuando en una reunión me soltaron un escopetazo: *“te vas a San Luis Potosí”*. No hubo de otra, así que me fui; llevaba un tiempo instalado en aquella ciudad, siempre tenía muchos deseos de regresar a la capital fresera; un día me dije: *“quiero relajarme, esto no es vida”*, le pedí a mi ayudante, llamado Manuel

Gaitán, que lavara el carro para irnos a Irapuato (si es que a ese montón de láminas se le podía llamar auto, pues tenía un año parado, no contaba con acumulador y a las llantas se le veían los alambres).

Tomamos el vehículo, ya era tarde e hicimos las horas del mundo, yo venía feliz, pensando en el buen ambiente que habría en Irapuato: buen relajo, un traguito y todos felices y contentos, saldría de la rutina y del aislamiento de meses. Recuerdo que pasamos Ojuelos, León y Silao; mi corazón latía con fuerza, ya me sentía en familia, ese día era el sábado 18 de agosto de 1973, yo esperaba reencontrarme con mi gente, pues en Irapuato vivía mi hermano Efraín, no sabía que en ese momento la ciudad

se encontraba bajo las aguas.

Llegamos a nuestro destino, a la altura de la vía del tren mis sueños se derrumbaron, no había paso por la entrada de la carretera que conduce a Silao, pero sí una aglomeración de carros, algo inusual. Fastidiado y presuroso me bajé de la carcacha, pa' pronto me soltaron la mala nueva: "*la ciudad está inundada*". De inicio no me alarmé, pensé: "*cosa pasajera*"; insistí en pasar, no hubo respuesta, la desesperación se hizo presente y, en voz sonora, lancé una frase: "*el peligro que corra va por mi cuenta*". "*No hay paso*", así de tajante fue la respuesta. Las tripas se me juntaban con la espina dorsal, me urgía saber de mi gente. Meditando pensaba: "*¡qué mala suerte, tanto tiempo*



sin venir, elijo este día y me topo con pared!”.

Ante la imposibilidad de pasar, di media vuelta y me enfilé hacia la salida a Salamanca, rápido llegamos a la famosa cabaña (un restaurante bar, muy de moda en esos tiempos), ahí pude darme cuenta de la dimensión de la catástrofe: al estar cerca de lo que hoy es el paso a desnivel, alguien iluminó con un potente reflector la calle Obregón, ¡y vámonos!, ésta espejaba y delataba la altura alcanzada por el agua, ahora sí, no había duda, Irapuato estaba viviendo toda una catástrofe, inundado, dañado y sin luz. Recuerdo que en ese sitio estaban algunos agentes que impedían el paso, escuché a una persona decir: “*¡qué, qué, qué, yo me paso, mi mujer dio a luz por la maña-*

na!” Mientras, otros se quitaban sus botines y “hombre al agua”, ¿cuántos llegaron a su destino? Sólo Dios lo sabe. Yo estaba asombrado y abrumado por el arrojido de esos individuos, cuando, de pronto, una voz amable pero seca me sacó de mis pensamientos, con voz convincente me dijo: “*ni lo intentes, al rumbo al que tú tratas de llegar el agua subió arriba de los dos metros de altura*”, era un oficial de tránsito estatal, su nombre era Mario. Me entró temor y más al enterarme que las alcantarillas ya se habían engullido a más de uno.

La noche cayó sin remedio alguno, era hora de buscar refugio para pernoctar. Queríndonos poner lejos del peligro, Manuel Gaitán y yo fuimos a parar a la vecina Salamanca; fue

una mala decisión, pues en el costado de la carretera había agua, al ser de noche, no sabíamos cuál era la profundidad, pensaba: “*sólo falta que nos arrastre*”. Llegamos a tierra salmantina, nos quedamos a dormir en el auto, el cual estacionamos en la calle principal, en la entrada de la ciudad. Al tratar de conciliar el sueño, de inmediato nos enderezábamos, sentíamos como si el agua nos llevara. No hay noche que no termine, salió el astro sol y tomamos la decisión de volver para intentar llegar al domicilio de mis familiares, que estaba ubicado en la calle General Anaya (hoy boulevard Torres Landa), esta vez sí nos dejaron pasar.

Recuerdo que caminamos por la plancha del mercado Hidalgo, bajamos a la avenida Re-

volución, llegamos frente al templo de Nuestra Señora de Guadalupe del Centro, la calle Altamirano parecía el río Lerma, sólo que ahí flotaban productos de línea blanca y un sinfín de objetos. Viene a mi mente un parroquiano que se encontraba en ese lugar, quien atrapó varias botellas de vino tinto; yo, desesperado, a grito abierto le dije: “*una botellita*”, y accedió, lanzó una pero no llegó a su destino, el agua fue la ganona; pensaba que el valor me llegaría con un buen buche de vinito. Me quedé en Altamirano, pero el valor no llegó y no tan solo no llegó, la temblorina me agarró, tan mal estaba que por poco la corriente me lleva. Sentí una gran desesperación cuando vi tanta agua en las calles Guerrero y Vallarta, la verdad estaba muy peli-

groso y daba miedo.

Ante el intento fallido de llegar a casa de mi hermano Efraín, usé mi cabeza, me puse a pensar y decidí realizar una llamada telefónica a la capital michoacana, hablé con mi hermano Enrique, a grandes rasgos le conté lo vivido, yo estaba desesperado y él, muy calmado, me dijo: “*tranquilo, ayer vi las noticias, no pasa nada*” (y es que el hombre del noticiero, sí, aquel señor de los lentes cuadrados, había dicho que era leve la inundación de Irapuato); sin duda, aventé alguna palabra mal sonada, pues sólo oí que mi hermano me dijo “¿qué te pasa?”. Le contesté: “*¿qué me pasa? Que yo estoy aquí desde la tarde noche del sábado y la cosa está que arde*”. Para que mi hermano me pusiera

más atención y supiera que estaba hablando en serio, le comenté: “*a donde extiendas la vista se ve la desgracia*”. Creo que fui convincente, pues ni tardo ni perezoso se dejó venir a Irapuato, se trajo consigo una lancha, víveres y un sinfín de enseres para sobrevivir. Con el citado vehículo, ahora sí pudimos llegar al domicilio donde estaba nuestra familia. Cuando arribamos, constatamos que, gracia a Dios, todos estaban bien.

Ya reunidos con los nuestros, ellos nos comenzaron a platicar sus vivencias, algunas conmovedoras, otras increíbles y unas que me parecían inverosímiles. De lo que recuerdo, me dijeron que en General Anaya (hoy boulevard Torres Landa) vieron cuerpos humanos flotan-

do; algo chusco que sucedió fue que un atrevido nadador rescató un cerdito del agua, el cual sirvió para darle gusto al estómago y al paladar (sí, al cazo fue a parar, lo cocinaron en plena azotea), este alimento fue repartido a varios vecinos. Como suele suceder en estos casos, salieron a relucir historias de solidaridad: hubo quien compartió un impermeable, otros que prestaron unas cajas de cartón para que hicieran las veces de colchón. También escuché narraciones de actos heroicos: viene a mi mente la del niño Héctor Luis Gómez, quien vivía en la colonia El Ranchito, él tenía unos 10 años, a esa tierna edad salvó de morir ahogada a su hermana Isabel, de tan solo meses de nacida, acción que hizo arriesgando su propia vida.

Días después de la inundación, el presidente de México vino a ver la tragedia, un alivio se dejó sentir en mí, pensé: “*por fin alguien que haga algo por Irapuato*”. Resulta que en esa visita no se le mostró al gobernante un panorama completo de los efectos que tuvo la inundación en la ciudad, así que un grupo de valerosos irapuatenses se abrieron paso, con voz en pecho exclamaron: “*señor presidente, le están mintiendo*”, y le expusieron la realidad; un servidor acompañó a esos valientes ciudadanos (recuerdo que entre ellos estaban don Fernando Barba Amezcua; el licenciado Eugenio Albo Moreno; don Alberto Díaz Moncada; y el señor Javier, quien era gerente de un banco; entre algunos otros, cuyos nombres he olvidado),



quienes le mostraron a Luis Echeverría Álvarez
la tragedia que había sufrido Irapuato, mi tierra
sagrada.

Recuerdo de un acontecimiento inolvidable

Ma. Eugenia Rodríguez Villafaña

Hola, esta es mi historia del día 18 de agosto de 1973. En ese tiempo yo contaba con 12 años de edad. Un mes antes de la inundación nos habíamos cambiado a la casa que mi papá, Ramón Rodríguez Juárez, estaba construyendo en el fraccionamiento Los Presidentes, en la calle Luis Echeverría, número 1683. Antes de mudarnos a nuestro hogar, vivíamos en la calle Ponciano Arriaga #200, en la zona centro de Irapuato, lugar en el cual estuvo muy fuerte la inundación, pues nos enteramos que ahí el agua

casi llegó a los techos.

Por aquellos días, mi papá había comprado cal y cemento para construir nuestra casa. Recuerdo que, como dos días antes de la inundación, los vecinos comentaban que la presa del Conejo estaba muy llena y que estaba a punto de reventarse.

Ese día, 18 de agosto de 1973, recuerdo que era sábado y que desde muy temprano se escuchaban rumores sobre la inundación. Como a medio día se suspendió el servicio de luz, así que las tortillerías ya no pudieron preparar tortillas, por lo anterior, mi mamá, Guadalupe Villafaña López, se tuvo que poner a hacer a mano. Mientras tanto, mi papá fue en



su bicicleta a ver qué pasaba, porque, como ya no había luz, los radios no funcionaban; se fue por el rumbo de Guerrero, hasta la vía del tren, por la embotelladora Coca Cola. Cuando regresó, yo lo ví como asustado y le dijo a mi mamá que nos subiéramos al techo de la casa, el cual, por suerte, estaba hecho de cemento. Éramos seis niños, mis hermanos Mario Alberto, Silvia, María Guadalupe, Delia, Carolina y yo (posterior a la inundación nación Juan Ramón); todos estábamos muy contentos porque nunca nos dejaban subir a la azotea; mientras tanto, mi mamá nos dio un taco a todos “para aguantar el hambre” en lo que esperábamos a ver qué pasaba.

Después de dejarnos en el techo, mi papá y mi mamá se regresaron abajo, comenzaron a poner sobre unos ladrillos las camas, las sillas, las mesas y algunas otras cosas que se encontraban en el piso, ya que esperaban que el agua subiera sólo unos centímetros. Tiempo después, como a las tres de la tarde, empezó a llegar el agua a nuestra casa, era como un hilo que corría por debajo de la banqueta, pero, un ratito después, empezó a subir el nivel hasta que pronto llegó a alcanzar casi el metro y medio de altura.



Imagen 1. Ma. Eugenia Rodríguez Villafaña en la casa donde vivió la inundación de Irapuato de 1973. La imagen fue tomada varios años después del acontecimiento.

Recuerdo que mi papá había subido a las sillas y mesas los sacos de cal y de cemento que ha-

bía comprado para construir la casa, todo ese material se vino abajo y se mezcló con el agua de la inundación. Al ver que el agua seguía subiendo de nivel y ante el temor de perder todas sus cosas, mi padre decidió bajar para tratar de rescatar algo, para su mala suerte, sus pies quedaron quemados, casi llegó a perderlos, por mojarse con el agua contaminada de cal, cemento y demás materiales que arrastraba el agua. Más tarde, cuando empezó a oscurecer, comenzó a caer la lluvia; en esos momentos mis hermanos y yo empezamos a pedirle de comer a mi mamá, quien, angustiada, no podía hacer nada, sólo ver como sus tortillas, que había hecho más temprano, andaban entre el agua, junto con unos panes y la nata de la le-



che; me acuerdo muy bien de ese momento. Sin más remedio, tratamos de dormirnos, sin haber cenado; nos cubrimos con unos hules, que nunca supe de dónde los sacaron mis papás, y unas cobijas que alcanzaron a rescatar.

La noche del 18 de agosto fue horrible, ya que llovía muy fuerte a ratos, relampagueaba mucho y se oía muy fuerte el croar de las ranas. De repente, en medio de toda la zozobra, se empezó a oír el estruendo de las casas que se caían, seguido de gritos y llantos (no sabíamos en dónde ni de quién, pues todo estaba muy oscuro). Yo no me podía dormir, pues tenía mucho miedo y ese miedo me duró muchos años, pues cada que llovía volvía a sentir esa sensación, de hecho, hoy en día no me gusta

que llueva fuerte.

Al día siguiente, todo era caos y desolación, había muchas casa caídas, no había comida y todos los niños pedíamos de comer. Los vecinos de al lado, Andrés Barreto y Reina Flores, lograron rescatar una bolsa con tortillas duras, la cual habían dejado en su refrigerador antes de que iniciara la inundación, y, con unos palos que había en su techo, hizo una fogata, en la cual calentó las duritas; muy amablemente, compartió esa comida con mi familia y con otros vecinos. Poco después de alimentarnos, llegaron a mi casa unas personas que vivían por la calle López Mateos, se fueron con nosotros porque se les había caído su casa, recuerdo que llevaban con ellos a un señor que estaba enfermo.

Durante todo ese día, domingo 19 de agosto, vimos pasar muebles, animales, tablas y muchas cosas más, que eran arrastradas por la corriente, incluso recuerdo una pelota muy grande que iba flotando. Unos vecinos que vivían más adelante, no sé cómo le hicieron, lograron agarrar a un cerdito que iba en el agua, mismo que prepararon para comérselo, hasta nuestra casa llegaba el olor de la comida, ellos estaban retirados de nosotros y en la acera de enfrente, así que no pudimos compartimos; sin embargo, al parecer sí le dieron a otras personas; todas las familias de la calle estábamos igual: sin comida. Por la noche volvió a llover y fue otra noche igual de aterradora que la anterior.



Imagen 2. Los señores Ramón Rodríguez Juárez y Guadalupe Villafaña López.

El lunes 20 de agosto, se corrió el rumor de que por la carretera a Abasolo (actualmente avenida de Los Insurgentes), más o menos en lo que hoy es la colonia Las Misiones, estaban unos camiones del Ejército dando comida y agua, por lo que mis papás y varios vecinos se orga-



nizaron y decidieron ir en busca de esa ayuda. Todos se amarraron con un lazo y consiguieron unos palos, con los cuales se fueron apoyando, pues el agua les llegaba arriba de la cintura y aún llevaba corriente. Mientras mis papás iban en busca de alimentos, yo me quedé a cargo de mis hermanos, nos acompañaron los hijos de nuestros vecinos (que eran más grandes de edad), quienes cuidaron a todos los demás chiquillos que estábamos ahí. Yo tenía mucho miedo de que mis papás no fueran a regresar, que se los llevara el agua; por buena suerte, regresaron todos con bien, además, traían galletas y otras cosas para comer.

No recuerdo muy bien si ese mismo día o al siguiente llegaron mis tíos Alfredo Martínez

y Guadalupe Gallegos, cuñados de mi papá, quienes nos entregaron un costal de pan, lo cual dio mucha alegría a todos los que estábamos refugiados en mi casa. Mi tío Alfredo nos dijo que la casa donde ellos vivían, que estaba en el centro de Irapuato, en el punto conocido como cuatro esquinas (en las calles de Sóstenes Rocha, Terán y Ramón Corona), se había caído en su mayor parte, pero que se habían alcanzado a refugiar en un pedazo que estaba hecho de concreto, el cual sí resistió el paso del agua; también nos informó que todos estaban bien: mi abuelita Josefina Juárez, mis tías Luz María (esposa de Alfredo), Teresa y Lola Elia. Además, nos contó que había rescatado al señor Tinoco, dueño de la dulcería Luxus, misma que

estaba en la esquina de Terán y Sóstenes Rocha (donde hoy está la taquería Cuatro Esquinas), la cual se derrumbó por completo, así que fue necesario sacarlo de los escombros.

Mis tíos trasladaron a mis tías y primos a Salamanca, a casa de mi tía Carmen Alicia Rodríguez (esposa de Guadalupe Gallegos). Afortunadamente, no se perdieron vidas, pero sí cosas materiales, pues fue muy poco lo que mis tíos lograron rescatar de su antiguo hogar. Mis tíos también se llevaron a mis hermanos Alberto, Silvia, Lupe y Delia y a mí papá, para que lo atendieran de inmediato, pues ya tenía sus pies muy mal por haberse metido al agua contaminada; en la casa sólo nos quedamos mí mamá, mi hermana Carolina (que tenía un año

y meses de edad) y yo; mi mamá y yo, en cuanto comenzó a bajar el agua, nos dispusimos a limpiar. Desafortunadamente, logramos rescatar muy poco, pues la ropa, los colchones, las cobijas, los juguetes, los libros, todo estaba lleno de cal, cemento y lodo; sólo pudimos recuperar algunas cosas después de haberlas lavado muy bien.

Mi papá era sastre, tenía en la casa material, así que se le echaron a perder muchas telas, hilos y otras cosas que tenía para su trabajo; afortunadamente, logró recuperar sus máquinas (mismas que conservamos hasta el día de hoy). Fueron días muy tristes, pues veíamos como la mayoría de nuestras cosas quedaron inservibles y muchas casas quedaron reducidas a escom-

bros. Pero, a pesar de todo, dábamos gracias a Dios porque nuestra casa permaneció en pie y nuestros familiares se encontraban con vida.

Recuerdo que, después de la inundación, llegaban camiones a repartir comida y salíamos todos los vecinos a ver que nos daban; esos vehículos venían de Salamanca, Silao, Querétaro, Guanajuato y más lugares, traían ayuda que era mandada por gente de esas poblaciones. También había varios camiones del Ejército mexicano, los soldados repartieron cobijas, ropa, zapatos; todos los vecinos corrían la voz cuando llegaba un camión para poder ir por algo. De igual forma, recuerdo que en la escuela del fraccionamiento (actualmente primaria Alfredo B. Bonfil) regalaban desayunos y meriendas, los

cuales consistían en unas lechitas triangulares, galletas o pan, y a veces nos daban unos como mazapancitos de leche, estos eran sólo para los niños, así que teníamos que estar a tiempo para poder alcanzar.

Poco a poco fuimos retomando nuestras actividades, ese año yo entré a primero de secundaria, en la Escuela Secundaria Oficial de Irapuato, la inundación provocó que las clases iniciaran un mes después. La vida fue volviendo a la normalidad gradualmente y todos los irapuatenses salimos adelante.

Este es mi relato de lo que viví y recuerdo de ese fatídico día, sábado 18 de agosto de 1973.



Imagen 3. El ayer y el hoy de la familia Rodríguez Villafaña.

Perdimos todo lo material, pero no la fe

Rosa María Corona Martínez

La inundación de Irapuato es una vivencia de cuando yo tenía 8 años, este acontecimiento lo recuerdo como si fuera una película, pues aún puedo revivir los momentos, los sonidos y hasta los aromas de aquel 18 de agosto de 1973.

En ese entonces yo era una niña, pero recuerdo que fue una mañana que se tornaba un poco gris; había gente reunida en la calle Francisco Márquez, a la cual todos conocíamos como “La Concha”, también en el callejón Vi-

cente Suárez y en el atrio del templo de Nuestra Señora de los Dolores; en este último punto se encontraba el sacerdote Salvador Aguilar, a quien todos llamábamos simplemente “padre Aguilar”, personaje del cual guardo gratos recuerdos porque nos protegía y demostraba mucho cariño hacia los niños, todos los domingos él iba por nosotros para llevarnos al templo y explicarnos la vida de Jesús de Nazaret, una como niña le encantaba sentir ese cariño, aunque también recuerdo que él era muy estricto con los adultos.

El día de la inundación, el padre llevaba una túnica blanca, la gente que estaba a su alrededor le preguntaba si era cierto que venía el agua. Mientras los mayores dialogaban con

el padre Aguilar, yo jugaba en la calle con mis hermanos Alfredo y Letty a que nos subíamos a la ventana de una casa para no mojarnos. Pasaron algunas horas en las que reinó la incertidumbre, de rato se dio la noticia: ya venía el agua por el estadio Irapuato; en ese momento el padre Aguilar empezó a sonar la gran campana de la iglesia de los Dolores y comenzó a decirle a las personas que se subieran al templo, que llevaran a sus hijos y que rescataran lo que pudieran; entonces empecé a ver a la gente con terror en sus caras, gritaban de dolor por no tener un lugar seguro dónde subirse, pues la mayoría de las casas estaban construidas de adobe.

Mi familia y yo, conformada por mis papás, Fidel Corona y Rosa Martínez, y mis her-

manos Pepe, Mily, Chony, Letty, Fello, Blanca y Mary nos subimos a unos departamentos que estaban casi frente a mi casa, ubicada en la calle Francisco Márquez número 48; mis hermanitos y yo nos quedamos solos por un tiempo, pues mis padres se quedaron enfrente, ya que estaban ayudando a la gente a rescatar algunas pertenencias, se tornaba un ambiente triste y gris. En cierto momento, me asomé por el balcón del departamento donde nos refugiamos y vi la calle llena de agua, me asusté mucho, después observé como salía el agua de los registros de los baños y de las coladeras; toda la gente estaba callada. A lo lejos pude ver como se iba llenando la azotea del gran templo de los Dolores, quizás eran como 100 personas o más las

que ahí se refugiaron. El padre Aguilar tocó la campana del templo, con su potente voz pidió que no prendieran fogatas porque había fugas de gas; además, solicitó que permaneciéramos callados, para que él, desde su lugar, nos dijera qué hacer. Así transcurrieron las primeras horas de la inundación.

Al llegar la tarde noche del 18 de agosto de 1973, se oían crujir las casas y empezaron a caerse, la gente soltaba el llanto, recuerdo que se cayó primero la casa de doña Trinidad, a quien todos conocíamos como “Trini”; después la de doña Luz (cuyo nombre completo era Ma. de la Luz Anguiano), y así otras diez, todas seguidas. Ya como a las 8 de la noche, doña Agripina nos dio un pedazo de ate de membrillo,

para que se nos quitara el hambre; a lo lejos se escuchaba el llanto de los niños chiquitos que se encontraban en el templo, nos comentaron que para dormir a los más pequeños el padre Aguilar les dio recortes de ostias remojadas en vino de consagrar. Así transcurrió la primera noche.



Imagen 1. Fidel Corona, padre de la protagonista de esta historia. El señor trabajó en la compañía Coca Cola.

A la mañana siguiente, domingo 19 de agosto, el padre Aguilar hizo sonar las campanas, nos invitó a rezar y dio unas palabras de aliento, también dijo que ya podíamos prender fogatas. Mi papá, que estaba enfrente de nosotros, se

aventó al agua y se fue nadando hacia el templo de los Dolores, después tomó rumbo a la iglesia de san Juan Bosco, su intención era llegar a su taller mecánico, que estaba ubicado en la calle 30 de Junio, en la colonia El Ranchito, ya que ahí había un camión cargado con cocos, fue por algunos costales, para darnos algo de comer y tener algo de agua. Por otra parte, vi a algunos jóvenes que se amarraron con unos lazos y, apoyándose en los postes, se fueron nadando a la tienda comercial Blanco, que estaba a la vuelta, en la avenida Guerrero, para llevar algo para que la gente comiera. Yo miré en esos momentos como pasaban por la avenida Guerrero todo tipo de animales, como vacas, puercos, y caballos; también observé el enorme tanque de



la gasolinera, todo eso iba rumbo al centro de Irapuato.

Un poco más tarde, todos sentimos un gran terror cuando el padre Aguilar anunció que el templo de los Dolores se estaba moviendo y que se tenía que evacuar a la gente, pues temía que se callera. No sé de dónde, pero comenzaron a salir personas que traían unos lazos grandes, mismos que se usaron para rescatar a los que estaban en la iglesia, hombres, mujeres y niños se deslizaron por las reatas y se pusieron a salvo en el techo de algunas casas; en esos momentos se escucharon grandes llantos de terror, pues varias familias se tuvieron que separar. Entre las dificultades, el padre Aguilar nos dio mucha seguridad, él se hincaba para orar y

toda la gente se arrodillaba.



Imagen 2. Rosa Martínez, madre de la protagonista de esta historia. Como se puede ver, la señora era enfermera.

Al día siguiente, lunes 20 de agosto, el padre Aguilar, quien se había quedado en el templo junto con otras personas, ofreció una misa; con su gran voz clamaba al cielo por ayuda. Así pasaron los días, el agua empezó a bajar;

cuando finalmente se secó, tuvimos que vivir en la calle, pues las casas estaban en muy mal estado; dormíamos en las azoteas, ante el temor de que se volviera a inundar. Recuerdo que en esos días, estaba yo con mi hermanito Alfredo, jugando con los escombros, entonces vi llegar a un charro negro en un caballo, él nos dijo: “dile a la gente que ahí viene más agua”, nosotros no dijimos nada porque fue como si hubiéramos visto algo fuera de lo real y nos callamos; al pasar los días, nos decían que se estaba apareciendo un charro, que no era más que un fantasma, al final de cuentas, este suceso quedó sin explicación.

Algunos días después de la inundación, se oía a mucha gente reunida y hablando, nos

acercamos a ver y nos encontramos con un señor de lentes, al que llamaban presidente Echeverría, quien iba camino hacia la plaza de toros de Irapuato, alcancé a escuchar que nos ayudaría. Después llegó el Ejército mexicano, los soldados nos dieron tortillas amarillas, a los adultos les entregaban cobijas y catres, pues habíamos perdido todo lo material, pero no la fe. Así pasó el tiempo, el presidente de México indicó que se construyeran casas para los damnificados, las obras estarían a cargo de INDECO. Por su parte, el padre Aguilar refugió a muchas familias, mientras construían las nuevas casas. Recuerdo que en esos momentos también comenzaron a surgir muchas infecciones en la piel, mismas que nos atendieron en el



IMSS.

Bueno, esta es la narración de lo que vivió una niña de 8 años, esta es mi película sobre lo que viví el 18 de agosto de 1973, creo que era una nena muy observadora.



Imagen 3. Al centro y cruzada de brazos, Rosa María Corona Martínez, protagonista de esta historia. La fotografía fue tomada en la casa donde vivía en el momento de la inundación.

Lo que el agua se llevó

Susana Arredondo Barajas

Y así comienza mi historia.

Era un 18 de agosto de 1973, en la radio, para ser más precisa en la XEWE, aproximadamente a la 13:00 horas, se anunció que el agua contenida en la presa “El Conejo” se había desbordado, ésta invadió calles, avenidas y bulevares, es decir, toda la ciudad fresera, el encargado de dar tan fatal noticia fue el recordado “Amigo Pancho”.

El agua de la presa llegó a mi calle, Lerdo de Tejada, en la zona centro, yo vivía en la casa marcada con el número 373. En aquel entonces

contaba con la edad de 7 años, mi familia estaba integrada por mi hermana llamada Sorina, un año menor que yo; mi hermano Anselmo, quien era un bebé de 11 meses; mi madre, la señora Leonor Barajas, ella estaba esperando a mi hermana Brenda, cuyo embarazo apenas alcanzaba los 6 meses; y, sin tener menos merito por mencionarlo al final, mi grandioso padre, el señor Antonio Arredondo. Dos tías, ambas hermanas de mi madre, nos acompañaban también por aquellos tiempos, ellas se llamaban Amanda Barajas y Manola Barajas.

Aquel 18 de agosto podía sentir la agitación de mi familia, pero no alcanzaba a vislumbrar todo lo que ese desastre implicaría, y es así como comienza esta odisea en mi vida.

Mi padre y mi tía estaban trabajando ese día, llegaron muy agitados a la casa, en ese momento ellos no tenían una idea muy clara sobre qué tenían que hacer ante la situación que se estaba viviendo. La casa en la que residíamos contaba nada más con un piso, así que mi padre llegó con material para construcción, lo acompañaba un trabajador de su vulcanizadora, llamado Ramón López V., mejor conocido como “el Rodel” (nombre que se refiere a un elemento de la cortadora de cerámica); mi padre tuvo la idea de hacer una pequeña barda en la puerta principal para que contuviera la entrada del agua a la casa; así que empezaron a pegar los ladrillos con el cemento y también a colocar unos costales de arena por fuera, como

si fuera una barricada; en ese momento el agua ya había llegado a la calle Lerdo de Tejada y empezaba a subir a la banqueta, pronto alcanzó a la pequeña barda que se estaba construyendo, la cual, desde luego, duró poco tiempo de pie.



Imagen 1. Susana Arredondo Barajas, protagonista de esta historia, cuando vivió la inundación de Irapuato de 1973.

Como comenté anteriormente, la casa que habitábamos en la calle Lerdo de Tejada era de un solo piso, así que no había forma de subir los muebles ni enseres a ningún lado. Mi padre recién había comprado un comedor de madera muy elegante, para protegerlo de la inundación colocó unas bolsitas de hule amarradas con una liga en cada una de las patas de la mesa y de las sillas, pues él pensaba que el agua iba a entrar a la casa pero que no iba a subir más que unos cuantos centímetros.

Cuando el agua irrumpió en nuestro hogar, tirando la pequeña barda que se había colocado, mi padre nos dijo: “¡vámonos todos y todas!”, a su trabajador “el Rodel” le indicó: “¡vete rápido y sálvate como puedas, llévate

al Sultán!” (Sultán era nuestro perro, era un dóberman hermoso y bello, muy inteligente, leal y confiado); y así lo hizo “el Rodel”, le puso su cadena y correa y salió apresuradamente con Sultán que, para ese momento de la inundación, hacia todo lo posible por nadar, y así fue como se perdieron en el camino.

Continuando con la narración de esos momentos, recuerdo que mi padre había comprado, hacía poco tiempo, un camión Ford F-600 de redilas, nos subimos en él para escapar, no había forma de rescatar nada material, sólo nos quedaba ¡salvar la vida! Al ver que no podíamos llevar nuestras pertenencias, corrí por mi muñeca Beatriz, había sido un regalo de Santos Reyes, no podía dejarla, me había

acompañado durante dos años, sin embargo, mi padre, al verme con ella, me dijo: “¡déjala, no la puedes llevar!”, y la arrojó sobre un sillón. Como pude, corrí por ella y la coloqué arriba de un escritorio, en el que hacía mis tareas escolares, allí la senté junto a un libro de entre muchos que tenía, el cual era un obsequio de mi padre en mi cumpleaños número siete, era: ¡*La Odisea!*, ¡vaya coincidencia!, junto a ellos también estaban mis rompecabezas, mis cuadernos, mis colores, mis dibujos, eran los objetos que usaba para desarrollar mi creatividad. Tenía también una gatita funámbula y necia, ella trepó al librero y allí se quedó observando la agitación por la que pasábamos, su nombre era Casiopea, y ella también se tuvo que quedar.

Mientras todos nos subíamos al camión, mis tías Amanda y Manola dijeron: “¡nosotras no iremos, no cabemos en el camión, vayan ustedes!”. Mi padre y mi madre se replegaron y quedaron atónitos, “pero ¿de qué rayos hablan?” —gritaron al unísono— y continuaron diciendo, “¡la casa pronto estará como el Titánic cuando chocó con aquel iceberg y todos naufragaron!”. No entendieron mis padres la decisión de mis tías, al parecer no confiaban en ellos y creo que tampoco querían subirse a la parte de atrás del camión, no querían parecer unos costales de cemento.

Mis padres se dieron a la tarea de convencerlas, para ese momento el agua había penetrado a la casa a pasos agigantados, mis

tías alegaban que no iba a pasar nada, que ellas podían quedarse tranquilamente en la casa, sin tener que pasar ningún contratiempo, y así fue, ¡ellas se quedaron!

Después de que mis tías tomaron su decisión, mi padre salió aceleradamente de la casa, se dirigió a donde había dejado estacionado el camión, una cuadra atrás de la casa. Mientras tanto, mi madre se dio a la tarea de hacer una pequeña maleta en la que introdujo una manta, unos pañales, unos suéteres y la leche de mi pequeño hermano, así como sus biberones, fue todo lo que llevó.

Llegó mi padre en el camión y nos dijo: “¡salgan, vámonos!”, vi a mis tías paradas en el umbral de la sala como fantasmas; en

ese momento el comedor que mi padre había querido proteger colocándole bolsitas de plástico ya andaba nadando entre las aguas sucias, así como todos los demás enseres; Beatriz, mi muñeca, permanecía aún sentada, y así la dejé, con lágrimas surcando mis mejillas.

Mi padre tuvo que hacer unas maniobras para poder dejar la calle Lerdo de Tejada, él quería salir en sentido contrario, y así lo hizo, para lo cual tuvo que avanzar y buscar el lugar para girar y quedar en ese sentido. Para mi sorpresa, al venir de regreso en dirección contraria, volteé hacia atrás para ver mi casa, pero ¡oh sorpresa!, en ese momento mis tías eran rescatadas por el vecino de enfrente, don Federico; él era un españolito nacido en

Granada, cuya familia se exilió en nuestro país, víctimas de la guerra civil española, a la que sobrevivieron él y su madre, ya que su padre fue fusilado vilmente, por sus ideas de izquierda. Don Federico fue el rescatador de mis tías, la hazaña sucedió así: él les amarró un mecate en la cintura (es preciso mencionar que ellas eran muy delgadas, parecían varitas de nardo) y las jaló fuertemente mientras se balanceaban por el agua. Viendo esa escena me dije a mí misma: “¡otro poco y se hubiesen convertido en sirenas!”.

Abro un breve paréntesis en mi historia para contar que mi tía Amanda y don Federico vivieron un idilio a raíz del rescate llevado a cabo por este afable y gallardo caballero,

después de un tiempo contrajeron nupcias, pero esa, esa es otra historia.



Imagen 2. Amanda Barajas y Federico García, el día que contrajeron matrimonio.

Continuando con la narración de los sucesos del 18 de agosto, recuerdo que la calle Lerdo de Tejada estaba en desnivel: la parte más cercana al boulevard Díaz Ordaz era más alta e

iba descendiendo conforme se avanzaba hacia el centro de Irapuato, por ese motivo el agua tardó más en llegar a las casas más cercanas al citado boulevard.

Casi para llegar a la calle Pedro Moreno, mi padre tenía un amigo de nombre Manuel Rodríguez, se conocían de tiempo atrás, al verlo éste le gritó: “¡don Antonio, venga, alójense conmigo, aquí estaremos bien, el agua va de bajada, ni siquiera entrará en la casa!”. El señor Manuel también se había dado a la tarea de construir una pequeña barda en la entrada de su casa, que en ese momento estaba intacta.

Mi padre decidió alojarse en la casa de su amigo Manuel, al inicio pareció una acción acertada, sin embargo, a la naturaleza no hay

quién le gane. Pasados unos minutos, casi una hora, el agua también había entrado en ese lugar, derrumbó la pequeña barda que se había construido con tanta esperanza; en ese momento, Silvia, la esposa de Manuel, se dio a la tarea de sacar el agua con la escoba, barría y barría, pero el agua entraba y empezó a subir, Silvia se dio por vencida.

Silvia nos cedió una habitación, en la cual nos instalamos mi madre, mi hermana Sorina, mi hermano Anselmo y yo; en ésta había una cama individual y un sofá (mi madre juntó ambos muebles, para tener más espacio para descansar). Llegó la noche, en esos momentos ya no había energía eléctrica; mi hermano Anselmo empezó a llorar, quería

su biberón de leche, así que mi madre pidió que la dejaran calentar un poco de agua para preparar el alimento. Mi hermana Sorina y yo teníamos mucha hambre, pero pronto nos venció el sueño, nuestro abrigo en ese momento fueron unos cuantos trapos viejos y unos periódicos, y así nos quedamos dormidas. Conforme avanzó la noche, el agua subió hasta la orilla de la cama. Para mi madre resultó ser la noche más larga de su vida, pues tenía que estar al pendiente de que ninguno de nosotros fuera a caer al agua. ¡Pobre madre mía!, vivió momentos de mucha angustia e incertidumbre, le preocupaba también mucho su embarazo, le daba miedo que se fuera a desencadenar un parto prematuro o un daño al bebé que esperaba

con mucho amor e ilusión. Mientras mi madre, mis hermanos y yo dormíamos en el cuarto, mi padre se quedó en el patio, entre el agua, junto con su amigo Manuel, no durmieron ¿quién podría hacerlo en esa noche?

Había pasado el tiempo y, de pronto, escuchamos la voz de Silvia, entre el agua y como pudo, llevó un poco de té y unos panecitos para compartir con nosotras, ese alimento fue verdaderamente reconfortante. Volvimos a quedarnos dormidas, cuando de pronto mi padre entró a la habitación, estaba terriblemente agitado, dijo: “¡la casa acaba de derrumbarse, he escuchado estrepitosamente como ha caído, al igual que las tres casas que siguen de la nuestra, nos hemos quedado

sin nada!”. Ese fue un sobresalto para todos nosotros, mi madre irrumpió en llanto, y yo pensé en Casiopea, Beatriz, mis rompecabezas, mis libros, mi ropa, mi cama y todo lo que había en la casa, era una pérdida terrible, ¡un derrumbe de sueños! Todos lloramos con mi madre, que en ese momento musitaba: “¡eso no está muerto, no me lo mataron!”.

Una de las tres casas aledañas a la nuestra que se derrumbaron pertenecía a Giralda Loyola, una chica de 26 años que vivía con su abuela Margot Loyola; lo bueno fue que ellas habían desalojado su hogar mucho antes de que se derrumbara, pues los hijos de la señora Margot fueron a recogerla a ella y a Giralda. Otra de las casas afectadas fue la de la familia

Parra, dos de sus miembros eran mis amigas: Violeta y Gabriela, de ellas no volví a saber nada, pero, afortunadamente, por comentarios supe que ellas y su familia no tuvieron muchas complicaciones por el desastre, mis amigas vienen a mi mente cada vez que los recuerdos de mi niñez afloran. Por último, la tercer casa que se cayó estaba habitada por doña Josefa Flores, ella era una viejecita de 56 años (bueno, así la veía yo en aquél entonces) y vivía con su hijo Chon. Ella logró salir, su hijo no quiso, y quedó atrapado entre los escombros, ¡qué terrible!, murmuraban los vecinos.

Retomando la narración de lo que estábamos viviendo la noche del 18 de agosto de 1973, recuerdo que mis padres estaban muy

confundidos, no sabían qué hacer, esperaron a que amaneciera para tomar una decisión. Manuel y su familia no contaban con despensa, así que le dijo a mi padre: “vivimos al día, para mañana los alimentos se reducirán a nada”. Mi padre también tenía que pensar en eso, pues no sería posible que un día nos alimentáramos, otro no y otro tal vez, todos teníamos que comer, mi madre, sobre todo por su embarazo, y mi hermano Anselmo porque era un bebé. ¡Vaya, qué terrible dilema para mi padre!, pues era él quien tenía que saber qué hacer. Sin poder volver a la casa, la situación se complicaría.

Amaneció el día 19 de agosto, todos seguíamos entre el agua. Mi padre estuvo pensando toda la noche qué hacer, platicó con su

amigo Manuel, concluyó que Salamanca era el lugar más cercano y seguro, pues allí no estaba inundado; le comunicó a mi madre su decisión de salir de la casa, ella estaba dispuesta a hacer lo que él decidiera. Para lograr su objetivo, mi padre había pensado llevar su camión Ford F-600 a su vulcanizadora (llamada La Ponchada, ubicada en la calle Álvaro Obregón, sitio en el cual el agua tuvo un nivel más bajo) y tomar una vagoneta Dodge Mónaco Guayín, para en ella trasladarnos a Salamanca. Lo vimos titubeante, pero, cuando llegó la tarde, tomó la decisión y salió a cumplir su plan, regresó cuando empezaba a oscurecer. Todos tomamos nuestras pocas pertenencias, nos despedimos de Manuel Rodríguez y de su esposa Silvia,

muy agradecidos por la hospitalidad que nos proporcionaron en ese momento tan difícil, es algo que mis padres nunca olvidaron. Emprendimos la huida.



Imagen 3. El señor Antonio Arredondo, en su negocio La Ponchada.



Todos subimos a la Guayín, para esto tuvimos que meternos entre el agua, pero eso era lo de menos; mi padre había dicho que en Salamanca íbamos a estar mejor, que esa noche dormiríamos tranquilos y comeríamos abundantemente, sus palabras nos tranquilizaban y nos daban ánimos. Tomamos la carretera a Salamanca muy entusiasmados y contentos, íbamos en busca de una situación mejor. Nos fuimos adentrando en la carretera, la cual se fue tornando cada vez más difícil de transitar, ¿por qué? ¡Porque también estaba inundada!

¡Válgame Dios! —Exclamó mi padre—, ¡esto está más caudaloso que el río Grande, el que atravesó aquel guerrillero loco que mataron en Bolivia! Y volvió a exclamar: ¡san Ernesto de la

Higuera, guíanos con tu hachón guerrillero! Mi madre se apresuró a interrumpirlo, diciéndole: ¡cállate! ¿Qué tiene que ver el maldito “Che” en éste momento? Cabe señalar que mi padre consideraba al “Che” como un personaje histórico e inspirador, él admiraba el empuje que tuvo para llevar a cabo sus ideales y estaba de acuerdo con su movimiento contracultural y antiimperialista (mi padre sentía que en ese momento ocupaba ese empuje). No le quedó a mi padre más que seguir avanzando en esa carretera totalmente inundada, a pesar de que no se podía ver casi nada, pues la maleza había crecido bastante con tanta lluvia. El agua comenzó a tapar los faros de la Guayín; el temor de mi padre era que pasara lo siguiente: “sí el

agua entra al motor, mojará las bielas, se dañará el sistema de encendido, el sistema eléctrico, el chasis, en fin todo, y la mezcla del agua con el aceite será inminente”; y continuó diciendo: “si la camioneta se daña, no importa, siempre y cuando podamos llegar a nuestro destino que es la ciudad petrolera, ya veremos cómo nos regresamos”.

En esos momentos mis padres perdieron la calma. Mi padre, ya desesperado, dijo: “¡oh no, ahora sí moriremos!”; todo era dramático, mi madre también emitió su comentario: “¡no Antonio, no digas eso, no se puede morir lo que no ha nacido, ella, mi hija tiene que nacer!” Mi madre estaba con sus comentarios cuando de pronto todos escuchamos un grito desesperado:

¡auxilio!, un lamento que venía de uno de los árboles ubicados en la orilla de la carretera. Mi padre fijó su mirada y alcanzó a ver a un hombre que se había puesto a salvo arriba de un árbol, él nos pidió ayuda. Pero, ¿qué podía hacer mi padre por él? ¡Lamentablemente, nada!, lo cual le dolió mucho. El hombre arriba del árbol, en su desesperación por pedirnos ayuda y con su cansancio a cuestas, ya no tuvo fuerzas, no pudo sostenerse más y cayó directo al agua, estando allí, seguía peleando, pero al cabo de unos minutos dejó de verse y ¡murió dramáticamente! Fue una noche cruel, comenzó a llover y el cielo se iluminó con los relámpagos y los rayos, que nos provocaron mucho susto. Recuerdo que abracé a mi hermana Sorina, que

en ese momento sollozaba sin consuelo.

Con su mirada lánguida, su rostro extenuado, sus brazos a punto de desfallecer, y con una infinita tristeza en sus ojos, mi padre siguió avanzando por aquél río, por aquel largo y tortuoso camino. Avanzábamos muy lento, íbamos a tientas por la carretera. En ese momento nos llevamos otra sorpresa: “¡no es posible! ¿Qué hace ese vehículo varado en la carretera?” —Exclamó mi padre—, “¡así es imposible avanzar!” Le dijo a mi madre: “Leonor, tendré que hacerme a un lado para poder seguir avanzando, espero que todo resulte, ya que una mala maniobra nos puede sacar de la carretera”. Mi madre no sabía qué contestar, pero estaba consciente de que se debía

tomar ese riesgo. Mi padre empezó a rebasar al coche con extremo cuidado, sin embargo, cuál fue su sorpresa cuando tuvo el auto a un lado, pues en él había una mujer con su pequeño, los dos estaban pegados al cristal muy atentos a nosotros. La señora empezó a mover los brazos y nos hacía señas para que no nos alejáramos, nos pedía ayuda. Mi padre le dijo a mi madre: “¡Leonor, debo ayudarlos!”; enseguida, bajó de la camioneta sin importarle la gran cantidad de agua. Él decía que la Guayín tenía suficiente espacio (y era cierto, pues había lugar para otros cuatro pasajeros). Para abrir la puerta de ese vehículo, mi padre tuvo que aplicar toda su fuerza, pues con el agua se había atorado; por fin lo logró, para su sorpresa, la señora tenía a

su pequeño hijo y a un bebé. Mi padre abrió la puerta de la Guayín, cargó al pequeño y lo puso en nuestro vehículo, luego, la mujer le dio a su bebé de brazos, al recibirlo notó que no pesaba casi nada, él siguió con las maniobras, y, enseguida, ayudó a la mujer a bajar de su vehículo para que subiera al nuestro. Ya un poco más relajada, la mujer nos narró su historia: venía de Silao y se dirigía a Salamanca, se encontró con la sorpresa de que la carretera estaba inundada, su vehículo dejó de funcionar por el agua. Sin embargo, recuerdo que me llamó la atención algo que dijo: ella aseguraba que llevaba ya mucho tiempo recorriendo el camino y que no lograba llegar a su destino (yo era muy niña y de pronto me imaginé a Sísifo,

aquel personaje que subía con su piedra y luego la dejaba caer, para luego volverla a subir). Vi a mis padres tan absortos en el camino y tan nerviosos y apresurados por llegar a nuestro destino, que seguramente no escucharon lo que aquella mujer dijo.

La mujer iba en el último asiento de la Guayín, justo atrás de donde mi hermana Sorina y yo viajábamos. Recuerdo que una sensación rara invadió el ambiente a partir de que esos tres pasajeros abordaron nuestro vehículo, algo que de niña nunca supe explicar, pero que, ahora que soy mayor, puedo decir que el ambiente se volvió más ligero con su presencia. De pronto, ella sacó de su bolso un pequeño radio, el que prendió, en ese momento

se escuchó una canción: “Venus”, de Shocking Blue, cambió de estación, y escuché “Mujer de Negro” de Los Hollies; canciones que quedaron en mi memoria musical. Luego, la mujer musitó algo: ¡no os preocupéis, saldrán de este camino y alguien, al final, los está esperando, no desfallezcan! Y así, absortos, proseguimos.

A lo lejos vimos unas pequeñas luces que se movían como si alguien las agitara; al final de la carretera inundada estaban unos socorristas, al vernos empezaron a mover sus linternas para hacer señas, mi padre aceleró, la esperanza estaba allí. De pronto el auto se detuvo, no podía ser mejor, estábamos a salvo, si la camioneta ya no servía, ¡eso qué rayos importaba!, ya no significaba problema alguno.

Mi padre se apresuró a salir de la camioneta y nos ayudó a hacer lo mismo, corrimos hacia los socorristas, mi padre cayó de rodillas y gritó:

“¡La muerte no mata a nadie, la suerte es la matadora!”

Los socorristas lo ayudaron a levantarse, pero nos habíamos olvidado de los otros pasajeros. Al voltear mi padre para llamarlos y que se unieran a nosotros, se percató de que ya no estaban. La mujer con su bebé en brazos y su otro pequeño hijo habían tomado otro camino, alcanzamos a ver como se perdían en la lejanía. Mi padre levantó la voz para llamarla: ¡Malintizin!, pero ella se alejaba cada vez más y se adentraba en la oscuridad. Los socorristas, al escuchar eso, le preguntaron a mi

padre que a quién llamaba, él comenzó a relatar brevemente lo sucedido, ellos levantaron los hombros diciendo que no vieron más personas que a nosotros. Posteriormente, los socorristas le comentaron a mi padre que habían recibido una llamada para decir que en la carretera venía un vehículo con muchos problemas para avanzar, ¡qué raro! —Dijo mi padre— ¿quién pudo haber sido? Después procedió a revisar la camioneta para ver si la podía echar a andar, y así fue, la Guayín volvió a funcionar. Después de dar las gracias a los socorristas, seguimos por el camino, el cual no tenía agua. Mi padre se dirigió a ver a su amigo Venustiano Carranza, quien tenía un pequeño restaurant en la entrada de Salamanca, el negocio se llamaba

“El Náufrago”. El señor Venustiano nos ofreció alimentos, fue grandioso poder comer, todo nos supo a gloria. Yo recuerdo haber comido una deliciosa cecina, acompañada de frijoles y arroz, ese era uno de mis platillos favoritos, y de beber un Jarrito de tamarindo. A mis padres, su amigo les ofreció una copa de vino “para el susto”, ¡y vaya qué susto!

Una vez que comimos y más tranquilos, nos dirigimos al hotel “Unión”, un lugar acogedor y familiar. Mi padre salió a un almacén de ropa que se encontraba cerca, de ahí nos trajo prendas para poder cambiarnos y quitarnos las que estaban mojadas y apestadas. Recuerdo que mi padre me compró un vestido amarillo, con estampado floral y de manga larga



con volante, el más bello que jamás haya visto.

Dormimos profundamente, mi padre ya no quiso pensar qué pasaría después de ese día.

Al día siguiente, que ya era lunes 20 de agosto de 1973, despertamos, nos pareció que todo lo que pasamos había sido sólo un delirio y alucinación. Pero volvió la angustia para mi padre, no sabía qué íbamos a hacer, decía que estaba muy agradecido porque nuestra familia se había salvado, pero el no tener un hogar a donde volver le resultaba devastador. Recuerdo que encendió el televisor, en el cual se hablaba de la ciudad fresera que había sido destruida por el agua. Además de saberse sin hogar, mi padre tuvo que afrontar otra dura situación: el dinero se le estaba agotando; afortunadamente,

su amigo Venustiano le había dicho: “¡Antonio, lo que ocupes, aquí está a tu disposición!” Así que le tomó la palabra y fue a buscarlo para pedirle ayuda económica.

Encuanto la carretera estuviera transitable, regresáramos a Irapuato, para enfrentarnos a la triste realidad. Regresamos a la ciudad el 21 de agosto, salimos después de las 3:00 de la tarde. Mi padre había decidido tomar el camino hacia la calle Lerdo de Tejada, para mirar con nuestro propios ojos el derrumbe de nuestra vivienda y ver si se podía rescatar algo. Mi padre se acercó lo más que pudo a la casa que habíamos habitado por más de nueve años, nos pidió que esperáramos, él estaba decidido a inspeccionar solo. No tardó ni cinco minutos, regresó

agitado: “¡la única casa que no se derrumbó fue la nuestra!” —Dijo extremadamente emocionado—. Nos acercamos a la casa en la Guayín, mi padre bajó apresuradamente, yo iba detrás de él. En ese momento escuché la voz de tía Amanda: “¡pero queridos, han vuelto! —Dijo con mucha felicidad—, me alegra verlos sanos y salvos, ¡nosotras estuvimos de lo mejor, así como se los dijimos aquél día que nos vimos por última vez!” —Volvió a decir tranquila y orgullosamente, sabedora de cuanta razón había tenido en aquel momento en que decidió quedarse junto a tía Manola—. En ese momento llegó “el Rodel”, quien se acercaba a la casa junto con Sultán, nuestro perro se zafó de la correa y fue a encontrarse con mi padre,

comenzó a darle de lengüetazos como señal del gusto que tenía por volver a ver a su amo.

Después de esos encuentros, nos adentramos a la casa que aún estaba muy mojada y en desorden, todo lleno de lodo, moho y desechos cloacales, así como un olor insoportable. Mi padre me pidió que saliera, pero no lo hice, ya que en ese momento salió Casiopea corriendo y maullando a mis brazos, ¡mi gatita funámbula y necia había sobrevivido! Me interné más en mi morada, dirigiéndome y buscando con urgencia a Beatriz, mi muñeca, y efectivamente, allí me estaba esperando, como se espera a un amigo, sí, estaba mojada y llena de lodo, pero estaba bien, al igual que mi libro de *La Odisea*, el cual, una vez puesto al sol,

quedó mejor que nunca, listo para volverse a leer.

En general, todos los objetos habían sufrido daños irreparables, los muebles de la sala, el comedor, el refrigerador, las camas, la estufa, ropa y todo lo demás, era necesario sustituirlos, no había casi nada para rescatar. Afortunadamente, en nuestra familia y amigos no hubo pérdidas humanas. Fue cuestión de hacer muchas reparaciones materiales, pero al final estábamos vivos para contarlo. Al año siguiente y antes de que llegaran las lluvias, mi padre decidió construir un segundo piso a la casa, y dijo: “no cerraré los ojos, no vaya a despertar como ayer”.

Mi hermana menor nació el 17 de

noviembre, casi tres meses después de que vivimos aquella experiencia adversa y desastrosa, la inundación fue producto de las lluvias intensas que trajo consigo la tormenta tropical “Brenda”, la cual llegó por el océano Pacífico. No sé si fue cosa del destino o si fue hecho a propósito por mis padres, mi hermana fue registrada como Brenda. Y me pregunto si fue cosa del destino, porque no sé si mis padres conocían el nombre de aquella tormenta, que al final contribuyó a que viviéramos tantos estragos.

Mi nombre es Susana Arredondo Barajas ¡y he aquí mi historia!

¡Soy una sobreviviente de la inundación de 1973!



Imagen 4. Familia Arredondo Barajas en la laguna de Chapala, un año después de la inundación de 1973. De izquierda a derecha: los pequeños Susana, Anselmo, Sorina y Brenda; los adultos: Ramón “el Rodel”, Antonio Arredondo y Leonor Barajas.



Mario Rey, el “astro” del Irapuato, nos ayudó con comida

Tigrio Witrigo de la Lama

Mi vivencia sobre aquella terrible inundación de 1973 fue esta: era un sábado 18 de agosto, serían como las 10:30 de la mañana, me disponía a salir a trabajar en Salamanca, pues en ese entonces era el encargado de la publicidad en El Sol de Salamanca; cuando iba por la esquina del boulevard Díaz Ordaz, me alcanzó mi hermano Marcolino, quien me andaba buscando para decirme que no fuera a ir porque andaba

el rumor de que se habían reventado unas presas y la de El Conejo, así que existía el peligro de que Irapuato se inundara. Me dijo: “*¡No te vayas a ir al trabajo, porque dicen que ya viene el agua para acá!*”.

De momento yo titubee, pero tuve que regresar a mi casa, en ese entonces vivía en la calle Genaro Acosta 722, en la colonia Los Eucaliptos. Estacioné la camioneta afuera y por algunos minutos pensaba si era lo correcto o no; decidí hablar con mi esposa Evita Solís, le dije “*Oye, fíjate que al parecer se reventó la presa y viene el agua muy peligrosa y con mucha fuerza, vamos a resguardarnos con los niños y a prepararnos porque no sabemos qué pueda pasar*”. Ella me contestó: “*Pero enton-*

ces mete la camioneta a la cochera y vámonos para arriba”. Mientras la plática sucedía, mis hijos Sergio Luis y Tigrio Javier nos miraban sorprendidos, pues no comprendían lo que platicábamos sobre el agua que ya venía. Guardé los vehículos en la cochera, algunos vecinos hicieron lo mismo, y nos metimos a la casa. Nadie imaginaba la magnitud de lo que iba a pasar cuando el agua entrara a la ciudad. Fue algo duro para unos y terrible para muchos.

Sería como pasado el mediodía que vimos entrar el agua por la calle Juana Hidalgo y por la glorieta de las Espigas, donde, por lo ancho, se hacía remolino, y en poco tiempo las corrientes se volvieron furiosas y por lo mismo el nivel fue subiendo muy rápido. Dentro

de la casa, nosotros habíamos guardado algunos muebles y cosas, pensando que no subiría tanto el agua, pero cuando vimos que pasaba del metro, decidimos llevar lo que pudiéramos al segundo piso, mis hijos Tigrio y Sergio anduvieron nadando en la sala, comedor, cocina, patio y otros lados tratando de rescatar lo más que se pudiera, como una consola musical, de aquellas donde se tocaban los discos de 33 y 72 revoluciones, recuerdo que la tuvieron que amarrar en la campana de la cocina integral y atorarla con los gabinetes superiores porque subió el agua como metro y medio.





Imagen 1. El señor Tigrio Witrago con su esposa la señora Evita Solís, fotografía de 1972.

Todos mojados nos subimos por una escalera al cuarto de servicio, llevábamos algunas cosas

personales. Más tarde, cuando tuvimos hambre, nos dimos cuenta que, por los nervios y carreras, nadie subió comida, sólo teníamos agua y fue eso lo que estuvimos ingiriendo la tarde y noche. Lo que más nos dolió fue que mi esposa Evita, muy temprano, había hecho para comer unos chiles rellenos y cuando bajamos para ver si aún podíamos salvarlos, los vimos flotando por toda la casa entre el agua sucia, ¡tan sabrosos que se veían!

Cuando nos asomábamos por la azotea a las calles, veíamos impresionados como las corrientes arrastraban con furia, muebles, muchos animales, vehículos y otras cosas, yo nada más pensaba: “*si he dejado en la calle mi camioneta, se la lleva el agua como a todo eso*”. Y

fue entonces que me acordé de no haber subido todos mis archivos fotográficos, negativos y mis cámaras, por un momento me agüité al pensar que se había perdido en el agua todo lo que guardaba con tanto cariño desde muchos años atrás. Pero mi mujer Evita, que desde antes presentía que algo malo podía pasar, anduvo subiendo las cajas de fotos y negativos y parte de las cámaras, sin embargo no se resguardó todo y perdí algunos archivos con equipo fotográfico y ya ni llorar era bueno.

Ya cuando cayó la noche, todos estábamos en aquel cuartito de servicio asustados y escuchando el ruido del agua corriendo, teníamos la incertidumbre de lo que realmente estaba pasando o podía pasar, tampoco teníamos

la esperanza de recibir algún tipo de ayuda, no había luz, todo aquello estaba muy oscuro y tétrico. Recuerdo que todos nos dormimos en el suelo, en unas colchonetas que encontró mi esposa, yo sólo pensaba en cómo conseguir alimento para los niños.

Al día siguiente, con la claridad del amanecer, me asomé a la calle, pero casi todo estaba igual, el agua seguía corriendo con furia y el nivel no bajó mucho. Algunos vecinos también andaban en sus azoteas viendo lo que pasaba o esperando que las autoridades llegaran en lanchas a prestar ayuda, pero nada, las horas fueron pasando y nos llenamos de angustia al ver el panorama tan desolador, veíamos con impotencia cómo entre las corrientes de agua eran



arrastrados carros, muebles, cosas y animales, como si fueran de papel; para colmo, el día comenzó a nublarse y amenazaba con seguir lloviendo, el tiempo avanzaba y parecía interminable. La verdad perdí la noción del tiempo, me parece que fue hasta el lunes cuando bajó el nivel del agua. Recuerdo que pasó por ahí Mario Rey “el Churumbel”, quien era la estrella del equipo la “Trinca Fresera” del Irapuato, me reconoció y se ofreció a ayudarnos, le dijimos que estábamos sin alimento y teníamos a los niños, y como el caballero elegante que era, fue a su casa, que estaba cerca de la nuestra, y nos trajo de comer para toda la familia. Fue un detallazo que nunca olvidaré.

Mis hijos Sergio y Tigrio, que estaban

jovencitos pero sabían nadar muy bien, decidieron, junto con otros jóvenes vecinos, salir a las calles cercanas y buscar alimento, pues casi nadie se previno al pensar que el agua no subiría tanto de nivel. Lograron encontrar en la calle Pedro Martínez Vázquez unas tienditas y trajeron comida enlatada, galletas, pan Bimbo y leche. Gracias a Dios que no les pasó nada, pero corrieron peligro con las coladeras y las corrientes, que todavía eran fuertes.

Para el martes creo, nos avisaron que nuestro patrón, don Mario Vázquez Raña, había mandado desde México ayuda para todo el personal de El Sol de Irapuato y El Sol de Salamanca, así que fuimos y nos dieron colchones y despensas, con lo cual pudimos sobrellevar los

días siguientes. El Gobierno también ayudaba, pero era mucha la gente afectada; había muchas casas destruidas, quienes no perdieron sus viviendas, resultaron afectados en sus bienes, como muebles, ropa, etc.; también se hablaba de muertos.

Aquella inundación fue muy dura para mí y mi familia, pues nunca antes habíamos pasado por una situación tan angustiante. Luego supimos y vimos que otras personas perdieron su casa, muebles y, lo peor, seres queridos. Creo que yo y los míos, aún con lo que sufrimos, fuimos de los menos afectados en lo material, pero aquellas horas en el cuartito de servicio, todos hambreados en el suelo, con aquella oscuridad tan tétrica y el miedo de lo que real-

mente nos pudiera pasar, nos dejó lastimados por mucho tiempo. Aún hoy, 50 años después, lo recuerdo como si estuviera pasando de nuevo, nunca antes le había contado a nadie esta amarga experiencia que tuvimos. Ojalá y Dios no permita que algún día vuelva a ocurrir algo similar a nuestra querida ciudad de Irapuato.





Imagen 2. La señora Evita Solís con sus hijos Tigrío Javier, Sergio Luis, Eva Adriana y Rosy; en la casa de la calle Genaro Acosta, donde pasaron la inundación de Irapuato, 1972.

Mucha gente se ha olvidado

Israel Morales Castorena

A continuación, presentamos el testimonio de la señora Hilda Zeni Zanella, quien, entre lo imprevisible, logró sobrevivir a la inundación del 18 de agosto de 1973, pudiendo contar, años después, lo que ahora transcribimos. Comenzamos con unos breves datos biográficos de la protagonista de esta historia: la señora Hilda actualmente vive en Irapuato, tiene 74 años de edad, es originaria de San Luis Potosí, sin embargo, durante aquel trágico evento residía en un rancho llamado Santa Fe, el cual estaba

cerca de Abasolo, en aquel momento contaba con 23 años.

Respecto a lo sucedido en el año de 1973, la señora Hilda nos cuenta lo siguiente: su hermana y el marido de ella, llamados María de Jesús Zeni y Jesús Villanueda, eran quienes, en aquel tiempo, vivían en el centro de Irapuato, tenían su hogar en la calle Santos Degollado # 347. La señora Hilda y su familia acudían a Irapuato los fines de semana, venían por despensa; el sábado 18 de agosto fue muy distinto de otros, no lo olvida por una razón: coincidió con la inundación más importante de los últimos años que se haya registrado en el municipio. De acuerdo a su narración, la señora Hilda y su familia ya estaban enterados de que Irapuato

se iba a inundar: “ya habíamos oído en el radio que se había reventado la presa [del Conejo], pero no creíamos que fuera tan grave [...] alcanzamos a llegar a Irapuato para comprar en el mercado lo que necesitábamos, como carne y verdura, [...] luego llegamos a la casa de mi hermana, y ya fue que empezó a llegar el agua, muy despacio, pero luego ya se vino [...] parecía un río”.

La entrevistada refiere que la casa de su hermana era de dos pisos —una verdadera fortuna ante aquella situación—, así que ella y su familia se resguardaron en el nivel superior; también recuerda que, a pesar de ser una de las áreas menos afectadas, el agua alcanzó medio metro de altura. A pesar de los años, la señora

Hilda conserva algunos detalles, pensamientos y sonidos de lo que vivió la noche del 18 de agosto de 1973: “nada más oíamos el ruido de las casas que se caían [...] en el centro había muchas construcciones de adobe, muy antiguas, y muchas se cayeron”.

Al día siguiente, la señora Hilda y sus dos hermanos planearon ir a la estación ferroviaria para regresar a su casa por ese medio, no obstante, de inmediato se dieron cuenta de que todo estaba inundado y que los servicios de transporte habían colapsado, por lo que decidieron irse a la casa de su prima Carlota Chesani, quien vivía cerca de la zona militar de Irapuato; en ese lugar esperaron la llegada de su hermano Jorge Zeni, quien fue por ella en

un tractor para regresar a Abasolo, sobre esta travesía recuerda lo siguiente: “nos fuimos por otra carretera [...] por un rancho que se llama La Soledad, ahí se había quebrado la carretera porque era un puente [...], nos hicieron el favor de pasarnos unos soldados en la lanchita y ya llegamos a la casa, no fue tan grave”.

A pesar de reconocer lo afortunada que fue, la señora Hilda no puede dejar de mencionar las desgracias que vivieron otras gentes: “oí de muchas personas que se desaparecieron, de hecho, ahí por la casa de mi prima, como está cerca el panteón municipal, pasaban los camiones de la basura con muchos cadáveres, los llevaban a las fosas comunes, de hecho, muchas personas conocidas se les desaparecieron fami-

liares”. Y continúa: “en ese tiempo mi marido, Jesús Barrón Rodríguez, todavía era mi novio. Él se quedó en la calle Casimiro Liceaga, agarrado de un poste junto con otro muchacho [...] quien se soltó y lo encontraron muerto atrás de un asilo de ancianos [...]; mi marido se salvó gracias a que unas personas le aventaron una cuerda y lo subieron a un techo [...], ahí esperó hasta que bajó el agua”.

Otras historias trágicas que la señora Hilda recuerda son las siguientes: “donde era la tienda Blanco, que era un autoservicio, [...] una señora dejó a sus hijos en el coche y pues se le ahogaron, y pues fueron muchas cosas muy tristes que supimos [...], a una cuñada mía por ejemplo, se le perdió un primo y ya no vol-



vió a saber de él”.

Respecto a las zonas que fueron afectada por el paso del agua, nuestra entrevistada nos dijo: “donde más fuerte llegó fue [...] por Las Rosas, por aquí por La Hacienda [...] es donde llegó primero [...] se taparon muchas casas, muebles y todo”.

La señora Zeni nos mencionó que cerca de la zona militar de Irapuato estaban repartiendo despensas y describe la ayuda que ofreció el Ejército mexicano en diversos frentes, sin embargo, al tratar el tema, recuerda uno de los grandes rumores de aquel evento: “Se dice eh, no me consta, porque hubo muchos rumores, que a propósito reventaron la presa porque un

político tenía un terreno ahí [y] para que no se le inundara reventaron la presa, pero eso a mí realmente no me consta”.

Aquel catastrófico acontecimiento hermanó a los habitantes de Irapuato; algunos, fungieron como protectores de personas más jóvenes, otros ciudadanos ayudaron, por ejemplo, a levantar escombros después de la inundación o dando alimentos a quienes nada tenían. Al respecto, la señora Hilda cuenta que su familia apoyó llevando leche a los damnificados: “Mi papá tenía vacas [...], mandó a que mi hermano, llamado Jorge Zeni, llevara leche a Irapuato y la regalara a todas las personas que no tenían a veces ni qué comer, que se les habían caído su casa y todo eso”.

Al bajar el agua muchas de las viviendas de Irapuato quedaron prácticamente inhabitables, además estaba latente el derrumbe de las casas, brotaron enfermedades producto del encharcamiento del agua y de las condiciones insalubres; uno de los hogares afectados fue el de la señora María de Jesús Zeni Zanella, hermana de nuestra entrevistada, así que ella y sus hijos tuvieron que mudarse a la granja de la familia que, como referimos, se encontraba cerca de Abasolo, al menos mientras las autoridades limpiaban la ciudad. Sobre este punto la señora Hilda recuerda que: “en las casas que se caían mucha gente quedó atrapada ahí y muerta, entonces mi hermana regresó al rancho porque tenía miedo de contagiarse de algo”.

Para concluir con la entrevista, la señora Hilda nos expresó cómo cree ella que se recuerda este evento en la actualidad, señalando que: “mucha gente se ha olvidado [...], más o menos la gente de mi edad que vivimos, pues ellas se acuerdan, hay mucha gente todavía que, pues vivió esa época, pues mucha gente ya murió [...] cada año siempre conmemoran ese trágico día, pues es una tragedia muy triste”.

Mucha gente se ha olvidado como bien lo dice la señora Hilda. Su historia aquí relatada ayudará a mantener viva la memoria de aquel trágico evento que hermanó a los irapuatenses. Aquel hecho sin duda nos dejó enseñanzas que por ningún motivo debemos olvidar.

Finalmente quiero agradecer a la señora Hilda Zeni Zanella por abrirnos un espacio en sus memorias y traer de vuelta aquellos recuerdos. De igual manera agradezco a la familia Zeni Barrón las facilidades que me brindaron para llevar a cabo este trabajo.



Imagen 1. Retratos de la señora Hilda Zeni Zanella, protagonista de esta historia.

El tesoro más grande eran mis colores. Vivencias de la inundación de Irapuato de 1973

Javier Eduardo Sandoval García

El presente testimonio es del profesor Rafael García Ramírez, quien nació en 1960, él es oriundo de Irapuato, tenía 13 años cuando sucedió la inundación de 1973, vivía en ese entonces en la calle Laguna # 495, colonia Las Rosas, actualmente su familia reside en esa dirección. A continuación contamos su historia.

El profesor García Ramírez nos relata

uno de los rumores que se escucharon sobre las causas de la inundación: “Igual que cada año, decían que se iba a inundar, no era nuevo para nosotros escuchar eso [...] se dijo que un general tenía algunos terrenos por acá por este rumbo, y que al querer desbordarse la presa [El Conejo] hacia sus terrenos, el general dio la orden de que se dinamitara del lado contrario [...] y fue lo que vino a inundar [...] eso fue lo que yo supe”.

Sobre los sucesos previos al día de la inundación, nuestro narrador nos contó que: “El viernes [17 de agosto] ya se oía muy fuerte el rumor de que se iba a inundar [...], algunos de los vecinos se pusieron de acuerdo y sobre las entradas de las casas hicieron barditas, pen-

sando que el agua subiría 10 centímetros. Al día siguiente en la mañana, yo estaba aquí en la casa, se oía mucho escándalo, se escuchaban helicópteros, patrullas, prendí la radio y ahí hablaban de la inundación, decían que estuviéramos al pendiente de las indicaciones de las autoridades”.

Ya en la inundación, el señor Rafael García vivió lo siguiente: “al ver que el nivel del agua se elevaba bastante, nos subimos mi papá, Guillermo García Montes, mis hermanos Guillermo, Rodolfo y yo a la azotea de mi hogar, ya eran las 12 del día y el agua estaba tremendamente, la calle parecía un río, atrás de mi domicilio había una empacadora llamada Findus y un campo de espárragos, de ahí se

salieron cajones grandes, refrigeradores y tanques de gas. Por la tarde, mi papá y los vecinos acordaron que nos íbamos de la casa, hacia la pendiente de la vía del tren (en la colonia La Pradera), pues en ese lugar no llegó el agua, así que tuvimos que brincar las casas de los vecinos. Llegamos a la intersección de las calles Laguna y Estrella, allí estaban los auxiliares de la Cruz Roja ayudando, ellos amarraron lazos de los barrotes de una casa, de ahí a otro poste y a otro poste, y luego a la vía, éramos un mundo de gente cruzando”.

Con emoción el señor Rafael nos cuenta el suceso que vivió en la inundación que más lo ha marcado, el cual aconteció cuando bajaron de la azotea de la última casa, antes del

baldío, para intentar llegar a la vía del tren y ponerse a salvo: “Esta es la anécdota más cruel que me pasó: bajó primero mi papá, él llevaba en sus hombros a mi hermano Rodolfo, el más pequeño y quien decía que no se quería morir; después, mi hermano mayor, Guillermo, quien bajó con mi tío, Gilberto García, que vino a ayudarnos, a mí me encargaron con un maestro, llamado Salvador Mundo Salinas, que vivía en la calle Laguna, él me agarró de la mano; el agua estaba muy alta, así que apenas con las puntas de los dedos de los pies alcanzaba a tocar la banqueta, pero, al pasar la hondonada de la cochera de una casa, ya no alcanzaba a tocar el piso, antes de llegar al último poste para subir a la vía, había un terreno sin construir, así

que el agua agarraba corriente, el líquido me arrastró e hizo que la cuerda de la que me sujetaba me quedara en mi cuello y casi me ahogo, el maestro Salvador me gritaba ¡camina! Y yo le respondí ¡no puedo, no tengo pies!, por el miedo ya no pude avanzar, papá se regresó, me agarró de la mano y me ayudó a moverme, así me salvaron”.

La familia pasó la noche en la estación del ferrocarril, “atrás de esa zona había una granja de pollos, los animales que se ahogaron los desplumaron y los cocieron en un bote que encontraron, nos empezaron a dar pedazos de carne, les guardé un poco a mis hermanos pues ellos estaban dormidos”.



Al día siguiente, 19 de agosto, entre las 10 y 11 de la mañana, los señores Guillermo y Gilberto García, así como los pequeños Rafael, Guillermo y Rodolfo, se fueron caminando a buscar al resto de la familia, el profesor nos contó lo siguiente: “localizamos a mi madre en un hotel ubicado por la calle Isabel la Católica, la encontramos casualmente, nos reunimos con ella, quién nos dijo que alcanzó a hablar con mi hermana Esther (era la mayor, trabajaba en la zapatería Canadá y vivía en el centro de Irapuato), ella se fue con su jefa y estaba bien; nos encontramos con mi hermana en el monumento a los Niños Héroe, afortunadamente todos estábamos bien, estuvimos en casa de Esther toda la semana. Lamentablemente, en la noche lle-

garon a avisarle a mi papá que su hermana María Esther García Montes, conocida como “la Chata”, había fallecido, ella estaba embarazada, tuvo sus dolores de parto, no dijo nada porque tenía niños de todas las edades, se cayó su casa, aguantó, la llevaron al hospital del campo militar, no se salvaron ni ella ni su bebé”.

Para la mitad de semana, la familia del profesor García Ramírez pudo regresar a su hogar, en la colonia Las Rosas, el agua ya había bajado lo suficiente y se podía andar: “llegamos a la casa y encontramos un desorden horrible, oscura la casa, llena de lodo por las paredes, así empezamos a enjuagar lo que quedaba de ropa”. Respecto a lo que sucedió después de la inundación, nuestro narrador nos dijo que “en

las esquinas se formaron montones y cerros de cosas echadas a perder [...], además tuvimos una plaga de gusanos”; sobre la ayuda que recibieron para salir adelante, nos comentó que “todos corríamos a recibir una despensa, pan, refrescos y otras cosas, no importaba el nivel social ni académico, todos corrían para que les dieran. Colocaron carpas donde daban de comer los militares, a nosotros no nos faltó comida, pero hubo mucha gente que iba a comer ahí porque le hacía falta [...], brindó mucho apoyo el presidente de la República, inclusive mandaron mucha ayuda para limpiar, fumigar, dieron despensas, agua y lo que se necesitara”.

En 1976 hubo otra inundación, el señor Rafael menciona que para entonces la gente es-

tuvo más preparada para afrontar la situación, aunque no fue igual de grave que tres años antes, nos cuenta: “A partir de 1973, todo mundo fuimos más conscientes de los peligros de una inundación, se valoró más la familia, se tomaron algunas precauciones (como tener siempre los papeles importantes en una mochila)”.

Sobre los efectos que aquel 18 de agosto tuvo sobre los irapatenses, el profesor García nos dice: “Siento que, a partir de ahí, nos cambió la forma de pensar, nos hizo más sensibles, mi papá apreció mucho que su familia estuviera junta y completa, pues hubo muchos, muchos muertos. Yo pienso que fue un evento que nos marcó muy profundamente, recuerdo muchos detalles, quizá por la edad, siempre

tuve intención de escribir sobre esto. Uno que lo vivió queda marcado para siempre, mucho tiempo no hablé del tema, y cuando lo hice me alteré mucho”.

Aquellos sucesos de 1973 no sólo quedaron grabados en los recuerdos de la familia García Ramírez, pues mandaron elaborar una placa que rememora lo sucedido aquel año: “Mi papá se tomó la libertad de hacer una placa con la marca del nivel al que llegó el agua en la inundación”. Dicha placa se conserva hoy en día.



Imagen 1. Casa de la familia García Ramírez y detalle de la placa con la marca de la altura que alcanzó el agua en la inundación del 18 de agosto de 1973.

Finalmente nos confiesa cuál era la cosa que más le pudo perder en aquel acontecimiento: “El tesoro más grande que perdí fueron mis colores, fue lo que más me dolió, así como estaba mi mochila, así se tiró”.

Agradecemos infinitamente a la familia García Ramírez por brindarnos todo el soporte necesario, así como la flexibilidad y honestidad para poder contar las anécdotas de este tan lamentable desastre. Igualmente, agradecemos a la familia Rodríguez García quienes nos apoyaron con los contactos pertinentes para la realización de este trabajo, pues de lo contrario esto no habría sido posible.



Imagen 2. El profesor Rafael García Ramírez, protagonista de esta historia.

“Pancho” y el futbolista Marino Guevara en la inundación de 1973

Manuel Delgado

En este artículo narro los sucesos que mi hermano Francisco Javier Delgado Morales y otros miembros de mi familia vivimos aquel 18 de agosto.

Así comienza nuestra historia: recuerdo ser parte de una familia numerosa y unida en el amor de nuestros padres. Estaba conformada por mi padre, Asunción Delgado Ortiz — toda la vida creímos que era Ascensión, pero

el acta de nacimiento lo aclaró— que en 1973 trabajaba en la Fundidora de Irapuato, fábrica de bombas para pozo profundo, que era propiedad del presidente municipal de Irapuato, Max Alfredo Kirchbach Fajardo —a quien se le ha señalado como uno de los responsables de la inundación—; mi madre Ma. Dolores Morales Lazcano, a quien todos conocíamos cariñosamente como “Lolita”, ella tenía 33 años de edad; mis hermanos: Francisco Javier, de 13; María Jesús, de 11; Ana María, de 10; Fernando, de cinco; Susana, de tres; Carolina, de dos; Adriana, de sólo unos meses de edad; y yo, de ocho años. Todos nosotros vivíamos en la calle de Bolívar, en la colonia Santa Julia. Nuestra casa era una finca sencilla, hecha con paredes

de adobe enjarrado.

Ese sábado 18 de agosto parecía un día ordinario, no se advertía fatídico, pues estaba soleado, pero ya estaba marcado para la tragedia.

Aquel día, mi hermano Francisco Javier, a quien llamábamos “Pancho” o “Panchito”, primogénito de la familia, había ido a comprar azúcar por encargo de mi madre, quien había menospreciado el potencial del agua. Sobre esta situación, “Pancho” relata: “Eran como las once y media de la mañana, ya sabíamos que venía el agua. Mi mamá me mandó con una moneda de cinco pesos a comprar azúcar en la tienda de autoservicio Blanco”, recuer-

da con una sonrisa desdibujada de melancolía, por nuestros padres ahora fallecidos. Mientras “Pancho” iba a comprar el azúcar, mi papá llegó temprano de trabajar. Eran como las once de la mañana, ya que en la fundidora les ordenaron que se retiraran, pues tenían el conocimiento certero de que Irapuato se inundaría.

Llegó mi padre a la casa y se recostó plácidamente en la cama, desdeñando también el alto riesgo que se venía para la ciudad. Minutos más tarde, cerca de la una, cuando se empezó a tener una mayor certeza del alto riesgo, mi abuela paterna Aurelia Ortiz García, de 67 años de edad, salió presurosa de su cuarto, ubicado en el fondo de la casa, y tomó entre sus brazos a Adrianita; mientras, mi padre, ya temeroso,

alzó a Carolina. Nos fuimos casi todos de la casa, excepto mi mamá, ella se quedó con unos vecinos de enfrente, dueños de una cenaduría, se negó a irse, esperando que el nivel del agua no fuera tan alto y, sobre todo, para esperar ansiosa y mortificada a “Panchito”.



Imagen 1. Los señores Ascensión Delgado Ortiz y Ma. Dolores Morales Lazcano, fotografía de 1957.

Mi padre, mi abuela, mis hermanos y yo nos fuimos presurosos hacia el bulevar Díaz Ordaz. Los más chicos tratábamos de alcanzar los pasos de los mayores, nos dirigíamos hacia la casa de la tía Manuela Delgado Ortiz, hermana de mi padre, a quien conocían como “Nela”. Su hogar se encontraba en la calle 28 de Septiembre, en el barrio de “El Ranchito”, allá por la calle Isabel La Católica, conocida ahora popularmente como “la Chabela”, cerca de la fábrica que conocíamos como “Artefactos Eléctricos”, luego llamada IG, propiedad de Alfonso Hernández Pelayo.

Mientras “Lolita” esperaba “mordiéndose las uñas” saber algo de su hijo ausente, “Pancho” no alcanzó a llegar a la tienda de au-

toservicio en la que compraría el azúcar y, ante el sonado anuncio de la llegada del agua, junto con otros adolescentes que se encontraban en el lugar, caminó por la avenida Guerrero hasta la avenida Reforma. Mi hermano “Pancho”, ahora un hombre de 62 años de edad, rememora:

“Me fui como para Arandas para ver el agua, y dijeron unos chavos: ‘mejor vamos a la Deportiva a ver qué onda’. Íbamos, pero me regresé y agarré por la vía, ya estaba fuerte el agua, por ese sitio vi unas víboras, de esas que se llaman hocico de puerco, agarré una de esas bolsa de pan Bimbo y con unas varitas las eché adentro. Eran como cinco, pensé: ‘con esto la hago para divertirme’, duré ahí como 20 minutos. Cuando vi por la vía, hacia la escuela primaria Margari-

ta Maza de Juárez, me di cuenta que estaba solo y que el agua me llegaba a la cintura: “¡yo no sabía nadar!, pensé temeroso”.

Mientras el miedo hacia presa de “Pancho”, mi padre, mi abuela y el resto de la familia avanzábamos a paso veloz rumbo a la casa de la tía Nela. Hoy, viene a mi memoria, como un recuerdo entre sueños, el momento en que, cruzando el bulevar Díaz Ordaz y temiendo que el agua de la presa El Conejo nos alcanzara, a la pequeña Adrianita, quien iba en brazos de mi abuela, se le cayó uno de sus huaraches; mi hermana “Susy” advirtió el incidente y quiso regresar para recuperarlo, pero fue reprendida con severidad por mi padre para que desistiera.

Llegué a “El Callejón” —así conocíamos al lugar donde se encontraba la casa de la tía “Nela”— casi con el corazón saliendo de mi pecho, por el largo y rápido recorrido que dimos. Mi tía nos recibió preocupada y dispuso que subiéramos al segundo piso, que además de habitaciones tenía un amplio patio, y vi con sorpresa que ahí había más familias recibiendo ayuda. También recuerdo, vagamente, que la gente estaba desconcertada y los adultos, en barullo, advertían de una fuerte inundación, aunque para muchos no representaba mayor riesgo y creían que era una falsa noticia.

Abajo los vecinos más cuidadosos, pero inocentes también, colocaron costales rellenos de arena en las puertas de sus casas y atrave-

sando la calle; otro pusieron tabiques sellados con tierra en las puertas que daban acceso a su hogar. En el quicio de la reja del portón de metal que daba entrada a “El Callejón” los vecinos formaron, con diversos materiales sólidos, un montículo de un metro y medio de altura, para evitar el paso del agua.

La finca de mi tía “Nela” parecía ya una casa de asistencia. Recuerdo que me encontraba en el segundo piso, viendo desde ese lugar hacia la calle como la gente adulta, algunos jóvenes y señores de la tercera edad colocaban obstáculos para que el agua no llegara. A pesar de estos esfuerzos, el agua avanzó e inundó todo. En aquellos momentos vi enseres domésticos y muebles que salían de las viviendas arrastrados

por la corriente. Ya avanzada la tarde, mis hermanas más pequeñas se mantenían indiferentes y solamente pedían comida, las provisiones eran pocas, pues no hubo oportunidad de prevenirse con despensa, y los niños de brazos llovaban pidiendo alimento, mientras los adultos evidenciaban su impotencia. La despensa de la tía “Nela” terminó muy pronto.

“Pancho” cuenta que pasó por todo tipo de peripecias, ya que al verse solo, luego de la captura de las serpientes y con el agua hasta la cintura, intentó llegar a una malla ciclónica de la escuela primaria Margarita Maza de Juárez, la cual estaba ubicada en la avenida Reforma y donde actualmente sigue. “No supe ni dónde quedaron las víboras”, nos contó socarrona-

mente. “Pancho”, temeroso y solitario, se metió al edificio de la citada institución educativa, que ya empezaba a anegarse. Entró a un aula, se subió a uno de los pupitres, pensando quedarse ahí hasta que bajara el agua, sólo que la banca comenzó a moverse en forma peligrosa por las olas que generaba el agua.

Detalla mi hermano en su recuerdo: “Que me salgo. Pensé: ‘voy a avanzar por la malla que separaba a la escuela del Seguro Social’ — que estaba en obra negra—. Me agarré de la malla y volteé al cielo. Había mucho sol, pero seguía lloviendo y empecé a llorar. Un señor que estaba cerca del lienzo charro me dijo: ‘vente, aquí yo te agarro’. Pero no me animé, ya que el agua me llegaba arriba de la cintura.



Me regresé ya que no podía avanzar porque el agua venía con más fuerza. De pronto, llegaron unos rescatistas, eran cinco elementos del Cuerpo de Bomberos, estaban amarrados a la cintura con una cuerda y ofrecieron llevarme a un lugar seguro. Me agarraron mientras me sostenía de la malla, yo ya no sabía qué hacer, no podía avanzar y no me metía al agua porque no sabía nadar. Los bomberos me rescataron y me dejaron seguro en el lienzo charro”.

En diversas pláticas que tuvimos sobre la inundación de 1973, “Pancho” nos contó lo que vivió cuando estuvo en el Lienzo Charro: “Vi que sobrevolaba un helicóptero y yo les gritaba: ¡heey, vengan por mí! Y me dice una persona: ‘mejor quítate la ropa, tiéndela y duér-

mete, acuéstate, o has lo que quieras, no van a bajar’. Me acosté en una de las gradas, arriba estaba un señor, ya grande de edad, cubierto muy a gusto con una sábana. Ya en la noche hacía mucho frío, colgaba un pedazo de la sábana y la agarré para cubrirme; en la mañana, cuando me desperté, me di cuenta que estaba cobijado y que el señor ¡estaba sin la sábana! Ya por la mañana del domingo, pensaba: ‘mi mamá debe estar bien preocupada’. Yo quería irme a mi casa, pero no se podía. Me llevaron a la colonia Las Palomas y me dieron de desayunar en una casa de dos pisos. Estando ahí me animé y me escapé; ahí voy por todo Lázaro Cárdenas. Cuando llegué por la conocida agencia de camiones de Dina me encontré a Jorge,

un compañero de trabajo de mi papá, quien me dijo:

— “¿A dónde vas muchacho?”

— “A mi casa, le contesté.

— “Guerrero es un río, me replicó. No te vayas, espérate a que baje el agua.

“Me fui detrás de él, aunque luego nos separamos. Cruce la calle Francisco Sarabia, llegué nuevamente a la tienda Blanco y me preguntaron otras personas:

— “¿A dónde vas?”

— “Voy a Bolívar, dije.

“Y en eso que empiezan a salir flotando un montón de productos de la tienda de auto-

servicio Blanco. Y pensé: ‘¡aaayayay!’ Y que agarro un bote y que lo lleno de cosas. Esta situación me hizo pensar que Dios existe, y cuando Dios quiere, pasan las cosas, y cuando no quiere, no pasan”.

“Pancho” recuerda que en aquel agosto de 1973, estaban abriendo unos fosos en la gasolinera que estaba a un lado de Blanco, para meter dos grandes tanques de gasolina, mismos que terminaron flotando por la calle Terán.

Para llegar a nuestro hogar, ubicado en la calle Bolívar, Pancho tuvo que vivir varias aventuras, las cuales el relata así: “Yo quería llegar por el templo de Los Dolores, para tomar la calle Niños Héroe y después Bolívar. Me

agarré de la pared de una casa, pasé muy cerca de las fosas de la gasolinera, ocultas por el agua turbia, pero alrededor había grava y pensé: ¿qué caso tiene que me meta a la grava?, así que mejor le di la vuelta: si no hago eso me voy directo al agujero y no lo estaría platicando. Llegué hasta el templo de Los Dolores, un hombre que se encontraba en la azotea de una casa me dijo:

— “¿A dónde vas niño?

— “A Bolívar, le contesté.

— “¡No, no, está muy feo! Mira cómo está la calle —Niños Héroe— de peligrosa. Mejor súbete, no vas a pasar y con ese bote pesado, menos.

— “¡Me quieren quitar mis cosas! —Pensé desconfiadamente—, y le dije:

— “No, yo me quiero ir derecho —eran como las once de la mañana—.

— “¿Ya comiste? —Me dijo amistosamente—.

— “No, no he comido nada.

“Y con suerte, ahí me dieron un taco y fueron muy atentos conmigo”.

El domingo 19 de agosto estaba programado un juego de fútbol entre la Trinca Fresera y el Deportivo Tampico, encuentro pactado a las cuatro de la tarde, en el estadio local. Dicho partido, por obvias razones, no se pudo llevar

a cabo.

Recuerda Pancho, con una sonrisa que evoca su inocencia el incidente con el futbolista Marino Guevara ese día: “Dijeron unos chavos: ‘va a llegar el Ejército a la Comercial Mexicana y van a dar despensas’; Dije: ‘voooy, porque tengo que llegar con algo a mi casa, porque si no, se van a enojar. La moneda para el azúcar, quien sabe dónde había quedado. Pensé: ‘va a haber bronca por no traerla’. Me fui caminando por las despensas y exactamente frente a la gasolinera pasó un jugador de fútbol del equipo Irapuato, se llamaba, recuerdo, Marino Guevara, y que le digo:

—“Oye Marino.

—“Voltea y me responde: ¿Qué pasó?

— “¿Van a jugar a las cuatro?

— “Sí, ya voy para allá, dijo irónico ante la inusual y cándida pregunta.

—“Ahorita ahí nos vemos, le dije con la seguridad de un niño de trece años”.





Imagen 2. Marino Guevara, jugador de la Trinca Fresera en 1973.

“Continué caminando hasta la tienda Comercial Mexicana, frente a la embotelladora Coca Cola. Se paró un camión del Ejército mexicano, había una larga fila de damnificados esperando

la ayuda; me formé y un soldado me dijo:

— “¿Y tú qué?”

— “No, pos’ vengo por una despensa.

— “¿Y tu papá?”

— “No lo he visto desde ayer. No he comido, por eso vengo por una despensa, para comer y llevarle a mi mamá.

— “¡No, no, ten, órale!, dice condolido y me dio el costal con alimentos.

“Que me dan mi despensa. Me fui con ella caminando y en la esquina de la Comercial Mexicana me paré en la banquetta, tenía hambre, aún con el taco ofrecido horas antes. Al revisarla sustraje en forma desesperada unas

galletas y un jugo. ‘¡Ayayay!’, exclamé. No había tenido la oportunidad de comer tantas galletas y jugo, ‘ámonos’, me dije. Luego, regresé caminando por toda la avenida Guerrero, hasta Bolívar. Pensé: ¿qué hago? Traigo el costal de la despensa y el bote que tomé de Blanco, el cual había dejado en la casa donde me dieron de comer, cerca del templo de Los Dolores. Decidí dejar el bote y pasar por éste al día siguiente.

“Avancé por la avenida Guerrero, hasta Bolívar, di vuelta a la izquierda, llegué a la primera cuadra, en la intersección con la calle Niños Héroe. Un señor se dirigió a mí y me inquirió: ‘¿Qué haces chavo? ¿A dónde vas? ¿Cómo le vas a hacer? ¡Está inundado!’”. El hombre me ayudó a cruzar con el costal y final-

mente llegué a mi casa. Cuando arribé, inocentemente, toqué a la puerta para que me abrieran. En eso, oigo la voz aliviada de mi mamá, que estaba enfrente, en el techo de donde vendían la cena: ‘¡Paaancho!’, gritó mi madre reconfortada y llorosa. Entonces me crucé la acera y me abrazó desesperada, abriendo ya en llanto de alegría. ‘¿Dónde estabas?’”, me dijo, como si yo lo hubiera planeado todo.

“Repartí la despensa que traía entre la familia de la cenaduría que le dio refugio a mi madre. Ella y yo nos quedamos ahí el domingo. Al día siguiente, el lunes 20, ya cuando el agua había bajado de nivel, fuimos con mi tía ‘Nela’. Las calles estaban con una gruesa capa de lodo, ese material también cubría casas maltrechas y

húmedas. Ya todos reunidos, mi mamá nos contó las peripecias que había vivido”. Hasta aquí la historia de mi hermano “Pancho”.

Recuerdo que toda la familia estuvimos un día más ahí en la casa de mi tía, después nos regresamos a nuestro hogar muy afectado por el agua. La inundación de 1973 afectó económicamente a mi familia, no teníamos lo suficiente para comer. Fue muy triste ese tiempo. Pasamos ese trago amargo resignados, pero contentos, ya que nadie de la familia murió.

Al año siguiente, 1974, a mi papá le dieron a crédito una casa financiada por el INFO-NAVIT. Está situada al sur de la ciudad, en la colonia Solidaridad —en alusión al apoyo que

recibieron los damnificados—, donde todos mis hermanos y yo vivimos felices nuestra adolescencia y donde también fallecieron mi madre y mi padre hace algunos años.



Imagen 3. José Manuel Delgado Morales (de pie) y su hermano Fernando Delgado Morales, fotografía tomada en 1970.

De entre el agua sacaba latas de comida

Héctor Arévalo

Entre las más notables experiencias que me tocó vivir como ciudadano irapuatense, destaca la inundación sufrida por la ciudad de Irapuato el 18 de agosto de 1973, pues ésta se volvió muy especial, ya que significó un antes y un después para quienes habitábamos en dicha localidad del estado de Guanajuato.

En ese entonces yo contaba con 30 años de edad, tenía siete años de matrimonio con Martha Estrella Gallegos, procreando para

entonces a 4 de 7 hijos, a saber: María Angelina de seis años, Héctor Manuel de cuatro, Luis de dos y Martha Isabel de cuatro meses (actualmente mi núcleo familiar llega a siete hijos, diez nietos y dos bisnietos). Vivía con mi familia en la calle Rhin número 976 en la colonia Santa Julia, y laboraba para la empresa Ferrocarriles Nacionales de México, como oficinista del departamento de transportes, cubriendo el turno de 7:00 a 14:30 horas en el puesto de mensajero de la oficina telegráfica.

Cabe señalar que antes del 18 de agosto de 1973, cobró fuerza el rumor de una posible inundación, por encontrarse al límite de su capacidad la llamada presa de El Conejo. En esa época fungía como alcalde municipal de Ira-

puato el señor Max Kirbach Fajardo, a quien se responsabiliza de alguna manera de esa inundación, según se dijo, al no haber tomado las medidas necesarias para evitar que las aguas de la presa se desbordaran, situación que finalmente acarrió grandes pérdidas a las familias irapuatenses.

Recuerdo que el 18 de agosto por la mañana se sentía un tenso ambiente entre los vecinos de mi calle, el cual era producto de los rumores que se propagaban en torno a una posible inundación. Había bromas y risas, pero se respiraba cierta tensión en el aire. No sin cierto recelo me dirigí a mis labores a la estación del ferrocarril, durante el transcurso de la media mañana se fue confirmando que las aguas de la

presa El Conejo avanzaban por el rumbo norte de Irapuato. Saber esa terrible noticia me generó cierta desesperación e impotencia, pues no estaba en casa al lado de mi esposa e hijos y no podía dejar mi puesto, ya que corría el riesgo de que me acusaran de abandono de empleo. Por fortuna, en ese momento llegó hasta la oficina telegráfica mi amigo y ahora compadre Carlos García Ramírez, a quien, no sin cierta dificultad, convencí de dejarlo en mi puesto, por considerar que mi esposa e hijos y mi madre Librada Arévalo, pasarían por grandes dificultades para lidiar con la inundación.



Imagen 1. El señor Héctor Arévalo con su esposa la señora Martha Estrella Gallegos, foto tomada en 1974.

Alrededor de las 13:00 horas, me dirigí a pie y a toda prisa por la calzada del Centenario, actualmente Torres Landa, mientras a lo lejos se escuchaban rumores ominosos y vehículos de motor que circulaban a toda prisa; llegué al atrio de la parroquia del Sagrado Corazón de

Jesús, mientras que el agua empezaba a correr sobre el bulevar Gustavo Díaz Ordaz y golpeaba contra las guarniciones. Atravesé a toda prisa dicha avenida y doblé al norte por la calle 5 de Mayo, mientras que el nivel del agua seguía aumentando en las calles ya desiertas. Con el agua a la cintura llegué a mi domicilio, encontré a mi esposa Martha con escoba en mano, nerviosamente intentaba sacar el agua de la casa, pero ésta rápidamente subía de nivel; recuerdo que unas vecinas se reían de los inútiles esfuerzos de mi mujer. Le hablé a mi esposa para que volviera a la realidad y le pedí que subiera al segundo piso las cosas más útiles y de algún valor, así como la comida que en esos momentos se cocinaba en la estufa de gas; yo



me puse a subir al segundo piso una pesada televisión con mueble de madera, mientras que mi señora madre, quien tenía un fuerte carácter, me ordenaba que actuara, por lo que le hice notar que no eran momentos de regaños, pues *“todo Irapuato pasaba por un difícil momento”*, frase que pareció calmarla.

En esos momentos escuche el sonido de una fuga de gas, después gritos de alarma y desesperación, todos provenían de la casa contigua. Unos instantes después se acercaron mis vecinos para solicitarme unas pinzas para romper el tubo de un tanque de gas que tenía fuga, fueron minutos de pánico los que vivimos, hasta que pudieron controlar la situación.

Ante la llegada del agua, mis hijos y mi esposa se refugiaron en el segundo piso de nuestra vivienda. Horas más tarde, cuando nos dio hambre, gracias a Dios pudimos comer sopa, verduras y un caldito de espinazo muy sabroso que mi mujer logró salvar antes de que el agua de la inundación tapara la estufa, pero ya no teníamos más qué comer.

Hubo todo un caos en el vecindario donde residía, destacó el hecho de que, a dos cuadras de nuestro domicilio, mi amigo Hernán Salas, quien laboraba como chofer para la empresa Autobuses Urbanos de Irapuato, manejaba una unidad cuando lo agarró el agua, la fuerte corriente lo arrastró hasta dejarlo “atravesado” entre las esquinas norte de Rhin y Bolívar; afor-

tunadamente, él pudo salir del vehículo y llegar a su casa, la cual estaba unas cuabras atrás.

Unas horas más tarde, una ligera lluvia ensombreció aún más el ambiente, mientras que el agua, que corría de norte a sur, alcanzaba un nivel de aproximadamente dos metros de altura y arrastraba los más diversos objetos, desde vehículos a muebles, y también animales. La incertidumbre y la zozobra prevalecían.

Al día siguiente, el domingo 19 de agosto, bajó el nivel de la inundación. Recuerdo que el agua me llegaba a la cintura, salí de mi casa para buscar algún alimento; encontré abierta y sin personal una tienda de la CONASUPO, que estaba situada en la calle Torres Landa, ingresé

al negocio y me encontré a varios jóvenes que acumulaban latas, a quienes pedí me obsequiaran algunas para alimentar a mis hijos, uno de ellos me dijo: “*sólo agáchate y encuentras la que quieras*”, cosa que hice y en efecto, bajo un metro de agua turbia encontré algunas latas de salchichas, elotes y atunes, todo lo cual llevé a mi casa y tuvimos algo más de alimento para la familia.

Al tercer día, el lunes 20 de agosto, las aguas ya habían pasado pero dejaron un sombrío panorama, pues las numerosas construcciones de adobe con techo de tejas de barro y carrizo no resistieron y una tras otra caían estrepitosamente entre una gran nube de polvo.

La inundación de Irapuato de 1973 fue algo muy triste para unos y trágico para muchos otros; algunos perdimos cosas materiales, pero muchos quedaron en la calle y sin algún familiar. Han pasado 50 años desde aquella infausta fecha, pero los recuerdos siguen tan frescos como si hubiese sido ayer.



Imagen 2. La señora Librada Arévalo contempla su casa ubicada en la calle Rhin. Fotografía tomada unos días después de la inundación de Irapuato.

La bebita que nació aquel 18 de agosto de 1973

Amalia Montoya Jorge

Mi nombre es Amalia Montoya Jorge, a continuación relato los hechos que mis padres vivieron durante la inundación de Irapuato de 1973. En aquel entonces, mi familia estaba conformada por mi papá, J. Jesús Montoya Molina, y mi mamá, María de los Ángeles Jorge Bustos; él era militar y ella se dedicaba al hogar, tenían poco de haberse casado, sólo 11 meses, pero ya esperaban a su primera hija, quien nació el 18 de agosto.

Mi mamá me contó que, días antes de dar a luz, había acudido al hospital militar, los médicos le comentaron que era necesario hacerle una cesárea, porque el bebé venía de pies, así que la internaron para llevar a cabo el procedimiento médico, le asignaron la habitación número 14. Ella no quería que la operaran, platicó de la situación con mi abuela Rosa Bustos Martínez, a quien todos llamábamos “Rosita”, acordaron que era mejor ir con la señora María Luisa, una enfermera que ayudaba a las mujeres que querían tener a sus bebés en sus casas. Así que mi abuela y mi madre se fueron del hospital militar. Cabe señalar que la señora María Luisa estuvo checando mes con mes el embarazo de mi mamá; ella sabía perfectamente



que el parto tenía mucho riesgo, aun así, apoyó a mi mamá y le dijo que si hacía todo lo que ella dijera, lo lograrían.

En la madrugada del 18 de agosto de 1973, mi mamá comenzó a sentir fuertes contracciones, así que llamaron a la señora María Luisa, ella llegó a la humilde casita de mis padres, que en ese tiempo vivían en la calle Filomeno Mata, atrás de donde estaba el cine Rialto (que ahora es la tienda Coppel). El parto fue sumamente difícil, pues la niña nació de pies, sin embargo, mi mamá fue muy fuerte y todo salió bien, para las 6:00 a.m., la pequeña ya se encontraba en brazos de su madre.

Mientras mi mamá daba a luz, mi papá

se encontraba en el campo militar, llegó a la casa como a las 8:00 a.m., para ver si ya había nacido su primogénita y saber cómo estaba su mujer. Mi madre me platicó que la niña no paraba de llorar desde su nacimiento, pero, cuando mi padre llegó, la cargó entre sus brazos y le dio un besito en la frente, fue así que se quedó muy dormidita. Después de ver que todo estaba bien, mi padre se regresó al campo militar, sin imaginar que, entre la 1:00 p.m. y las 2:00 p.m., Irapuato empezaría a inundarse. Mis progenitores me contaron que las calles empezaron a llenarse con un poco de agua, parecía un encharcamiento provocado por la lluvia, poco a poco fue subiendo el nivel del agua y la corriente se hizo más y más fuerte, hasta llegó a arrastrar

los camiones de refresco.



Imagen 1. El señor J. Jesús Montoya Molina.

Mi padre me contó que en el campo militar, ya como a las 5:00 p.m., a los soldados les dieron permiso de ir a sus casas para ver como estaban sus familias. Mi papá estaba desesperado

y angustiado, pensando en su esposa y su hija, ya que únicamente las acompañaba la abuelita Rosita; además, tenía el temor de que la casa estuviera inundada, pues sólo tenía un piso. Todos esos pensamientos agobiaban a mi papá mientras se dirigía a la calle Filomeno Mata; cuando se encontraba por el convento de san Francisco, ya sentía una gran desesperación por llegar, pero la corriente de agua era muy fuerte y no lo dejaba avanzar. Afortunadamente, las personas que vivían por el rumbo habían amarrado cuerdas en las ventanas, para que la gente se agarrara de ellas y pudieran atravesar las calles inundadas. A pesar de su esfuerzo y de las cuerdas, en cierto momento la corriente lo arrastró, esto se debió a que su uniforme militar

“se infló” con el agua, así que el peso le ganó. Cuenta mi papá que no pudo sostenerse más y que terminó por el jardín Principal, ahí se pudo agarrar de otra cuerda, descansó un poco para recuperar fuerzas y después, poco a poco, se dirigió a la presidencia municipal. En el citado edificio, dos policías que estaban de guardia lo dejaron entrar y lo condujeron a la salida que estaba por el templo de Nuestra Señora de la Soledad, tomó la calle Ramón Corona y entró a unos departamentos que estaban a un lado del cine Rialto (donde ahora es un estacionamiento), subió al techo de ese inmueble y de ahí se pasó a su casa, donde se encontraban su esposa, su hija y la abuelita Rosita.

Gracias a Dios, mi padre llegó bien a su

hogar, el cual aún no se encontraba inundado; sin embargo, el agua ya estaba muy cerca, así que él tomó la decisión de pedirles a los vecinos, que tenían una casa de dos pisos, su permiso para alojarse con ellos. La señora Ana María Pedraza y el señor Fausto Macías, muy noblemente, accedieron a ayudarlos. A mi mamá, como estaba recién aliviada, la tuvieron que sacar alzada en un catre, varias personas cargaron con ella, en ese momento el agua ya había alcanzaba un nivel considerable, así que la gente cargaba en sus hombros a mi madre; varios vecinos, quienes estaban en las azoteas de sus casas, veían a lo lejos el traslado y gritaban que tuvieran cuidado, pues el agua ya llevaba algo de corriente y el catre se movía peligrosamen-

te. Por otra parte, la abuelita Rosita y la bebé recién nacida fueron llevadas a la casa de la señora Anita y el señor Fausto a través de una escalera, misma que pusieron de nuestra casa a la de los vecinos; cuenta la familia una anécdota curiosa sobre ese momento: mi papá llevaba a la bebita entre sus brazos, para atravesarla a la casa vecina, la traía muy bien arropadita, tanto que no se dio cuenta que la llevaba al revés, con los pies arriba y la cabeza para abajo, hecho del cual se percató hasta que la descubijó (quizás, esto lo hizo por la desesperación que sentía en aquellos momentos). Cabe señalar que mis padres siempre estuvieron agradecidos con la señora Ana María y el señor Fausto, tanto que les pidieron que fueran los padrinos de bautis-

mo de la pequeña que nació aquel 18 de agosto de 1973.



Imagen 2. De izquierda a derecha, J. Jesús Montoya Molina, María de los Ángeles Jorge Bustos, Ana María Pedraza y Fausto Macías, con la niña nacida el 18 de agosto de 1973.

Cuentan mis padres que la inundación fue un momento muy difícil, pues no había qué comer,



muchos inmuebles se cayeron y hubo fallecidos. Una de las personas que perdieron su hogar fue mi abuelita Rosita, ella vivía en la calle Pedro Sidar, en la colonia Rodríguez, además de la casa, perdió los animales que criaba (tenía gallinas y puercos chiquitos), además de que el agua se llevó recuerdos familiares, como fotografías.

Momentos igual de difíciles los vivió mi tía Micaela Jorge Bustos, ella era hermana de mi mamá; en ese entonces tenía seis hijos y su casa estaba en la calle Chapultepec, cerca de 5 de Mayo. Ella nos contó que el 18 de agosto estaba preparando a sus pequeños para bañarlos, pero el agua los alcanzó; igual que mis padres, se tuvo que refugiar con una vecina que tenía

su casa de dos pisos; en ese lugar se le dio alojamiento a varias familias, como eran muchos, la comida se terminó muy pronto, así que no tenían nada para comer y mucho menos agua para beber; sin embargo, cerca del lugar estaba la cervecería Corona, muy amablemente, los trabajadores les regalaron algunos cartones de cerveza, gracias a ellos tuvieron algo para tomar.

Mis padres también me contaron que después de que bajó el nivel del agua, que fueron como unos tres días, el Ejército comenzó a entregar cobijas, despensas, baterías de cocina. El presidente de la República, Luis Echeverría, y su esposa, María Ester Zuno, también estuvieron ayudando y entregaron alimentos. En aquellos días difíciles, hubo mucha solidaridad

entre las personas.

Ya para finalizar, mi madre me contó que su hermano, llamado Víctor Jorge Bustos, pertenecía al Heroico Cuerpo de Bomberos, cuyos miembros destacaron por haber ayudado enormemente a los irapuatenses en esos momentos aciagos. Mi tío perteneció a la institución hasta el último de sus días. Mi familia dio muchas gracias a Dios porque toda la familia sobrevivió y podemos contar nuestra historia. Yo, Amalia Montoya Jorge, quien escribe estas letras con la historia de mis padres, tíos y abuelos, soy la bebita que nació aquel 18 de agosto de 1973.



¿Por qué ir a Romita?

María Fernanda Pérez Rodríguez

Mi nombre es María Fernanda Pérez Rodríguez, soy alumna de la Escuela de Nivel Medio Superior de Irapuato, perteneciente a la Universidad de Guanajuato. Como podrán imaginar, no viví la inundación del 18 de agosto de 1973, sin embargo, en este texto relato las vivencias de mi papá, Jaime Pérez Hernández, quien tenía 10 años de edad cuando sucedió aquel acontecimiento.

Mi padre me contó que previo al 18 de agosto de 1973 se dieron avisos que alertaban

sobre el riesgo de una inundación, sin embargo, algunos ciudadanos no los tomaron en serio y otros ni siquiera se enteraron de éstos, pues en aquella época no había tantos medios de comunicación como ahora. Los irapuatenses de aquel entonces nunca se imaginaron la dimensión de la desgracia que venía.

En agosto de 1973 los estudiantes estaban disfrutando de sus vacaciones de verano; mi papá y otros niños ocuparon sus días libres trabajando como cerillitos en Blanco, una tienda grande con estacionamiento subterráneo, la cual estaba ubicada en la esquina que forman la calle Francisco Sarabia y la avenida Guerrero. En aquel entonces, a un costado de ese negocio, se cavaban hoyos muy grandes para colocar

unos tanques para una gasolinera, dicho negocio sigue existiendo hoy en día.

Aquel sábado 18 de agosto, varias represas se desbordaron en cadena, el agua se concentró en la presa de El Conejo, la cual se reventó. El líquido entró a Irapuato por diversos puntos: por el boulevard Arandas, seguía por la avenida Guerrero y de ahí se dispersó por las calles de las colonias Rodríguez, Santa Julia y el centro de la ciudad. También penetró por el río Silao, la corriente inundó Española, Los Cobos y la colonia Ciudad Deportiva. El agua entró con mucha fuerza y golpeó las vías del tren, afortunadamente, no había vagones o máquinas en el lugar, lo cual hubiera implicado mucho riesgo, pues pudieron haber sido arras-

trados por el agua.

Mientras la corriente avanzaba hacia Irapuato, mi padre se encontraba en la tienda Blanco, él me contó que el señor Del Toro, directivo del edificio y quien era su jefe, tomó un rifle y acompañado de un guardia de seguridad evitó que se robaran las cosas. Ante el inminente peligro, el citado señor ordenó que todos los cerillitos se fueran a su casa y les entregó un poco de arroz, a decir de mi papá, eso era muy poco, pues en ese negocio “negreaban” a los niños que se encargaban de empacar los productos que compraban los clientes. Al final de cuentas, las acciones del señor Del Toro fueron inútiles, pues el agua rompió los vidrios de la tienda y entró gente a tomar los artículos.



En aquella época, mi papá vivía en la colonia El Ranchito, cerca del templo de San Juan Bosco, junto con mis abuelos Candelario Pérez Meléndez y Josefina Hernández Domínguez, mis tíos Rubén, Marialuisa, Tomasa, Silvia, Yolanda, María del Consuelo y Elvia, y cuatro hermanastros, llamados Juan, Francisco, Jesús y Aristeo.



Imagen 1. Fotografía de la primera comunión de Jaime Pérez Hernández y sus hermanas Silvia y Yolanda. También aparecen los padres del protagonista de esta historia, Candelario Pérez Meléndez y Josefina Hernández Domínguez, así como Rubén Pérez Hernández.

Cuando a mi padre lo dejaron salir de la tienda Blanco, él se refugió en la escuela Marina Nazar, la cual estaba justo atrás del citado negocio; él se sorprendió mucho cuando lo dejaron entrar a esa institución, pues el terreno pertenecía a una de las familias más ricas de Irapuato. Mientras tanto, el abuelo, preocupado por su hijo, tomó la decisión de agarrar un taxi y salió a las calles a buscar a su vástago, no pudo encontrarlo así que se regresó a su casa para refugiarse con el resto de la familia.

Mi papá me narró que, en aquel entonces, muchos irapuatenses tenía en sus casas chivos, pollos y cerdos; algunos de esos animales sirvieron de alimento durante la inundación y otros fueron arrastrados por la corriente. Mi padre

recuerda haber visto una mula muerta, estaba tiesa y flotaba junto con el carro que arrastraba. Entrada la tarde del 18 de agosto, los edificios antiguos y humildes, muchos contruidos con adobe y tejas, no soportaron los furiosos embates del agua y comenzaron a derrumbarse.

Cuando el peligro pasó, mi padre regresó a su casa caminando, más bien chapoteando. Encontró a su familia en la azotea; afortunadamente, su hogar resistió la inundación, pues estaba construido con tabiques, pero, al ser de un solo piso, sus papás y hermanos tuvieron que pasar esos días a la intemperie. Él recuerda que muchas personas que tenían viviendas de dos niveles o más permitieron que sus familiares, vecinos o amigos se quedaran con ellos, ya sea

en los cuartos altos o en las azoteas. También me contó que mi mamá, Angelina Rodríguez, se refugió en un inmueble de tres pisos, el cual era propiedad de una vecina que tenía bastantes recursos económicos; desde ese sitio, mi madre vio flotar una caja de muerto, la cual llevaba dentro una niña de unos 8 años de edad, a quien estaban velando antes de la inundación.

Mi papá me dijo que nadie de su familia murió a causa de lo acontecido aquel 18 de agosto, tampoco hubo pérdidas humanas en su colonia. Lo que sí hubo fueron muchos daños materiales: él y su familia, como muchas otras, sólo se resguardaron con la ropa que tenían puesta, sus demás pertenencias quedaron inservibles, pues se echaron a perder muebles, sillas,

colchones, roperos, la estufa y la consola que era radio y tocadiscos.

Una vez que bajó el agua, mi padre y su familia no tenían nada para comer, se alimentaron gracias a algunas personas que venían de otras ciudades para entregar comida, la cual les duraba sólo un día. Dijo mi papá que esa fue la primera vez que probó los frijoles en polvo, los cuales se complementaban con sardinas o atún enlatado, no les daban carne de otro tipo. Él recuerda que, además de los alimentos, le entregaron unos zapatos que, aunque usados, fue lo mejor que le llegaron a dar en esos momentos.

Los días posteriores a la inundación no fueron nada fáciles, mi progenitor enfermó del

estómago, su mamá lo llevó a recibir atención médica, la cual fue gratuita (las autoridades estuvieron muy al pendiente de brindar este tipo de atención a la población). Mi padre no fue el único en enfermarse, mucha gente sufrió de tifoidea, tétanos, fiebres, infecciones, salpullido, enfermedades gastrointestinales, etc., las cuales fueron provocadas por el mal estado de algunos alimentos y el agua contaminada, además de que en la ciudad había un ambiente poco saludable.

Para combatir las enfermedades y limpiar la ciudad, las autoridades emprendieron varias actividades: desinfectaron las coladeras y drenajes con cloro, mucho cloro (tanto que de los tubos salía un olor muy fuerte); por la calles

pasaban trascabos que recogían la madera podrida y otras cosas, las cuales eran echadas en tolvas, entre algunas otras acciones.

De igual forma, cada familia hizo lo suyo para limpiar y arreglar su hogar, en el caso de la familia de mi padre, ellos tardaron varios meses en poder comprar muebles nuevos. En lo que todo se arreglaba mis abuelos tomaron la decisión de que mi papá y mis tíos se fueran a Romita, para que se quedaran con una tía, en Irapuato sólo permaneció mi abuelito cuidando la casa familiar, a la cual regresaron todos un tiempo después.

Agradezco a mi padre por haberme contado su historia y permitir que la comparta con las demás personas.



Imagen 2. Jaime Pérez, protagonista de esta historia, con su papá y un amigo de él llamado Javier, fotografía tomada en Sarabia.

Abría mi boca mirando al cielo para calmar mi hambre y mi sed

Ma. Cruz Echeverría Ibarra

Soy la señora Ma. Cruz Echeverría Ibarra, actualmente tengo 69 años de edad, en este texto les contaré lo que viví hace 50 años, el sábado 18 de agosto de 1973, en la ciudad de Irapuato, Guanajuato.

Aquel 18 de agosto, por la mañana, era para mí un día tranquilo, totalmente normal. Como usualmente lo hacía, salí a mi trabajo, laboraba en el negocio Equipos Comerciales,

cuyas oficinas estaban en la calle Colón esquina con la avenida Revolución, ahí trabajaba de auxiliar contable. En dicho lugar tenía como compañeros a mi amiga Mary Carmen Negrete y Juan García, nuestro jefe era el señor Lauro Castañeda.

Como dije, pintaba para ser un día normal, pero todo cambió a partir de las 11 de la mañana, pues se escucharon rumores, voces que decían que venía el agua, que Irapuato podía inundarse. Preocupados, llamamos a las oficinas del CERESO y pedimos información, nos dijeron que no existía ningún riesgo, que podíamos seguir trabajando. Pero, una hora después, nos llegó la terrible noticia: ¡Irapuato se está inundando, corran a sus casas! Muy



amablemente, mi jefe dispuso que el chofer de la empresa tomara la camioneta y nos llevara a todos hasta nuestro domicilio.

En aquel entonces, yo vivía con mis padres y hermanos en la calle Río Nazas, en la colonia Santa Julia, casi esquina con el boulevard Lázaro Cárdenas. La camioneta tomó el rumbo de avenida Revolución y 5 de Mayo. Cuando llegamos a la esquina de la avenida Guerrero y la calle Francisco Sarabia, el vehículo ya no pudo transitar, así que optamos por regresar al centro de la ciudad. Mi compañera Mary Carmen me invitó a quedarme en su casa, en aquel tiempo ella vivía en la calle Cuauhtémoc, casi esquina con Terán, en ese sitio, además de mi amiga, se encontraban sus familiares.

Cuando llegamos al domicilio de Mary Carmen, intentamos poner a salvo actas de nacimiento, ropa y otras cosas, pero no pudimos hacer gran cosa, ya que el agua venía con gran velocidad y apenas nos dio tiempo de subirnos a la azotea de la casa. En ese sitio estuvimos toda la tarde, ya llegada la noche, nos dimos cuenta de que la casa estaba a punto de caerse, apenas logramos pasarnos a otra azotea, a los pocos segundos se derrumbó completamente.

En la azotea de la casa vecina nos refugiábamos Mary Carmen, su familia, algunos otros vecinos y yo; ahí la pasamos el sábado, domingo y lunes. No teníamos nada para comer, recuerdo que comenzó a llover y esa lluvia fue mi alimento, abría mi boca mirando al cielo

para calmar mi hambre y sed. Ya el lunes 20 de agosto, por la tarde, comenzó a bajar el nivel del agua, así que tomé la decisión de ir a mi casa, para ver como estaba mi familia. Recuerdo que llegué a mi hogar con mucha dificultad, pues el camino estaba lleno de lodo, piedras, ramas, ropa, colchones, sillas y un montón de objetos en mal estado. En ese trayecto perdí uno de mis zapatos, así que tuve que caminar con un pie descalzo; pero al fin pude llegar a la calle Río Nazas y me encontré con la noticia de que toda mi familia estaba bien, aunque la casa estaba sumamente sucia y sin ningún mueble; mis hermanos me contaron que, debido a la fuerza del agua, la puerta principal se abrió y la corriente se llevó la sala, ropa, sillas, etcé-

tera. Por su parte, mi padre, J. Jesús Echeverría Rodríguez, me dijo que se había quedado en el camino a Arandas, subido en un árbol, pues ahí lo había agarrado el agua.

Después de la inundación, hubo campañas de vacunación, además nos entregaron despensas, ropa y colchones; y también dieron atención médica para evitar epidemias. Recuerdo que en uno de los días posteriores a la inundación, mis hermanos menores, Mauro y Francisco Echeverría Ibarra, comenzaron a llegar con varias despensas a la casa, mi mamá, Juana Ibarra Saldaña, asombrada les preguntó de dónde habían sacado tantas cosas, ellos le dijeron que se habían formado varias veces para recibir los alimentos, aunque cada que se



formaron tuvieron que ponerse una vacuna; afortunadamente, no les dio calentura después de haber recibido tantas dosis. Y así fueron pasando los días, poco a poco se fue limpiando y pintando nuestra casa.

Sábado 18 de agosto de 1973, día terrible.



Imagen 1. Ma. Cruz Echeverría Ibarra, foto tomada en 1973, un mes antes de la inundación del 18 de agosto.

Un espejo de agua a lo lejos

José Luis Conejo Morán

Esta es mi historia del 18 de agosto de 1973. Recuerdo que, dos o tres meses antes de la inundación, se decía por la radio que iba a llover mucho en la temporada. Yo creo que mi mamá, Carmen Morán Ortiz, ya presentía que podía haber inundaciones, pues comenzó a comprar y almacenar víveres con bastante anticipación, incrementó sus compras cuando se difundió que se habían roto presas ubicadas en León, Guanajuato.

Aquel 18 de agosto, desde la mañana

se avisó en la radio que ya venía el agua. Mi mamá me mandó con un hermano de ella, llamado Petronilo Morán Ortiz, a que fuéramos a la vía del tren, junto a la Coca Cola, para averiguar si era cierto; llegamos al punto y nos paramos a observar, yo no vi nada, pero mi tío me dijo que alcanzó a ver a lo lejos un espejo de agua, así que rápidamente nos regresamos a la casa, vivíamos en la Calzada Insurgentes Poniente, muy cerca de la bola del agua. Mi tío le comentó a mi mamá que era cierto, que Irapuato se iba a inundar; mientras tanto, yo me fui a trabajar al taller de mi papá, J. Inés Conejo Negrete (aunque todos lo conocían como Andrés Guzmán), el negocio se llamaba Embobinados Irapuato, ahí reparábamos moto-

res de pozo y motobombas caseras, estaba ubicado en la Calzada Insurgentes Oriente, frente al colegio Guadalupe Victoria.

Ya como a la 1:30 de la tarde, pasaron los bomberos, iban sonando la sirena y avisando que ya venía el agua. De inmediato cerramos el taller y nos fuimos a nuestra casa, la cual, afortunadamente, era de dos pisos. Mi tío Petronilo empezó a poner ladrillos en la puerta; mi abuelita Juana Ortiz y mis tías Ofelia y Teresa Morán Ortiz, quienes vivían con nosotros, se subieron al segundo piso. La noche del 18 de agosto la pasamos en la segunda planta de nuestra vivienda; ahí nos encontrábamos mi familia y algunos vecinos, como Jesús Arce, a quienes dimos asilo ya que sus hogares eran de

adobe y no resistieron la inundación. Afortunadamente, no padecimos hambre, gracias a que mi mamá había almacenado mucha comida.



Imagen 1. El señor José Luis Conejo Morán, protagonista de esta historia.

El domingo 19, un conocido nos avisó que nuestro taller se había abierto, pues la puerta había cedido debido a las olas que provocaban las lanchas que usaban los bomberos. Mi papá me mandó a ver el negocio, en medio del agua recorrí los 400 metros que separaban la casa del local; cuando llegué, encontré que sí estaba abierto, también vi que unos vecinos, como José el llanero, se habían instalado en el segundo piso del taller, para refugiarse del agua, me dijeron que ellos se encargarían de cuidar todo. Además del material eléctrico, en el local teníamos al Santísimo Cristo Obrero, pues esa semana nos tocó recibirlo, afortunadamente, la imagen se encontraba bien. Aproveché la ida para ver cómo estaban mis abuelos paternos,

José Margarito Conejo Alfaro y María Antonia Negrete Navarro, ellos vivían muy cerca, en la calle Higuera, los dos estaban bien, así que me regresé a mi casa para llevar las noticias.

El lunes 20 de agosto comenzó a bajar el nivel del agua. Recuerdo que, el martes 21 de agosto, llegó a la bola del agua un filtro grandísimo, para purificar el vital líquido, mi familia y yo fuimos con cubetas para abastecernos. Luego, nos dirigimos al centro de la ciudad, pero casi no se podía pasar, por el lodo y todas las cosas que había en la calle; encontramos muchas casas caídas, pues eran de adobe y no resistieron la inundación. Esas son mis vivencias de aquel 18 de agosto de 1973, en ese entonces tenía 17 años de edad.





Imagen 2. Petronilo Morán Ortiz, Teresa Morán Ortiz y Juana Ortiz (q.e.p.d.).

Varios ojos se inundaron con lágrimas y muchos corazones se ahogaron en el dolor

Ma. Concepción Zárate Piña

Mi nombre es Ma. Concepción Zárate Piña, estos son mis recuerdos sobre la inundación de Irapuato de 1973. En ese entonces yo tenía 15 años de edad, trabajaba en una tienda muy popular, llamada El Remate de Irapuato, la cual estaba ubicada en el centro, en la calle Santos Degollado. Aquel 18 de agosto, aproximadamente a las 11 de la mañana, escuché a los clientes decir que se había reventado la presa

del Conejo y que el agua ya estaba en las orillas de la ciudad. Los compradores nos preguntaban “¿no van a cerrar? Porque ya viene el agua de la presa”; la verdad, en ese momento no creíamos que fuera para tanto.

Hacia las 3:00 de la tarde, salí a comer a mi casa, vivía en la calle Primavera, en el centro de la ciudad, entre las calles Pedro Moreno y Ajusco; en ese momento el nivel del agua apenas superaba la altura de las banquetas. Cuando llegué a mi hogar, me percaté que las personas estaban asustadas, algunos subían comida a las azoteas de concreto (que eran muy pocas, pues la mayoría teníamos techos de teja); encontré a mis papás, Domingo Zárate Santoyo y Lorenza Piña Rodríguez, subiendo colchones,

ropa y la televisión a unas tablas que habían improvisado.

En esos momentos creíamos que el nivel del agua no subiría mucho; sin embargo, más tarde llegaron algunos vecinos muy alarmados, nos dijeron que debíamos refugiarnos en las azoteas de las casas porque en varias colonias ya estaban inundados y que ya venía con fuerza la corriente de agua, en ese momento la gente comenzó a subir a los techos su comida, ropa, etcétera. Justo enfrente de mi casa había cuatro viviendas seguras y fuertes, eran de dos pisos, sus propietarios nos alojaron y ayudaron para resguardarnos en la parte alta.

De repente, llegaron como unas olas rápidas con fuerza, se escucharon muchos gritos ¡el agua había llegado! Pronto alcanzó una altura considerable, pues daba a la cintura de las personas. Mi papá y mi tío, J. Guadalupe Zárate Santoyo, colocaron una cuerda gruesa atada de una ventana a otra, para que la gente pudiera pasar la calle y refugiarse en las cuatro casas altas y seguras. Recuerdo que el agua llevaba mucha fuerza y que a hombres y mujeres les daba mucho trabajo poder cruzar; los que estábamos a salvo en los segundos pisos, veíamos con tristeza y miedo como algunas personas se soltaban de la cuerda, en ese momento mi papá y mi tío las jalaban fuertemente, para evitar que la corriente se las llevara.

Por la calle comenzaron a pasar muebles y animales (como cerdos, gallinas y perros) que eran arrastrados por la corriente. Empezamos a rezar porque el nivel del agua seguía subiendo, no cesaba de hacerlo; ante esta peligrosa situación, algunas personas comenzaron a caminar entre las azoteas para buscar refugio en las casas de dos pisos. A las 7:00 p.m. empezó a llover constantemente, duró toda la noche, y hubo relámpagos intensos, el agua seguía subiendo, nos asomábamos a la escalera y veíamos como iba superando un escalón tras otro.

Pasaron las horas y los niños y niñas comenzaron a llorar, tenían hambre y frío, pero no había suficiente comida ni cobijas. A media noche comenzamos a oír estruendos, eran las

casas más vulnerables que se caían ante el empuje del agua. Nos preguntábamos ¿cuál se habrá caído? No había luz eléctrica, así que teníamos que esperar a que un relámpago iluminara la oscura noche para poder saber cuál inmueble se había derrumbado. Empezaron a caerse más y más hogares, comenzamos a temer que pasara lo mismo con la vivienda en la que nos encontrábamos, pues había ahí una gran cantidad de personas, la lluvia estaba imparable y la corriente hacía que muchos objetos chocaran fuertemente contra las paredes, teníamos mucho pánico, sentíamos que llegaría el fin.

Pasada aquella terrible noche, empezó a salir la luz del amanecer, era domingo 19 de agosto, poco a poco se fue quitando la lluvia,

con la claridad del día empezamos a ver que la inundación estaba bajando, lo cual nos tranquilizó. Por la tarde, el agua ya tenía una altura muy baja, pues apenas nos llegaba a los tobillos. Lamentablemente, también nos dimos cuenta de que nuestros vecinos se habían quedado sin casa, sin muebles, sin familiares, sin nada.

En los días posteriores, los hombres salieron a buscar comida, sabían que el Ejército mexicano estaba regalando alimentos, así que ellos iban y nos lo traían. Duramos varios días sin servicio de agua potable y de luz eléctrica. El Ayuntamiento se encargó de distribuir agua, una señora, llamada Ramona, tenía tambos y ahí nos surtían el vital líquido, lo usábamos para bañarnos y lavar las pocas pertenencias

que nos quedaron (en mi caso, se echaron a perder nuestros colchones, para dormir usamos petates y cobijas que nos regalaron).

Poco a poco fuimos recuperándonos de la desgracia. Al día de hoy, sigo muy agradecida con mi vecina, la señora Elodia García, quien nos brindó su casa para resguardarnos de la inundación; cabe señalar que duramos varios días en ese lugar, ya que nuestra vivienda quedó en muy mal estado, húmeda y con lodo.

Esta es mi experiencia de aquella inundación, en la que no sólo se inundó la ciudad de Irapuato, también inundó varios ojos con lágrimas y muchos corazones se ahogaron en el dolor debido a las pérdidas materiales y de seres

queridos. En este acontecimiento vi que a pesar de la calamidad y la desesperación (que puedan ocasionar una pérdida de la fe), volvió a amanecer, la luz retornó y todo comenzó a mejorar poco a poco; vi que es posible la cooperación entre los seres humanos, vi nuestra bondad y que, sobre todo, la vida continúa.



Imagen 1. La protagonista de esta historia en compañía de dos amigas, imagen tomada un año después de la inundación. De izquierda a derecha: Tere “la Morena”, Ma. Concepción Zárate Piña, y Luz María.



Don Nacho

Karla Aguilera Rangel

Mis abuelitos y casi todos mis tíos vivieron la inundación del 18 de agosto de 1973, la más grande que ha ocurrido en años recientes en Irapuato y que fue un acontecimiento triste e impactante para todos los habitantes de la ciudad. En este texto cuento una parte de esa historia, la cual tiene como protagonista principal a mi abuelo.

Ignacio Rangel Corona, don Nacho, como todo mundo lo llamaba, era todo un padre de familia en 1973, pues ya habían nacido

casi todos mis tíos y tías (cabe señalar que para ese año mis abuelos habían procreado 17 hijos, pero ocho fallecieron por enfermedades, pues no había suficientes recursos para pagar doctores ni medicamentos; en total, nueve de sus hijos vivieron la inundación: Chepa, Santiago, Reyes, Martín, Quica, Ángela, Sofía, Guille y Nacho, más un bebé que estaba en camino). Mi abuelo era un hombre de muchos oficios: se dedicaba al campo, era arriero y también solía hacer canastas de carrizo para los freseros; muchas de sus labores las hacía entre el cerro de Arandas y el Piloncillo y en los amplios terrenos que colindaban en esa zona, cerca del río Silao, los cuales eran usados para el cultivo.

Contaba mi abuelo que los irapuatenses

ya estaban acostumbrados a tener sus terrenos y patios húmedos durante julio y agosto, que era la temporada de lluvia; incluso era común que se reventaran los ríos (por ejemplo, cuando el río Guanajuato traía mucha corriente, solía desbordarse e inundar la zona sur de Irapuato, allá por el fraccionamiento Colón, pero el agua subía muy poco, apenas unos centímetros). Sin embargo, aquel año de 1973 las cosas fueron diferentes: los policías y bomberos comenzaron a hacer visitas frecuentes a la presa El Conejo; las personas lo sabían y notaban cierta preocupación y alarma en sus rostros, además se rumoraba que el embalse estaba lleno y a nada de reventarse. Aun así, los irapuatenses continuaron sus actividades como si nada malo fuera a

ocurrir, pensaban que si la presa se reventaba, la inundación sería insignificante, grave error.

Aquel sábado 18 de agosto de 1973, don Nacho iba en su carro, que era jalado por mulas o caballos, y escuchaba que la gente decía “ya viene el agua...ya viene el agua”; tan pronto vio el agua acercarse, soltó todo (incluso dejó su caballo) y se fue lo más rápido que pudo hacia su casa, donde estaba mi abuelita, Josefina Ramírez Corona, y mis tíos (en ese tiempo ellos vivían en la calle La Paz, número 1014, en la colonia Rodríguez). En el trayecto a su hogar, mi abuelo y otras personas observaron que el agua poco a poco iba llegando y estaba cerca de las vías del tren (cabe señalar que, en aquella época, en esa zona había muchos terrenos de



cultivo y se encontraba habitada por muy pocas personas, quienes fueron las primeras en ser alcanzadas por la inundación). Don Nacho aún no llegaba a su domicilio para avisar a mi abuelita y proteger a sus hijos, cuando se encontró a Jesús, uno de sus sobrinos, quien vivía en la colonia Segunda San Gabriel, preocupado, él le advirtió que regresara a su casa y se pusiera a salvo con su familia.

El abuelo contaba que, en las calles que recorrió para llegar a su casa, observó que la mayoría de las personas estaban muy tranquilas, las señoras iban al mandado para conseguir los alimentos que prepararían en la comida de la tarde, muchos niños jugaban afuera de sus hogares, incluso, ya cerca de su vivienda, vio

a una familia que estaba velando el cuerpo de un difunto; ninguno de ellos sabía lo que estaba ocurriendo en el otro extremo de la ciudad.

Al llegar a su domicilio, don Nacho tomó unas láminas que tenía guardadas, intentando mantener la calma, le pidió a mi abuelita Josefina — quien tenía ocho meses de embarazo — que las colocara sobre las puertas para impedir que el agua entrara a la casa, lo cual fue imposible, pues éstas se despegaron fácilmente, como si fueran una simple hoja de papel, además, comenzó a brotar agua de los drenajes. Él, como pudo, apurado y preocupado, comenzó a subir los roperos y los colchones a la parte de arriba de la casa, para que el agua no dañara lo que había comprado con mucho esfuerzo; lamentable-

mente, la corriente era muy intensa, volteó los muebles y se llevó las cosas. Todo lo anterior sucedió en instantes, el agua entró con tanta intensidad que en segundos alcanzó poco más de un metro de altura; cabe señalar que uno de mis tíos, llamado Santiago, pudo salvarse al subirse a un árbol y aferrarse a éste. Ante la abrumadora y peligrosa situación, don Nacho dejó de intentar proteger las cosas y reunió a la familia para ponerse a salvo en la azotea de la casa. Desde el citado sitio, mis abuelos, tíos y tías observaron que la corriente metía a su hogar basura, tierra, todo tipo de objetos y hasta animales; también vieron que fue arrastrado por el agua el vecino que estaba siendo velado por su familia (con todo y su ataúd).



Imagen 1. La familia de don Nacho. Sentados arriba, el señor Ignacio Rangel Corona, la señora Josefina Ramírez Corona, en brazos de ella Ignacio Rangel Ramírez y a su lado Santiago Rangel Ramírez. Sentados abajo Martín, Sofía, Guillermina, Ángela y Josefina Rangel Ramírez.

Afortunadamente, la casa familiar contaba con tres metros de altura y estaba construida con ladrillos y losa, así que los abuelos y sus hijos estuvieron a salvo de la inundación. Lamen-



tablemente, algunas viviendas de los vecinos eran de adobe, así que no resistieron el paso del agua; solidariamente, don Nacho los alojó, para que no fueran arrastrados ni murieran ahogados. Para ese momento el agua ya llegaba al pecho de las personas, a pesar del peligro, aún había mucha gente que luchaba por salvar algunas de sus pertenencias, pero todo esfuerzo era en vano, la corriente era monstruosa. Alrededor de las cinco de la tarde el agua ya alcanzaba los dos metros y medio de altura y la corriente recorría la avenida Guerrero, las calles Emilio Carranza y La Paz, así como los alrededores de la colonia Rodríguez.

Pronto oscureció, la electricidad había sido cortada así que se podía ver muy poco; en medio de esa penumbra, la gente escuchaba cómo caían las casas de los vecinos, cuyas paredes crujían antes de desplomarse. De las viviendas caídas salían cientos de muebles, ropa y todo tipo de pertenencias, las cuales flotaban en el agua. Se dice que, para ese entonces, muchas personas guardaban su dinero en las paredes de sus hogares, así que parte de ese capital fue arrastrado por la corriente, incluso, don Nacho contó que él estuvo a punto de agarrar una cajita, la cual muy probablemente contenía dinero, pero justo cuando la alcanzó, el agua lo iba a arrastrar con todo y ese objeto, así que, inteligentemente, decidió soltarla.

Don Nacho nos platicó que se enteró que en la zona donde ahora es la colonia Las Carmelitas, en la parte sur de la ciudad, el agua comenzó a estancarse y no paraba de subir y arrastrar más cosas consigo, por lo que el Gobierno fue al lugar y comenzó a explotarlo, para que el líquido saliera y siguiera fluyendo, así el nivel del agua, poco a poco, comenzó a bajar.

Ya llegado el domingo, 19 de agosto, la gente estaba asustada; la mayoría no creía lo que había ocurrido; muchos se salvaron al resguardarse en los techos de sus hogares; otros, menos afortunados, tuvieron que aferrarse a un árbol o poste para salvar su vida; además, toda la ciudad estaba destrozada. Para ese día, nadie de la familia de don Nacho había comido ni to-

mado agua; ante tal situación, mi abuelo y otros vecinos tomaron la decisión de ir a una tienda, se aventuraron a pesar de que el agua les llegaba hasta el cuello; para lograr su cometido, se amarraron a una cuerda que encontraron entre el lodazal, la cual iban sujetando a los postes. Cuando arribaron al negocio, encontraron el lugar volteado, es decir, las cortinas, estantes y comida estaban regados, sucios y dañados, esto no fue impedimento para poder rescatar uno que otro alimento, don Nacho y sus acompañantes tomaron lo que pudieron, como latas de sardinas y refrescos (era muy poco lo que todavía servía); cargaron las cosas y las llevaron a sus seres queridos y a las demás personas que se estaban resguardando en las azoteas de



las casas. Cabe señalar que no sólo las tiendas y tienditas fueron la “esperanza” de encontrar algo de comida en medio de aquel desastre, también la gente acudió a los mercados para agarrar lo que podía, aunque era muy poca la comida disponible.

Una vez que el agua bajó, los irapuatenses pudieron pisar suelo, bajar de las casas y comenzar a caminar por las calles, las cuales parecían un campo de guerra. Mucha gente lloraba tras haber perdido no sólo sus hogares y pertenencias, sino también a sus familiares, pues el agua arrebató la vida de cientos de personas. Los muebles, roperos, camas, comedores y demás cosas estaban destrozados, ya nada servía, hombres y mujeres sacaban sus perte-

nencias dañadas y empapadas de sus viviendas, en minutos las calles se volvieron un cementerio de objetos estropeados.

Don Nacho hizo un recorrido para saber si sus familiares estaban bien y, para su sorpresa, se encontró con su caballo, vivo y sano, aunque seguramente estaba asustado por lo que había vivido. Por suerte, nadie de mi familia falleció, pero una de mis tías sufrió un accidente al caerse en una coladera, la lesión le provocó una especie de discapacidad que le impidió caminar bien y, al parecer, también influyó en que no pudiera tener hijos. Lamentablemente, mi abuelita perdió a su bebé, aunque desconozco si esto fue provocado por lo vivido en la inundación; a los dos años del suceso, nació mi

mamá, Verónica Rangel Ramírez, la más joven de la familia.

Mi abuelo nos contó que sobre el terreno donde ahora es el hospital del IMSS y la Biblioteca Municipal, en la avenida Reforma, fueron encontrados decenas de autos y animales muertos (como caballos, cerdos, vacas, gallinas, perros y demás). También nos platicó que algunas personas corrieron con suerte, pues se hicieron de dinero al haberse encontrado monedas entre los escombros, mientras que hubo quienes lo perdieron todo. Don Nacho nos dijo que, después de la inundación, muchos productos subieron de precio, especialmente el cemento y la cal, pues éstos fueron muy demandados por los irapatenses para levantar sus casas, así que

durante un buen tiempo esos materiales no fueron muy accesibles.

Con el tiempo, mi abuelo adquirió un terreno en la colonia Santa María, cerca de las vías del tren y del río Silao, en ese sitio construyó su casa, misma que todos sus nietos conocen y donde nos contó su historia sobre la inundación de Irapuato de 1973, la cual ahora comparto con todos ustedes. Finalizo este relato diciendo que, poco a poco, Irapuato se fue reponiendo, don Nacho regresó a trabajar en el campo y a hacer otros oficios, hasta que falleció en el año 2021. Después de conocer esta historia y otras más de los irapatenses sobre aquel 18 de agosto de 1973, me atrevo a decir que mi familia tuvo mucha suerte de salir con vida.





Imagen 2. El señor Ignacio Rangel Corona, don Nacho, protagonista de esta historia.

¡Ahí viene el agua! ¡Córranle! ¡Apúrense!

Carlos Sánchez García

Esas y otras frases semejantes se oyeron aquel medio día del 18 de agosto de 1973, fecha que quedó grabada en la memoria de muchos irapuatenses por haber experimentado en carne propia y en su patrimonio un hecho inesperado de la naturaleza, el cual castigó y lastimó sin distinción a todas las familias que habitaban la ciudad. En estas líneas expreso y comparto lo que recuerdo de los días previos al 18 de agosto, así como lo que viví ese día y al siguiente,

19 de agosto.

Debo decir a ustedes que en el año de 1973 contaba con 26 años de edad; vivía con mis padres y dos hermanos menores que yo, en la calle Valerio Trujano, de la colonia Miguel Hidalgo, cerca del actual templo de san Pedro; en ese entonces, yo trabajaba y estudiaba en la ciudad de Guanajuato (cursaba mis estudios en la Escuela de Derecho de la Universidad de Guanajuato); como muchos trabajadores y estudiantes foráneos, todos los fines de semana, los días sábados concretamente, venía a ver y convivir con mi familia, los domingos regresaba a la ciudad capital. Así transcurrieron los días y semanas de aquel año 1973, iba y venía, llegaba para saber de mi familia, para luego,



otra vez, regresar a mis actividades.

Me parece adecuado recordar, por los servicios prestados a la comunidad y el papel que tuvo en aquellos momentos de la inundación, que en aquel tiempo, y desde muchos años anteriores, había un programa matinal radiofónico, en una de las estaciones de la localidad, concretamente la XEWE, que se llamaba “Mi amigo Pancho”. Era inconfundible la voz del locutor, señor don Francisco Sánchez, quien enviaba y recibía saludos y recados del auditorio, tales como: *“el señor X, de tal rancho, avisa a sus familiares de tal comunidad que no podrá llegar con ellos a la hora prometida, porque no salió el camión”*; o *“La señora Z avisa a sus familiares de tal comunidad que*

el señor o la señora X salió bien de la operación”. Esos y otros muchos avisos y saludos eran el alma cotidiana del programa transmitido por el popular y estimado “Amigo Pancho”. Fue numeroso el público de esa emisión radiofónica, tanto de esta ciudad como del medio rural, lo mismo que de otros municipios y estados circunvecinos.

Como mencioné líneas arriba, traigo a colación al “Amigo Pancho” porque en los meses, semanas y días previos a la inundación, ante los crecientes rumores de que Irapuato se inundaría, él sirvió de eficiente medio de comunicación entre el auditorio de esta región y estados circunvecinos, transmitiendo siempre la información con la que disponía, tratando

de despejar las dudas y en su caso calmar a la población ante los insistentes y crecientes rumores.

Tengo presente que el día 17 de agosto llegó mi hermano, de nombre Manuel Sánchez García, a verme en la ciudad de Guanajuato; por la mañana yo había escuchado el programa matinal del “Amigo Pancho”, así que le pregunté cuál era la situación que había en Irapuato, él me contestó que todo era confusión dado que unas personas decían que no había problema, otros que no sabían, algunos aseguraban que tal vez habría algún encharcamiento (como había sucedido en alguna ocasión anterior al año 1973). Me calmó momentáneamente la opinión de mi hermano, así como saber que mi familia

estaba bien. Aunque esa calma no era total, debido a las lluvias incesantes que caían en éste y otros municipios.

El día 18 de agosto, por la mañana, antes de ir a laborar a la oficina, que era el Juzgado de Primera Instancia Civil, ubicado en aquel tiempo en el edificio de la Presidencia Municipal de Guanajuato, sintonicé la XEWE para escuchar al “Amigo Pancho”, en ese momento me di cuenta de que el auditorio llamaba incesantemente al prestigiado locutor para saber cuál era la situación en que se encontraba la ciudad, ante la insistente amenaza de inundación. A las 12 o 13 horas, o más temprano — no recuerdo porque no podía trabajar y tener el radio funcionando —, la XEWE dejó de transmitir y ya



no tuve más información sobre la situación en que se encontraba Irapuato, yo no sabía que justo en esos momentos una gran avenida de agua, proveniente de la presa del Conejo, estaba provocando la inundación.

Ante la falta de comunicación y pensando cómo se encontraba mi familia, pedí y se me concedió permiso para salir anticipadamente del trabajo. Mi hermano y yo rápidamente nos encaminamos a la antigua central camionera de Guanajuato capital, ubicada en ese tiempo por la calle 5 de Mayo — ¿o Juárez? —, donde actualmente se encuentra la Comercial Mexicana. Solicité boletos para trasladarnos a Irapuato, la encargada de la taquilla me dijo que esperara un momento, para saber si podrían entrar los

camiones a la ciudad, porque la información que tenían a esa hora era que no había paso. Finalmente, me dijeron que sólo nos podían dejar a un lado de la carretera, en el punto donde ahora es el paso a desnivel, acepté lo anterior, pues quería tener noticias de la familia, sin saber que a esa hora Irapuato, como ya lo dije anteriormente, se encontraba bajo las aguas.

Tomamos el autobús, el cielo estaba muy nublado y presagiaba lluvia. Al pasar frente al Copalillo se alcanzaba a distinguir, a lo lejos, un gran espejo de agua; a un lado de la carretera caminaban mujeres, hombres y niños llevando consigo algunas pertenencias. Mi angustia crecía.

Finalmente, llegamos a la orilla de la ciudad, nos bajamos del autobús, que nos dejó frente a un conocido restaurant que había por donde ahora está el paso a desnivel. Miembros del Ejército mexicano custodiaban el lugar, impedían que las personas entraran para ir a sus domicilios. Ante la petición insistente de algunas, y no obstante el peligro que había, les permitieron el paso; a nosotros se nos negó debido a la distancia que había entre el lugar donde nos encontrábamos y la colonia donde teníamos nuestro hogar.

El espectáculo que había frente a nosotros era estremecedor, triste y angustiante. Desde el punto donde nos encontrábamos parados, alcanzamos a ver la calle Álvaro Obregón con-

vertida en un gran río, con agua sucia y revuelta. Frente a la terminal de los camiones de la línea Estrella Blanca, ubicado en ese tiempo casi frente al actual Teatro de la Ciudad, distinguimos una parte del techo de la cabina de un vehículo que había sido cubierto por la corriente. Por el rumbo del actual boulevard Díaz Ordaz, hacia el templo de San Juan Bosco, el agua corría escuchándose golpes secos, producto de bardas o casas que se caían.

Ante la lluvia que empezó a caer y la imposibilidad de poder llegar a casa, decidimos regresar a Guanajuato, a bordo de otro camión que iba a aquella ciudad.



Al día siguiente, domingo 19 de agosto, mi hermano y yo conseguimos algunos alimentos para llevárselos a mis padres y hermano; nos trasladamos a Irapuato, bajamos nuevamente en el punto que mencioné en los párrafos anteriores; con la autorización de los elementos del Ejército mexicano, emprendimos el camino rumbo a casa. Serían aproximadamente las 14 horas, caminamos lentamente por la calle Álvaro Obregón, hasta llegar a la presidencia municipal, entramos por la puerta principal y salimos por otra que había y daba a lo que ahora es la plaza de los Fundadores, observando gran cantidad de papeles que flotaban en el agua, en el patio del citado edificio, seguramente provenientes de las dependencias que en aquel tiem-

po se ubicaban y funcionaban ahí, como las Agencias del Ministerio Público, que había a cada lado de la puerta principal de acceso a la presidencia municipal; el Juzgado Primero de lo Civil, que estaba en el fondo del inmueble, hacia el lado izquierdo de la actual escalera que da acceso a la planta alta, en cuya oficina estuvo, tiempo después, la Dirección de Recursos Humanos; la Tesorería Municipal, cuyas oficinas se encontraban en el punto opuesto, es decir hasta el fondo, hacia el lado derecho de la escalera mencionada, entre muchas otras.

Mi hermano y yo continuamos nuestro recorrido por la calle Donato Guerra, advirtiendo que en muchas casas la situación no era diferente a lo que habíamos visto en la presi-

dencia municipal, pues vimos muebles y documentos flotando, en ese lugar el nivel del agua era mayor a un metro. Llegamos al inicio de la vía Ramón Corona, sitio conocido como “las cuatro esquinas” (formada por las calles Sostenes Rocha, Terán, Ramos Arizpe y Ramón Corona); había en este punto una reata cuyos extremos se encontraban atados a unos postes que había sobre la calle Terán, lo que permitía que las personas pudieran cruzar la calle, dado que el agua que corría por ahí formaban un fuerte remolino. Mi hermano, que llevaba sujetando con uno de sus brazos algunos alimentos, al cruzar el mencionado lugar, por la fuerza de la corriente, perdió el equilibrio, resbaló, parecía que la corriente se lo llevaba, pero

afortunadamente fue auxiliado por otra persona que iba cerca de él, quien lo ayudó a pasar ese lugar y continuar nuestro camino, llegamos a la calle Sostenes Rocha; continuamos caminando por esa vía, pasamos frente al templo de santa Anita y de algunos talleres que había en la calle Sostenes Rocha, muy cerca de la antigua iglesia de san Antonio, en ese momento nos percatamos de que en las azoteas de las casas se encontraban grupos de jóvenes, quienes pedían a las personas que pasaban por la calle, frente a ellos, que les dieran algo de comer; otros cantaban, como festejando el acontecimiento.

Recuerdo que el nivel del agua desde Álvaro Obregón hasta Sostenes Rocha era más de un metro, metro y veinticinco centímetros

quizás, en ese trayecto caminamos con cuidado para no caer en alguna alcantarilla, que suponíamos podían estar abiertas, afortunadamente, esto no sucedió. Quiero mencionar que a partir de donde se encontraba el templo de san Antonio, hacia la calle Independencia y hasta llegar a la calle Valerio Trujano, en la colonia Miguel Hidalgo, el nivel del agua era más bajo, lo que facilitó nuestro andar.

Continuamos nuestro camino, hasta llegar a casa, donde encontramos a mis padres, Rosalío Sánchez y Luisa García, así como a mi hermano de nombre José Alfredo, en la azotea de nuestro hogar, estaban bajo unos plásticos que les sirvieron de techo, ahí también había algunos muebles y objetos familiares que pudie-

ron subir gracias al apoyo de algunos vecinos (quienes también habían improvisado techos para protegerse de la lluvia). En ese momento me percaté de que el nivel del agua había alcanzado en esa zona unos 1.50 metros aproximadamente, aunque ya estaba más bajo cuando yo llegué ahí, pero aun así el agua inundaba toda la calle y casas vecinas.

Después de enterarme cómo se encontraba mi familia y que no podía hacer algo más por ayudarles, pensando que desde afuera sí podría serles útil, emprendí el regreso a la ciudad de Guanajuato.

Es importante mencionar que durante la visita que hizo a esta ciudad el presidente de

la República, Luis Echeverría Álvarez, junto con varios secretarios de Estado, para enterarse de la magnitud de los daños ocasionados por la inundación, lo abordó el Dr. Roberto Domínguez, quien, entre otros cargos, fue Director de Protección Civil del municipio de Irapuato, pidiéndole que recorriera otros puntos diferentes a los que le habían mostrado y que estaban seriamente dañados por la corriente de agua, pues ahí había muchas casas destruidas, sobre todo las construidas con adobe, dando el presidente instrucciones pertinentes. Luego, la esposa del presidente, María Esther Zuno, también se apersonó en Irapuato para llevar aliento a los damnificados, quien tomando una escoba afuera de la presidencia municipal de Irapuato se

puso a barrer, diciendo “*a barrer y limpiar Irapuato*”.

Hoy, a 50 años de esa gran tragedia, Irapuato se ha levantado, emergiendo de entre las aguas; la inundación motivó el inicio de una ciudad moderna, con grandes instalaciones, centros comerciales, avenidas, universidades, nuevos fraccionamientos etc., etc., que le han cambiado notoriamente su fisonomía, ubicándose como la segunda ciudad más importante en el estado de Guanajuato. Sin embargo, ese día 18 del mes de agosto del año 1973, ha sido y debería seguirse conmemorado por todos sus habitantes, pues fue el punto de inicio de su gran transformación, de la cual debemos sentirnos orgullosos. Estos hechos demuestran que



con gran solidaridad y el trabajo honesto, tanto de las autoridades y de la población en general, podemos escalar a mejores horizontes. Hacia allá debemos encaminarnos.

Mi experiencia en la inundación de 1973

Walter Adam Shaw Garay

El 18 de agosto de 1973 yo estaba por cumplir 10 años de edad. En aquel entonces, vivía con mi familia en la calle Emilio Carranza, entre el boulevard Lázaro Cárdenas y la calle Francisco Sarabia, muy cerca del estadio Irapuato y del Centro de Convivencia.

Recuerdo que esa mañana, que era un sábado, en las casas, especialmente en las ubicadas en la calle que va hacia la colonia Rodrí-

guez, las personas se asomaban y decían: “ahí viene el agua”, como si se tratara de un desfile. Más allá de eso, parecía un día normal: no se suspendieron los juegos de futbol en el estadio Revolución; tampoco los partidos programados en el campo de tierra junto al Centro de Convivencia (el cual todavía hoy existe); no estaban cerradas las tiendas y tampoco los negocios; además, no se hizo ningún aviso oficial sobre el riesgo de inundación, aunque en el radio se informó que por rumores de inundación se suspendía la inauguración de las Oficinas de Gobierno de Irapuato y Salamanca.

Mi papá, llamado Walter Adam Shaw Holstrom, era agricultor, teníamos un rancho llamado San Ángel, el cual estaba ubicado



en Salamanca, junto al río Lerma; contrario a su costumbre, mi padre no fue ese día a sus tierras, pues persistía el rumor de que Irapuato se inundaría. Recuerdo el instante en que todo comenzó: estábamos comiendo, en ese momento empezó a entrar el agua por la puerta de la cochera, ahí teníamos dos carros Volkswagen, mejor conocidos como bochitos, ambos quedaron cubiertos totalmente por la inundación. En esos momentos mi mamá, la señora María Garay Viñals, tomó la escoba y el trapeador y nos dijo que en un rato ella sacaba toda el agua.

Mi papá nos mandó a mí y a mis hermanos Juan Lorenzo, Andrew y Alejandra a llevar al segundo piso de la casa toda la comida que estaba en la alacena, también llenó con

agua limpia un bote que usábamos para colocar la ropa sucia y lo subió a la parte alta de nuestro hogar. Muy pronto, la inundación alcanzó medio metro de altura, así que sólo nuestros papás bajaban al primer nivel de la casa.

Muchos hogares de la zona eran de un solo piso, así que nuestros vecinos tuvieron que subirse a los techos para protegerse del agua. Muy amablemente, mis padres dieron refugio a varios de ellos, recuerdo que entraron por un patio de nuestra casa y se resguardaron en el segundo piso.

No olvido a unos futbolistas que venían del rumbo del Centro de Convivencia, ellos se pusieron a jugar frente a mi casa, la corriente

pronto los alcanzó, así que unos tuvieron que irse nadando y otros se treparon a un árbol, porque el nivel del agua subió muy rápido. La inundación llegó en mi zona como a 1.80 metros de altura; por tanto líquido, como a las 4:00 p.m., la calle parecía río, había en él muchas cosas flotando: un piano, animales muertos, basura, hasta un camión de redilas que parecía un barco (el cual se volcó y tiró la barda de la casa de los Cortés, quienes eran nuestros vecinos).

Por mi calle y colonia quedaron varias personas en los árboles, me acuerdo que llegaron rescatistas de la Cruz Roja Mexicana, quienes usaban una lancha para trasladarse, se bajaban de ella y nadaban para ayudar a los atrapados y llevarlos a lugares seguros. En uno

de esos momentos, vi que la corriente volcó una de las lanchas, los socorristas tuvieron que nadar hasta la casa que estaba en la esquina del boulevard Lázaro Cárdenas.

En la calle de La Paz, atrás de nuestro hogar, algunos vecinos pusieron costales de arena para impedir la entrada del agua, cosa que no lograron; al día siguiente, domingo 19 de agosto, cuando la inundación comenzó a bajar, los tuvieron que quitar para que saliera el líquido de sus domicilios. Mientras, en Emilio Carranza seguía bajando mucha agua del boulevard Lázaro Cárdenas; como a las 11:00 a.m. empezaron a pasar muchas gallinas ahogadas.

En la tarde del domingo 19 de agosto,



después de la comida, llegó mi tío Carlos Gary Viñals para llevarnos a la casa mis abuelos Rufino y Carmen, en San Miguel Allende. Mi tío intentó llegar a la casa usando su vehículo, pero tuvo que estacionarse frente a la Torre Médica, en un negocio de llantas, porque no lo dejaron pasar más allá de ese punto. Yo salí caminando, el agua me llegaba a la cintura, mis hermanos Juan Lorenzo, Andrew y Alejandra los cargaron entre mi tío y mi papá. Después de un largo viaje, llegamos por la noche a San Miguel de Allende, recuerdo que tomamos la carretera de Guanajuato. En el hogar de nuestros abuelos nos dejaron a mí y a mis hermanos, volvimos a Irapuato después de un mes de pasada la inundación del 18 de agosto de 1973.

En aquel entonces, yo tenía una novia, se llamaba Lolita

Jesús Gutiérrez Granados

Mi nombre es Jesús Gutiérrez Granados, actualmente tengo 63 años de edad, tenía sólo 13 años cuando ocurrió la inundación de Irapuato de 1973, a pesar de mi corta edad, la recuerdo muy bien. En aquel entonces, yo vivía en la calle Emiliano Zapata #682, en el barrio de Santa Anita, ahí residía con mis padres, J. Luz Gutiérrez y Sabina Granados León, y mis hermanos Rubén, Salomón, Faustino, Juan e Isidra.

Aquel día, 18 de agosto de 1973, comenzamos a escuchar rumores de que ya venía el agua; con la curiosidad e inocencia propia de los chiquillos de aquella época, unos vecinos, mis hermanos y yo decidimos ir a ver si era cierto o pura mentira lo que se decía. Recuerdo que agarramos camino, pero por la avenida Guerrero ya no nos dejaron pasar, unos señores nos dijeron: “regrésense muchachos, porque viene el agua macizo”, y pues tuvimos que regresar. En cuanto llegué a mi casa le dije a mi mamá que era verdad, que nos íbamos a inundar, así que empezamos a guardar las cosas importantes, que en aquel entonces eran papeles.

Recuerdo que la inundación fue muy rápida, el agua pronto comenzó a cubrir todo el



barrio. Mi familia y yo no teníamos donde resguardarnos, ya que nuestro hogar era de lámina, entonces salimos a la calle y uno de nuestros vecinos, llamado Federico Gutiérrez, que tenía su casa bien, nos dio chance de subirnos al techo, nos gritaba: “vénganse para acá porque si viene el agua fuerte”. Mis hermanos, papás y yo nos subimos a esa azotea, todo el 18 de agosto la pasamos ahí, no teníamos con qué cubrirnos, así que estuvimos a la intemperie, poco más tarde comenzó a llover, la ropa que traíamos se mojó. Ya en la noche, estábamos todos empapados, teníamos frío pero no había otra que aguantarnos; aquellos momentos se me hicieron eternos, todos teníamos miedo de lo que pudiera pasar.

Al día siguiente, por la mañana, comenzamos a ver que entre el agua corrían cosas y animales, entre ellos un puerquito, uno de mis vecinos se bajó por él, los subimos con unas cuerdas; mis papás, como pudieron, prepararon al cerdito y nos lo comimos. Después, vimos que venían unas cazuelas que traían comida, un primo, llamado Rafael Contreras, se metió al agua y fue por ellas, lo bueno fue que no se voltearon; gracias a Dios, por alimentos no sufrimos ese día, ya que el puerquito y el contenido de las cazuelas nos calmaron el hambre.

En aquel entonces, yo tenía una novia, se llamaba Lolita (su nombre completo era María Dolores Cabrera Barbosa), vivía a la vuelta de mi casa, en la calle Ojinaga, también del barrio

de Santa Anita; yo quería saber cómo estaba ella, así que le dije a uno de mis hermanos que me acompañara a su hogar, nos metimos al agua y tomamos rumbo, vimos que, afortunadamente, estaban bien tanto ella como su familia, sólo habían sufrido el susto. Cerca del domicilio de mi novia Lolita había una fábrica de galletas y dulces, los hermanos de ella me dijeron que se estaban saliendo las cajas de galletas Sabrosas, entonces hay vamos todos en bola por ellas, encontré que era cierto, había muchos empaques, los llevamos a la casa donde nos estábamos quedando, se las dimos a todos los que se encontraban ahí, ¡ándale! Comimos y comimos puras galletas Sabrosas.

Días después, cuando el agua bajó, nos

devolvimos a nuestra casa a ver qué había quedado, fue muy triste ver que no había nada. Otros familiares también perdieron todo: mi tío Soledad y la tía Carmela criaban animales (como perros, gallinas, etcétera), muchos quedaron ciegos o murieron debido a que guardaba unos bultos de cal (de esa que para poder usarla se tenía que dejar en agua porque era cal de piedra), como ésta duró en el líquido varios días, comenzó a quemarse y dañó a los animales.

En los días posteriores no teníamos nada para comer, así que yo y mis hermanos salimos a buscar alimentos, nos fuimos al mercadito Sóstenes Rocha, entramos a la brava y pues allí había de todo, agarramos lo que pudimos y se lo llevamos a mi mamá. Gracias a Dios, nadie

de la familia murió a causa de la inundación, pero sí tuvimos pérdidas materiales, pues todo se lo llevó el agua, y pues a volver a empezar. Fue muy duro y muy triste lo que pasó ese día, hubo muchos rumores que decían que habían muertos y desaparecidos. La inundación de 1973 fue algo que marcó a Irapuato por mucho tiempo.

Cinco años después de aquel 18 de agosto, me casé con mi novia Lolita, procreamos tres hijos: Alejandra, Cecilia y Juan; desafortunadamente, mi esposa falleció hace 9 años, ella también recordaba mucho lo sucedido en la inundación, su historia se la platicó varias veces a nuestros hijos.



Imagen 1. Fotografía de la boda del señor Jesús Gutiérrez Granados, protagonista de esta historia, y la señora María Dolores Cabrera Barbosa “Lolita”.



Imagen 2. Los señores Jesús Gutiérrez Granados y María Dolores Cabrera Barbosa con sus hijos Alejandra (a la izquierda), Juan (al centro) y Cecilia Gutiérrez Cabrera (a la derecha).



¡Ahí viene el agua! Pero la de tomar

Franco Damián Segoviano Chávez

La primera vez que escuché sobre la inundación de Irapuato fue en la voz de mis padres: Efrén Segoviano Ruiz y Bertha Chávez Yebras. Gracias a ellos tuve conocimiento de la tragedia que aconteció aquel 18 de agosto de 1973. Con el fin de compartir su historia, me di a la tarea de entrevistarlos para plasmar en este texto sus vivencias acerca de este importante suceso.

Primero, unas palabras acerca de ellos. Mi papá es originario del pueblo de Aldama

(Jaripitío) y mi mamá de la comunidad de San Vicente, ambos lugares ubicados al norte del municipio de Irapuato; ellos se casaron en 1972, cuando él tenía 22 años y ella 17. En el tiempo en que ocurrió la inundación, mis papás tenían una casa en Aldama, pero solamente la habitaban los fines de semana, el resto de los días ellos y mi hermana Beatriz, de apenas cinco meses de edad, se quedaban en Irapuato, en casa de mi abuela paterna, la cual estaba ubicada en la calle Otumba. En 1973, mi abuela, de nombre Apolonia Ruiz Villafaña o Pola como le solían llamar, ya había enviudado de mi abuelo Pedro Segoviano Aguilar y vivía con sus hijos: Esteban, Martín, Asunción (Chon), Fernando, David y Miguel, todos ellos más jóvenes que

mi papá. A la vuelta, en la calle General Anaya (hoy bulevar Torres Landa) vivía la abuela materna de mi padre, doña María Villafaña.

Mi familia se quedaba en Irapuato porque en aquel entonces mi papá era maistro albañil y trabajaba en la construcción de la escuela Primaria Urbana número 1 Miguel Hidalgo, situada en la calle Guillermo Prieto. Con el fin de no viajar todos los días de Aldama a Irapuato, mis padres habían decidido quedarse de lunes a sábado con mi abuela Pola.

El sábado 18 de agosto de 1973, mi papá se fue al trabajo normalmente y mi mamá se quedó en casa a cuidar de mi hermana. Ya sabían que ese día habría una inundación: todos

los vecinos y la gente en la calle lo comentaban. Pero no se alarmaron ni cambiaron su rutina, se les había asegurado que el agua apenas rebasaría el nivel de las banquetas y que todo estaría bien.

Bertha Chávez Yebras: *“ya sabíamos que se iba a inundar Irapuato, ya la gente andaba diciendo que iba a venir el agua. La gente puso costales, pensando que nomás iba llegar hasta los costalitos. Todo estaba tranquilo, yo estaba haciendo mi quehacer. Era un sábado, y siempre los sábados nos íbamos a Aldama, nada más llegando Efrén del trabajo. Y yo tenía todo listo, la ropa de la niña, todo. Sábado y domingo nos íbamos a la casa de Aldama. Toda la gente estaba tranquila, no nos dijeron*



que la inundación iba a llegar tan fuerte. Todo estaba normal, las tiendas abiertas. No dijeron sálganse o algo, si no yo me hubiera prevenido”.

Todo estaba tranquilo, pero aproximadamente a la una de la tarde comenzó a escurrir el agua por las calles. La inundación comenzó justo en el momento en que mi papá salía del trabajo.

Efrén Segoviano Ruiz: *“nosotros andábamos colando, y para la una ya habíamos terminado. Ya nos estaba pagando mi compadre Pedro Morales (también de Aldama). Y cuando empezamos a mirar que los carros levantaban agua dijo mi compadre: pues hay que echar-*

le un bordito a la bodeguita del cemento, para que no se vaya a mojar, que al cabo dicen que nomás va llegar hasta la altura de la banqueta. Entonces, cuando ya nos estaban pagando y que estaban haciendo el bordito con tierra, el agua empezó a venirse de La Moderna a donde estábamos. Por eso le dije a mi compadre: ‘sabe qué, luego me paga mejor’. Y agarré mi bicicleta porque quería llegar a la casa”.

A la vez que mi papá había decidido regresar cuanto antes a su hogar, mi mamá también caía en cuenta de que la inundación sería más grave de lo que habían dicho. Ella, doña Pola y mis tíos decidieron que lo mejor era subir a la planta alta de la casa, pero mi bisabuela doña María, que vivía a la vuelta, no que-

ría subir. Mi mamá fue con ella para tratar de convencerla, dejando en la cuna a mi hermana Betty.

Bertha Chávez Yebras: *“doña Apolonia me dice: ‘mire, no se quiere subir mi mamá, Bertha, no se quiere subir’. Y yo fui a decirle que se subiera, y ya cuando acordé, por estar diciéndole súbase, ya el agua me llegaba hasta la rodilla. Y nomás en lo que caminé la vuelta ya andaba la cuna que se quería voltear donde tenía yo a Betty. Otro poquito me tumba la cuna. A la carrera agarré a Betty nomás con una sábana y se quedó todo, ni ropa alcancé a agarrar del susto”.*

Al final de cuentas, todos (mi mamá con

Betty, mi abuela Pola y mis tíos) se fueron a la casa de mi bisabuela doña María, quien, al ver que el agua estaba subiendo, por fin se convenció de irse al segundo piso de la casa. Al mismo tiempo mi papá iba en la bicicleta, pero ante el incremento del nivel del agua ya le fue imposible pedalear. Se encontraba cerca de la vivienda de su abuelo paterno, de nombre don Pedro Segoviano, así que decidió ir ahí y dejarle encargada su bicicleta.

Efrén Segoviano Ruiz: *“pero apenas por donde vivía mi papa Pedro, por los Bomberos, ya el agua me llegaba a las rodillas, y cuando quise brincar la calle General Anaya el agua me quiso quitar la bicicleta. Por eso mejor se la dejé a mi papa Pedro y a mi tío*



Pablo. Regresé para brincar General Anaya, vi que unas personas habían puesto un lazo atado de un poste a otro, para agarrarse y pasar; pero el agua los levantaba y los hacía como un hilacho, y dije: ¡no, vayan a la chingada! ¡yo no paso! Y me regresé a la casa de mi papa Pedro”.

Don Pedro Segoviano vivía con su esposa doña Carmen Aguilar y su hijo Pablo, en una vivienda que acababa de construir en la calle Primo Verdad, en un terreno comprado a la famosa Elena Barragán, “la Generala”. Para ese entonces los otros hijos de don Pedro ya se habían casado y hecho su vida. Su casa era de tabique, pero de un solo piso, para estar a salvo de la inundación no les quedó más remedio que

subir al techo.

Efrén Segoviano Ruiz: *“nos metimos a la casa, pero ya cuando el agua subió de nivel nos subimos al techo, pero en la noche empezó a llover. Antonces un señor que a tres casas de nosotros tenía una casa de doble piso (ese señor tenía un molino pa’ moler sorgo) nos dio chanza de brincarnos a su casa. Y ahí nos quedamos toda la noche. En la noche nada más se escuchaba el tronadero de las casas de adobe que se caiban y las gentes aventaban unos gritotes. Andaban hasta unos puercos en una casa nadando, puercos grandes, ya hasta parecían cocodrilos nadando. Por las calles pasaban hasta vacas que se las llevaban la corriente del agua. Pasamos toda la noche sin comer, aun-*

que mi papa Pedro tenía tienda en su casa, no nos dio tiempo de tomar nada de comida. En la casa donde nos refugiamos nadie podía dormir, mucha gente se reunió en esa casa”.

En la vivienda de mi bisabuela doña María, mi mamá y los demás estaban asegurados contra la lluvia, aún así, fue una noche difícil: no había luz ni alimentos y mi mamá no sabía nada de mi papá.

Bertha Chávez Yebras: *“nos subimos a la casa de doña María, por eso la lluvia no nos afectó y hasta teníamos estufa, pero nada de comer. Y nomás mirábamos el agua que pasaba por la calle, se miraba fuerte el agua, altísima, olotas bien grandotas. El agua se veía como*

roja, no era clarita, era sucia, mugrosa, como era agua de presa. Ahí estábamos todos, ahí en el balcón, nomás mirando que pasaban hasta cajas de muerto. No ni dormimos, por estar viendo como pasaba el agua. Mucha gente estaba en las azoteas porque el agua se les había metido. Un colgadero de gentes que se querían subir al techo. Tú papá no llegó ese día, no pudo llegar y yo estaba con el pendiente, porque él siempre llegaba a la una, pero no pudo llegar”.

Al día siguiente mi papá volvió a emprender el camino para encontrarse con su familia.

Efrén Segoviano Ruiz: *“como al me-*



diodía, todavía estaba hondo el agua, pero ya no llevaba corriente. Así que decidí salir e irme a mi casa. Lo que decían era que uno tuviera cuidado con las alcantarillas abiertas. Pasé por la calle Cuatro Vientos, Doctor Liceaga y llegué a General Anaya. Llegué y pues que tampoco había nada que comer”.

Por fin mis papás se habían reencontrado, afortunadamente todos estaban bien, pero tenían que solucionar el problema de la falta de comida. Ante esto, dos de mis tíos decidieron salir a buscarla.

Efrén Segoviano Ruiz: *“mis hermanos Esteban y Martín se fueron nadando al mercadito Guerrero para buscar qué comer. Llega-*

ron con unos pedazos de chorizo. Y como había cocina en la casa de mi mamá María, cocinamos esos chorizos y comimos”.

Mi mamá afirma que olvidó muchas cosas de esos días, pero que sí recuerda que su mamá Angelina Yebras llegó desde San Vicente para saber cómo estaba.

Bertha Chávez Yebras: *“no me acuerdo de muchas cosas, yo creo que por el susto. Me acuerdo que otro día mi mamá nos llevó comida. A lo mejor se enteró por el radio de lo que había pasado. Me acuerdo que sí nos fue a ver”.*

El lunes 20 de agosto por fin el agua se había ido, ya solamente quedaban los rastros

del desastre. Irapuato había quedado en una situación lamentable.

Bertha Chávez Yebras: *“en la casa quedó todo feo. Todas mis cosas se echaron a perder, la recámara que era de madera, los muebles se acabaron, se echaron a perder, menos la estufa y un gabinete que eran de fierro”.*

Efrén Segoviano Ruiz: *“el siguiente día, lunes, ya bajó el nivel del agua. Las casas estaban apestosísimas. El empedrado de la calle amaneció limpio, y la gente comenzó a salir. Ese día, cuando la gente andaba saliendo de sus casas y buscaba qué comer, llegó un cabrón gritando: ‘¡ahí viene el agua! ¡ahí viene el agua!’. Y la gente empezó a correr del susto.*

‘Pero la de tomar’, gritó después. Se refería a una pipa de agua potable que venía por la calle”.

Viendo que los sustos no paraban en Irapuato y que era imposible habitar las casas por el momento, mis padres decidieron que lo mejor era conseguir un transporte para irse a Aldama con las cosas que aún se podían rescatar.

Efrén Segoviano Ruiz: *“ese día me fui para Aldama en un camión de la Flecha Amarilla. Conseguí una camioneta con don Ladio Vázquez para traernos toda la ropa para lavarla en el río. El río de Aldama iba con el agua bien limpia, aun así, tardaron varios días en lavar todo: ropas y colchas. Ahí todo esta-*

ba bien, todo normal, las tiendas con comida y todo. Mientras estuvimos en Aldama, mi tío José Ruiz limpió la casa de Irapuato. Una semana estuvimos ahí y luego nos regresamos”.

Después del desastre, poco a poco volvieron las cosas a la normalidad. Mis papás siguieron quedándose en Irapuato un año más. Poco antes de que naciera mi hermana Marina decidieron irse a Aldama de manera fija. Mi hermana Adriana y yo siempre hemos vivido ahí.

Este es el testimonio de lo que recuerdan mis padres sobre ese trágico suceso. De ese día en el que compartieron la suerte de miles de irapatenses que sufrieron la inundación del 18

de agosto de 1973.

Efrén Segoviano Ruiz: *“decían que la presa del Conejo el mismo Ejército mexicano la había reventado, porque se venía una avalancha de agua de la presa de la Gavia, y de una de por Silao, y la reventaron según, que para que fuera más contralada la inundación. Lo que faltó fue que nos hubieran dicho que por precaución nos subiéramos a las partes altas de las casas. Que nos previnieran”.*



Imagen 1. Los señores Efrén Segoviano Ruiz y Bertha Chávez Yebras, foto tomada en 1972 el día de su matrimonio.



La presa del Conejo se iba a reventar, pero nadie creía en eso

Gabriel Buendía Ramírez

Hace varios años, mientras cursaba la maestría en Historia en la Universidad de Guanajuato, elaboré un artículo sobre la inundación de Irapuato de 1973. Para poder preparar ese trabajo escolar, realicé una breve entrevista a mi suegra, doña Agustina Moreles Vázquez, en esa charla me contó lo que vivió aquel 18 de agosto. En el presente texto reproduzco la entrevista que realicé. Antes de dar paso al testimonio, me gustaría dar unos breves datos biográficos de

la señora Agustina: ella nació el 15 de mayo de 1950, en Irapuato, Guanajuato; es madre de cuatro hijos; en aquellos años ella trabajaba como costurera en una fábrica, la cual estaba ubicada en la calle Rhin; después de la inundación, la señora Agustina renunció a su trabajo y puso su propio taller, junto con su esposo, el señor Ángel Rocha; tiempo después, dejó de laborar para dedicarse completamente a su hogar. Una vez compartidos los datos biográficos, comenzamos a reproducir la entrevista.

La entrevista

¿Qué sabe sobre la inundación de Irapuato de 1973?

Doña Agustina: “de que la presa del Co-

nejo se iba a reventar, pero nadie creía en eso, toda la gente andaba en sus actividades normales porque no, no creían que fuera a pasar eso [...] pues ya después, por ay, ¿qué será? A la una de la tarde empezaron los rumores de que ya viene el agua por la Coca, ya viene cruzando la vía, inclusive Ángel, mi esposo, fue a ver, cuando regresó me dijo: ‘sí, sí se reventó la presa, ahí viene, viene al agua’. Y ya por ay de las siete de la tarde, ya estaba inundado desde donde estaba la Coca, todas las colonias de La Pradera, Las Rosas, por san Juan Bosco, y la avenida Guerrero”.

¿Nos puede contar alguna otra vivencia sobre la inundación de 1973?

Doña Agustina: “En ese entonces, mi mamá vivía en la calle Balsas, yo residía en la Calzada Insurgentes, mi madre ya era una persona mayor, así que fuimos a ayudarla, mi esposo agarró la moto de su papá y subió en ésta unos costales con arena, para tapar la puerta de la casa de mi mamá y evitar que se le metiera el agua. Recuerdo que nos fuimos en la moto por Díaz Ordaz, en ese entonces no estaba como ahora, no había tantas casas y recién habían pavimentado ese bulevar (creo que comenzaron a hacerlo en 1971), había unos arbolotes y hornos de tabiqueros, también me acuerdo que en el puente de Guadalupe estaba como una bajadita, donde pasaba el agua del puente. Mi esposo y yo llegamos hasta el templo del Sagrado



Corazón, ahí había algunos policías, quienes ya no nos dejaron pasar porque ya estaba bien inundado [...]. Hasta el otro día, el domingo 19 de agosto, fuimos a ver a mi mamá, había mucha agua, el bulevar Díaz Ordaz parecía un río, [...] nos tuvimos que agarrar en cadenita para poder cruzar hasta donde vivía mi madre, el agua llegaba hasta dos metros”.

¿Su mamá perdió su casa?

Doña Agustina: “no, porque era de ladrillo, no de adobe. Después de la inundación la gente empezó a levantar sus casas, pero ahora de tabique. Donde se cayeron las casas, comenzaron a hacerlas de ladrillo y cemento. De lo que me acuerdo es que se empezó a construir

la colonia 18 de Agosto, porque mucha gente pues perdió su hogar y ahí se fueron a vivir”.

¿En esa nueva colonia fue dónde estuvieron los damnificados de la inundación de 1973?

Doña Agustina: “ahí empezaron a vender los terrenos [...], pues parece que el Gobierno ayudó para que los damnificados construyeran sus casas en esa nueva colonia [...]. Hubo mucho apoyo del Gobierno, inclusive en el campo militar ayudaron a la gente que no tenían qué comer, que no tenía donde vivir; repartieron colchonetas, los soldados anduvieron dando comida por las calles, mi hermana y yo nos alimentamos con ellos”.

¡Ay hija, ya se cayó nuestra casa!

Laura Amézquita Hernández

Yo tenía como unos ocho o nueve años cuando ocurrió la inundación de Irapuato de 1973, era apenas una niña. Recuerdo que los días previos al desastre fueron muy lluviosos, pero, de repente, dejó de llover. El día 18 de agosto por la mañana, mi papá, el señor Manuel Amézquita Zúñiga, tenía prendido el radio, él acostumbraba sintonizar diariamente, a las 7 de la mañana, la estación XEBO. Estábamos almorzando mi mamá, la señora María Esther Hernández

González, mi papá, mis hermanos y yo; mientras comíamos escuchábamos la transmisión radiofónica, en cierto momento el locutor comenzó a decir que Irapuato se iba a inundar, que se había reventado una presa, y luego dijo que fueron dos y luego que tres. Después de eso, comenzaron a reproducir música, pasaban una canción y luego decían: “Alerta, por favor, váyanse a sus casas, recójense los que están trabajando; por favor déjenlos salir, vayan y resguárdense”.

Mi papá fue muy escéptico sobre la situación, decía: “Nombre, eso no es cierto”, le dijo a mi mamá: “Esther, vente, vamos a ver”, y se fueron ellos y mis hermanos para saber si era cierto lo que se decía en la radio. Mis otros



hermanos y yo nos quedamos en la casa, yo era ya mayorcita, así que tenía que cuidar de los más pequeños. Mientras nuestros padres no estaban, seguimos escuchando la radio, recuerdo que ya casi no pasaban canciones, sólo era el locutor, quien hablaba y hablaba. En eso sonó el camión de la basura, salí con el bote para tirarla, pero me dijeron: “No estamos recogiendo basura niña, por favor, vete a tu casa, estamos levantando a todas las personas que no sean de este barrio para llevarlas a un lugar seguro”. Esas palabras me asustaron mucho, me regresé a mi hogar con el bote de basura, pensé en mis padres y mis hermanos que se habían ido con ellos, así como en Juan Javier, mi hermano mayor (quien en ese entonces tenía 12 años de

edad y se había ido a trabajar, él es conocido como “Piteko” y actualmente tiene un negocio donde vende pollos asados, el cual se llama Pollos Piteko). Yo estaba muy nerviosa por la situación que se estaba viviendo: veía a mucha gente pasar, también observé el camión de la basura lleno de personas, además me di cuenta de que ya había hombres, mujeres y niños en las azoteas de las casas; ver todo eso me provocó un pánico horrible, estaba a punto de llorar.



Imagen 1. La señora Laura Amézquita Hernández, protagonista de esta historia.

En eso llegó mi mamá y mi papá, ella le dijo a él: “Manuel, yo me voy a ir, yo me voy a ir de aquí”, mi padre le contestó: “¿A dónde te vas? Tú no te vas a ir de aquí, te pongo unos carajazos”, mi madre le replicó: “No Manuel, yo me voy, yo me voy, y pues pónmelos. Vámonos hijos, vámonos”. Mi mamá, mis hermanos y yo nos salimos de la casa, en ese entonces vivíamos en la calle Chapultepec, entre el bulevar Díaz Ordaz y la calle Tres Guerras. Al salir vimos que ya venía el agua; una vecina le dijo a mi mamá: “¿A dónde vas? Súbase usted, ¿a dónde va con tanto niño?”. Entonces, nos subimos a una vivienda, más tardamos en llegar a la azotea cuando ya estaba la calle con mucha agua, como a un metro de altura, a pesar de la



situación, mi papá seguía en la necesidad de que no pasaba nada.

Recuerdo que estábamos muchas personas arriba de esa casa, que era propiedad de la señora “Conchita”. Algunos señores utilizaban escaleras para ayudar a que los hombres y mujeres que estaban en la calle subieran a los techos y se pusieran a salvo. Fueron momentos muy difíciles para todos, pues no teníamos agua ni comida; y tampoco tuvimos la suerte de rescatar alimentos que eran arrastrados por el agua, me acuerdo que en cierto momento pasó un marrano grandísimo, algunas gentes lo quisieron rescatar pero no pudieron, hasta se andaban ahogando, ya que el agua llevaba mucha fuerza y alcanzaba unos tres metros de altura.

La falta de alimentos y líquidos para beber era sólo uno de los problemas, mi mamá se encontraba muy preocupada y lloraba mucho por mi hermano “Piteko”, quien no alcanzó a llegar a la casa. Toda esa situación fue muy traumática para mí, pues estaba muy pequeña

En cierto momento, un helicóptero aterrizó en la bodega de la cervecería La Corona, la cual estaba frente a la casa donde nos refugiábamos, usando un megáfono, los tripulantes comenzaron a preguntar cuántas personas estábamos ahí, recuerdo que la respuesta fue 70, ellos dijeron que era mucho peso; después, preguntaron cuánto niños habían y comenzaron a pasarnos comida en una canasta.

La noche del 18 de agosto la pasamos a oscuras, pues no había luz y tampoco velas; escuchábamos el agua pasar, la cual llevaba una fuerza inmensa; el líquido chocaba con las paredes de las viviendas y las tiraba; en el transcurso de esa noche mi papá y yo oímos como tronó nuestro hogar, él me dijo: “¡ay hija, ya se cayó nuestra casa!”, después vimos como comenzaron a salir todas nuestras cosas. Cuando amaneció, ya el domingo 19 de agosto, todo fue igual: estábamos incomunicados y no teníamos qué comer. Recordar esos momentos me provoca un nudo en la garganta.

Afortunadamente, el domingo apareció mi hermano “Piteko”, unos señores lo fueron a llevar hasta el lugar donde estábamos refugia-

dos; en ese entonces él trabajaba en la cremería La Higiénica, nos contó que lo dejaron salir del negocio, pero no pudo llegar a casa porque el agua lo agarró en el camino, para salvar la vida se agarró de una pared, unas personas lo vieron y lo rescataron; también nos dijo que se había quedado a un lado de una tienda de la CONASUPO, así que estuvo agarrando cosas para llevarlas a la casa y tener para comer.

Al tercer día, el lunes 20 de agosto, entró el ejército con el plan DN-III-E; los militares nos dijeron que la casa donde nos refugiamos no podía albergar a tantas personas, pues era mucho peso, así que nos llevaron a la Harinera Rodríguez, que en ese entonces se ubicaba en el bulevar Díaz Ordaz. En el mencionado sitio



nos hicieron vestidos de manta, nos dieron sopa de fideo con Knorr Suiza, nos bañamos y nos vestimos. Cuando bajó el agua, supongo yo, aunque no me consta, el personal de la harinera les dijo a todos los papás que teníamos que desalojar sus instalaciones, así que en los días posteriores tuvimos que vivir en la vil calle, afuera de la harinera.

La inundación fue un nuevo comienzo para mí y mi familia, perdimos todo lo material y nuestra casa se cayó. Cabe señalar que fuimos muchísimos los damnificados por aquel fenómeno natural, muchos de nosotros nos fuimos a vivir a la colonia 18 de Agosto, ahí encontramos un lugar donde continuar nuestras vidas.



Imagen 2. De izquierda a derecha, Miguel Ángel Amézquita Hernández, Olivia Amézquita Hernández, Norma Amézquita Hernández, Manuel Amézquita Zúñiga, Laura Amézquita Hernández, Juan Javier “Piteko” Amézquita Hernández, y Carlos Amézquita Hernández.

Un año trágico

Marco Antonio Vazzini Castellanos

La vida me llevó a residir desde hace casi 65 años en esta hermosa, querida ciudad, que la traigo metida en mi corazón y en mi alma, agradeciendo lo mucho que me ha dado, sin que no haya habido problemas qué solucionar.

No seré tan explícito en la vida familiar, sólo comentaré cuatro situaciones que me sucedieron ese trágico año de 1973, en el cual la inundación fue el colofón de una serie de penurias familiares, pero, al mismo tiempo, fue el momento de salir adelante, con tenaz deseo de

ser, por lo nuevo que vendría a la familia y a mi ciudad. Esas situaciones fueron:

Primero: la quiebra económica familiar

Segundo: muerte de mi madre Tayde Castellanos (a sus 39 años), en mayo de ese año singular.

Tercero: muerte en accidente de mi hermano Óscar Vazzini Castellanos (de 18 años), en junio para no fallar.

Cuarto: la inundación, en agosto 18, que más se puede hablar.

Teniendo como antecedentes esos eventos del año 1973, describiré la experiencia familiar al ver llegar el agua, primeramente lenta, luego



potente, con la fuerza de la naturaleza que nos puede arrasar. Así comienza mi historia.



Imagen 1. La señora Tayde Castellanos (q.e.p.d.), madre del autor de esta historia.

Una tormenta tropical, la cual fue bautizada como Brenda, se formó en el Pacífico, produjo lluvias atípicas en el centro de la Repúbli-

ca Mexicana. Llovió, como llovía antes; desde mayo comenzaban aquellos aguaceros rápidos, fuertes y luego el sol salía a bailar con las gotas de lluvia que resbalaban de las hojas de las plantas de fresa o de los techos de las casas. Esas lluvias llenaron las presas de la Gavia y de la Llave, que al soltar su gran caudal llegaron raudas a la presa del Conejo, la más cercana a la ciudad. Por cierto, ese embalse se debería rehabilitar para mantener los mantos friáticos y así suministrar de agua a Irapuato.

Un sábado no como cualquier otro, los rumores comenzaron a recorrer las calles de nuestra ciudad. Se escuchaban los gritos de la gente: “ahí viene el agua”, y la respuesta de los incrédulos: “lo que llegue me lo tomo en un

vaso de cristal”. Dicen que un general mandó dinamitar el bordo de tierra que detenía aquel singular embalse, al hacer un pequeño surco a través de la tierra, el agua formó lodo, éste comenzó a ceder, a abrirse más y más, después toda el agua acumulada salió buscando su cauce natural. La inundación llegó a Irapuato brincando las vías del tren, allá por las bodegas del refresco de cola. Al escuchar el alboroto, mi padre Marco Antonio Vanzinni Pillon comenzó a sentirse nervioso: “mi hija trabaja en el centro y aún no llega a casa, ¿cómo llegará?”, se preocupaba. Mientras, mi hermana Patricia Vanzinni Castellanos estaba en su trabajo, el jefe no dejaba salir a los empleados, porque no creía que la inundación fuera verdad. Por fin, el

jefe de mi hermana entendió que todo era cierto y los dejó salir. Todos se fueron como pudieron, algunos pidieron un aventón. Una pick up subió a varios y a mi hermana la dejó como a seis cuadras de casa. Corriendo, sudorosa al fin llegó, para la calma del progenitor.

Mi otra hermana, Carmen Vanzinni Castellanos, trabajaba en unas oficinas con mucha papelería oficial, que tuvieron que abandonar. Cuando, días después, ella y sus compañeros regresaron a laborar, todo era basura, no encontraron papeles, sólo lodo en el lugar. Yo, el más pequeño de la familia, siempre estaba con papá. Recuerdo que sacamos los autos a un lugar alejado de la ciudad; además, conseguimos bultos de arena, que mi padre colocó en la puerta para



atajar el caudal. La casa familiar se encontraba en la colonia Prolongación La Moderna, en una calle “chimuela” (una casa por aquí otra por allá). La nuestra de dos pisos; las otras de la misma acera, de uno solo. En frente dos casas de dos pisos y tres de uno nada más.

La curiosidad nos hacía asomarnos a lo que ahora es el boulevard Lázaro Cárdenas, para ver si venía el agua. Y sí, a lo lejos, por el Campestre, se comenzó a notar un hilo plateado. La inundación se acercó poco a poco, llegó al pequeño jardín de nuestra casa, después atacó los costales de arena, que fueron vencidos con facilidad. El agua subía, nadie la podía parar. Algunas personas cuya casa era de un solo piso fueron recibidas con gusto en nuestro ho-

gar, unas doce en total, entre ellas recuerdo a la familia Paque. Enfrente, familias con viviendas de dos pisos también acogieron a los vecinos.

También recuerdo que subimos la estufa sobre unas cajas de madera, así que tuvimos donde calentar algo de comida o guisar, aunque para hacer eso era necesario bajar al primer piso de la casa y meternos en el agua, que llegaba a un metro y veinte centímetros.

Por la tarde del día 18 de agosto sucedió otro singular acontecimiento. Se escuchó en mi casa: “un médico, necesitamos un médico, mi señora está por dar a luz”. Al oír el llamado, los jóvenes de la casa de enfrente y algunos vecinos subieron a la azotea, con ladrillos pusie-

ron la palabra SOS para ver si un helicóptero que sobrevolaba el lugar se detenía a ayudar, el mensaje no fue visto. Entonces, se contactó a unos vecinos, una era enfermera y otro dentista práctico, quienes tuvieron que hacer malabares para cruzar las bardas y llegar a mi casa. Después de dos horas se escuchó el llanto del nuevo ser que arribaba a este mundo, a este lar, a esta ciudad.

La noche transcurrió con una leve llovizna, al poco rato el cielo se despejó y se cubrió de estrellas. Sin luz en la ciudad, el firmamento se manifestaba con su gran inmensidad. Las estrellas y la luna veían la ciudad con tristeza por su fatalidad. Amaneció, se supo que habían dinamitado la carretera que va a Abasolo para

que el agua siguiera su curso hacia el río Lerma y de ahí al mar, el nivel de agua comenzó a ceder.

Por la mañana del día 19 de agosto, un vecino de nosotros, el señor Jesús Ortega Rico, llegó con una tolva, nos subimos y fuimos a Silao a comprar víveres. Al regresar, el agua había hecho caso, seguía su rumbo hacia el Lerma, así que el nivel de la inundación comenzó a bajar, pero el destrozo ya estaba hecho. Después se supo que unos grandes tanques que se iban a instalar en una estación de gasolina, fueron llevados por la corriente como arietes y derribaron casas de ladrillo. Las casas de adobe, viejas construcciones, se reblandecieron y cedieron a sus años de antigüedad.



Mucha gente murió, nunca se supo cuánta. Se dieron diferentes cifras, como acostumbra los políticos. Cada familia, cada persona podrá contar diferentes historias, una de éstas es la de mi amigo Wilfrido Soto, quien pasó la noche asido a un poste en el boulevard Díaz Ordaz, para no ser arrastrado por la fuerte corriente.

Después de la inundación, era hora de limpiar, de levantar la cabeza y recomenzar. En casa, mi madre tenía una vajilla vieja, algo abundante en platos, platitos, copas, tazones que hubo que limpiar, pues tenían un lodo pegajoso; después de horas de batallar y limpiar la vajilla, me rendí y preferí ir a cambiar el aceite a los carros que sufrieron el acoso del

agua, porque “me dolía el coxis de estar sentado lavando”.

A unos cuantos días, llegó el presidente de la República, con su esposa que se puso a barrer una calle, para la foto, por supuesto. Después, los grandes camiones cocina del Ejército repartieron comida a los desamparados. También se entregó ropa a los damnificados; una anécdota que circula en la ciudad asegura que el gran comediante Mario Moreno “Cantinflas” mandó un camión con víveres y ropa, pero no lo dejaron pasar (no sé si esto fue cierto o no). También existieron comentarios que aseguraban que se había asignado una cantidad fuerte de dinero para reconstruir la ciudad de Irapuato, pero como siempre pasa a nuestra po-

blación, una catástrofe similar había acontecido en la ciudad de Puebla y esos recursos se canalizaron en gran cuantía para allá.

El año 1973 fue así para mi familia. Nunca lo podremos olvidar, ahora, ya más grandes, vemos ese largo trajinar del tiempo, nos acordamos de todo lo que sucedió. Fue un año triste, pero no nos venció, nosotros pudimos vencer la adversidad.

Irapuato se enfrentó a una dura realidad. Tenía que unir esfuerzos y salir adelante. Todos teníamos que levantar la cabeza y mirar al futuro. Tenía que emerger con fuerza nuestra población. Hoy día debemos trabajar para tener un pueblo que sea cooperativo, amante de

Irapuato. Aquí estamos, aquí vivimos, debemos de dar amor a nuestra gran ciudad.



Imagen 2. Óscar Vazzini (q.e.p.d.), hermano mayor del autor de este texto.

No era melón ni sandía, era el padre Limón

Francisco Guerra Hernández

Mi nombre es Francisco Guerra Hernández, en el año de 1973 era sacristán en la parroquia del Espíritu Santo, popularmente conocida como “las criptas”, la cual está ubicada en la colonia La Moderna. En este pequeño texto cuento los hechos que yo, algunos compañeros que trabajábamos en el citado templo y el padre Eduardo Limón Guzmán (q.e.p.d.) vivimos aquel 18 de agosto, durante la inundación de Irapuato.

Recuerdo que el agua llegó a la colonia

La Moderna entre la 1:30 y las 2:00 de la tarde, en ese momento estábamos en el templo mi compañero Francisco Hernández, quien era el notario de la parroquia, y yo, como pudimos, comenzamos a poner a salvo los libros de la notaría parroquial, algunos ornamentos y los misales, a pesar de nuestros esfuerzos, no pudimos rescatarlo todo. Mientras salvábamos los objetos y libros más importantes, el líquido comenzó a penetrar en las criptas, a través de unas ventanas, muy pronto esa área comenzó a parecer una enorme alberca, después de un tiempo fue cubierta totalmente por el agua.

La inundación fue aumentando, después de tapar las criptas el agua comenzó a cubrir el templo. En esos momentos llegaron a la pa-

rruquia unos compañeros catequistas, como Francisco Morales, y algunos muchachos, entre ellos Francisco Castro, en busca de refugio, nos resguardamos todos en la parte alta del templo, éramos unas 25 personas, como luego dicen nos sentíamos con el agua hasta el cuello. Cabe señalar que cuando inició la inundación no se encontraba con nosotros el presbítero Eduardo Limón Guzmán, quien era párroco de “las criptas” desde el 1º de septiembre de 1971, pues él había ido a León, Guanajuato, a una reunión de sacerdotes. De repente, el padre Limón apareció, no sabemos cómo sucedió y nadie se dio cuenta cómo hizo para llegar, hay que decir que en ese instante el agua ya alcanzaba unos dos metros de altura.

En el transcurso de la tarde de aquel 18 de agosto, vimos pasar una gallina ahogada, mi compañero Francisco Castro se bajó para agarrarla, con ella preparamos un caldo, todos los que estábamos refugiados en el templo recibimos una taza, acordamos que la carne se la dejaríamos al padre, a su mamá Remedios Guzmán y a su hermana Imelda Limón Guzmán. Un poco después, entre las 5:00 y las 6:00 p.m., empezó una llovizna, de esa que llamamos “chipichipi”.



Imagen 1. A la izquierda el señor Francisco Castro, al centro la señora María de Jesús y a la derecha el señor Francisco Guerra Hernández, protagonista de esta historia.

Esa misma tarde, el agua comenzó a abrir algunas puertas de las casas de la colonia La Moderna, así que empezaron a salir los muebles y muchas cosas más. En el caso de la parroquia del Espíritu Santo, la corriente se llevó unas bancas del templo; esto no se pudo evitar, pues las puertas de la iglesia no se pudieron cerrar debido a la fuerza que llevaba el agua. En aquellos momentos el padre Limón nos pedía que no nos fuéramos del lugar, pues era muy peligroso, por la altura y la corriente que llevaba el agua, al menos dos personas ignoraron su comentario y se marcharon, lo que preocupó mucho al sacerdote.





Imagen 2. De camiseta y short, el niño Adolfo, acólito del templo del Espíritu Santo; a un lado el señor Francisco Guerra Hernández; de camisa y pantalón, el sacerdote Genaro; a su lado, Juan Antonio y Miguel Guerra Hernández, hermanos del autor de esta historia.

Al día siguiente, domingo 19 de agosto, desayunamos un pedazo de pan y un té. Ya que había bajado un poco el nivel del agua, el padre Limón, deseoso de ayudar a su feligresía, tomó la decisión de ir a la vecina ciudad de León, para conseguir víveres, también aprovechó para dejar ahí a su mamá y hermana. Yo también aproveché el momento para ir a mi casa, en aquel entonces vivía en la calle La Paz, para saber cómo estaba mi familia. Al llegar a mi hogar encontré que todos estaban bien, estuve con ellos un rato y después me regresé al templo, con mis compañeros que se habían quedado ahí.

Tres días después de la inundación, cuando ya había bajado totalmente el nivel del agua,

mi compañero Francisco Hernández, el notario de la parroquia, me dijo que yo sería el cocinero, que tenía que preparar diariamente la comida para 20 o 25 personas, yo le dije que no sabía cocinar, que nunca lo había hecho en mi vida, él me replicó que el padre Limón así lo había dispuesto; y así, sin tener ninguna experiencia previa, estuve cocinando más de un mes.

Para finalizar mi relato sobre la inundación de Irapuato de 1973, cuento un caso curioso que pasó en casa de mi padre, el señor Adalberto Guerra Rodríguez. Él tenía una marrana muy grande, que estaba por tener cría, ante la llegada del agua, el animalito se refugió en un montón de escombros que había en el hogar de mi papá, ahí pasó los tres días la pobre cerdita,

parada, sin dormir, beber ni comer. Y así fue como la marrana se salvó a sí misma y a sus marranitos que estaban por nacer, para mí esto fue un milagro de Dios.



Imagen 3. En la parte de abajo, en la tercera posición derecha a izquierda, el señor Francisco Guerra Hernández, protagonista de esta historia. Imagen tomada el día de su graduación de la escuela Amado Nervo.



Farmacia Independencia

Federico Vargas Somoza

En 1973 yo tenía 13 años, mi papá José Vargas Acosta, “don Pepe”, recién acababa de inaugurar su propio negocio, su Farmacia Independencia, la cual estaba ubicada allá por la colonia Miguel Hidalgo y, con el entusiasmo que despierta todo nuevo emprendimiento, toda la familia nos encontrábamos emocionados.

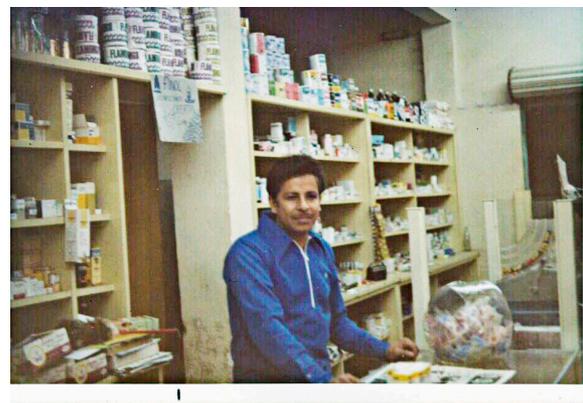


Imagen 1. El señor José Vargas Acosta “don Pepe” en la Farmacia Independencia.

Recuerdo muy bien que ese 18 de agosto de 1973, temprano por la mañana, sonó el teléfono de casa —en aquellos entonces no existían los ahora tan famosos celulares— y contestó mi mamá Alicia Somoza. Era mi padrino de bautizo, el compadre Zepeda, él era bombero voluntario y se comunicó para decirnos que to-

máramos precauciones, pues les habían llamado para que fueran hacia la presa El Conejo y existían muchas probabilidades de que ésta se reventara.

Mi mamá le marcó a mi papá para compartirle la noticia, él le contestó que no se preocupara, que seguramente no subiría mucho el agua si se reventaba la presa y que, a lo mejor, ni siquiera llegaría el agua hasta donde se localizaba nuestra casa. En 1973 vivíamos en la calle Roble, del fraccionamiento Jardines de Irapuato, en una vivienda de dos pisos, construida a gusto y diseño de mi papá —bueno, al menos eso decía él—. En aquel entonces, justo frente a nuestro hogar, nomás atravesando la calle, sobrevivía el cauce del río Silao.



Imagen 2. El señor José Vargas Acosta y la señora Alicia Somoza, fotografía tomada en agosto de 1973.

En la mañana de aquel 18 de agosto, vimos que las personas iban hacia la presa para ver cómo estaba el agua y, alrededor de las 12 del día, comenzaron a regresar a la ciudad, corrían desesperadamente y gritaban “*¡viene el agua,*



ái viene el agua”, y sí, detrás de ellos venía el agua a toda velocidad. Nosotros pensamos que el viejo cauce del río desviaría la corriente y que no habría mayor problema, pero no, en cuestión de segundos vimos cómo el viejo río comenzaba a llenarse nuevamente de agua, después ésta invadió la banquetta y subió de nivel de manera impresionante.

Cuando el agua rebasó el metro de altura, mi mamá nos dijo que nos iríamos a la casa de una de las vecinas, ella y nosotros 5 —mis hermanas Yolanda, Georgina, Martha Alicia, mi hermano Enrique y yo— caminamos por el agua, nos fuimos a la casa de la familia Marcocchio —vecinos y compadres de mis papás—; para ese entonces la línea te-

lefónica estaba *muerta* y no había manera de comunicarnos con mi papá que, supusimos, se encontraba atrapado en la farmacia.

Los vecinos y nosotros, todos hechos bola, pasamos esa interminable noche con la angustia de no saber de mi papá, sin luz, sin agua —bueno, sin agua para tomar, porque había mucha llegando desde la presa—. Medio dormimos aquella noche, al otro día, la mañana del 19 de agosto, ya había bajado prácticamente toda el agua de la casa de nuestra vecina y, al salir a la calle, nos dimos cuenta que también en nuestro hogar ya había descendido el nivel de la inundación.

Cuando regresamos a nuestra casa todo

era desilusión y desconcierto, la planta baja estaba llena de lodo, los muebles inservibles y no teníamos agua ni comida. Fue por eso que algunos de mis amiguillos y vecinos nos organizamos y dijimos “*vamos a la Comercial Mexicana a comprar algo, de seguro ya está abierto*”, así fue como Fernando Aguilar, su hermano René Aguilar “el Gordo”, Odilio Marcocchio, Alfredo Marcocchio y yo nos lanzamos atravesando los entonces lotes baldíos que separaban nuestras casas de esa tienda de autoservicio.

Al llegar, obvio, la tienda estaba cerrada pero con la mayoría de los empleados dentro, atrapados, como muchos más, por las aguas del día anterior. Los adultos, que ya se arremolinaban en las puertas de vidrio de la “Comer”,

pedían que nos vendieran algo de víveres pero el gerente de la tienda decía que no, al pasar los minutos, los ánimos se fueron caldeando y los que estábamos afuera amenazábamos con romper los vidrios y pasar a tomar algo; fue de esta manera que el personal de la tienda accedió a comenzar a repartir algunos productos, por lo que nos formamos y regresamos muy triunfantes a nuestras casas con el *botín* obtenido.

Como a eso de las 12:00 del día vimos llegar a mi papá a casa, venía todo mojado, cargando una caja al hombro en la cual traía refrescos y papas que había logrado rescatar de la farmacia. Nos platicó que, al comenzar a subir el agua en su negocio, bajó las cortinas y se subió a la parte alta de los anaqueles, pero que



le empezó a dar miedo, pues estaba encerrado y solo, y si el agua continuaba subiendo podría ahogarse. Para su buena fortuna, sus vecinos y renteros se habían dado cuenta de que estaba encerrado allí y dos de los hijos grandes de don Faustino y doña Ángela Saavedra salieron a auxiliarlo, levantaron una de las cortinas y lo ayudaron a salir de la farmacia. Una vez fuera, volvieron a bajar la cortina y se llevaron a mi papá hasta su casa que, afortunadamente, se localizaba en la parte alta de la propiedad, allí pasó la noche con toda la familia Saavedra.

El día 19, ya con el agua más baja, agradeció la ayuda y hospitalidad brindada, salió hacia la farmacia de donde tomó algunos refrescos, papas y golosinas, los puso en una caja

y comenzó a caminar con rumbo a la casa. Nos comentó que fue un trayecto largo y accidentado pues en más de una ocasión había caído en una alcantarilla sin tapa, que no se veían pues, en muchas partes el agua aún le llegaba casi a la cintura, pero eso no le impidió llegar con nosotros, su familia.

Tras una ardua labor de limpieza de la casa, y después de la Farmacia Independencia, poco a poco fue regresando todo a la normalidad y agradezco la fortaleza y entereza de mis padres para salir adelante después de tan difícil situación vivida en ese entonces.

Hoy, mis hermanos y yo vivimos por nuestra cuenta, cada quien con nuestras fami-

lias, mis padres desafortunadamente ya no viven, pero siempre recordábamos la experiencia que pasamos en esa inundación de 1973, cómo salimos adelante y nos hizo ser quiénes somos ahora.



Imagen 3. La familia Vargas Somoza, fotografía tomada en 1971.



Dios me cuidó de no morir aplastado ni ahogado

Juan José López Luna

De niño viví en la plaza de toros Revolución, donde hoy está la capilla, de ahí que desde una tierna edad me gustó la fiesta brava. Me escapé de mi hogar después de que cumplí los 11 años de edad, porque sentía que no me querían y me golpeaban, fui a dar con una familia rica de la colonia La Moderna, la cual verbalmente me adoptó. De no tener muchas veces qué comer o buscar con mis hermanos sobras en la basura, ahora tenía todo. Mi padrino, Jorge García

Calleros, quien me adoptó, era médico militar, debido a su trabajo nos tuvimos que mudar a Mazatlán, esto fue en el año de 1971.

Recuerdo que días antes del 18 de agosto de 1973, nos llegaron hasta Mazatlán noticias de una posible inundación en Irapuato, pues en la ciudad, y en todo el estado de Guanajuato, estaba lloviendo mucho y las presas estaban a punto de reventar. La casa que mi familia y yo teníamos en tierras freseras estaba sola, así que mis padrinos decidieron venir a ver lo que pasaba; el 17 de agosto, muy tempranito, nos venimos al Bajío, llegamos casi al anochecer. En nuestro trayecto nos dimos cuenta de que había agua por todos lados: los campos de cultivo estaban inundados, lo mismo pasaba en las

orillas de la carretera.

El sábado 18 de agosto por la mañana estuvimos escuchando la radio, todas las estaciones pedían calma pero al mismo tiempo solicitaban que la gente estuviera alerta, pues unas presas se habían reventado. Por la premura del tiempo, mi familia no había comprado algo para comer, no teníamos nada almacenado. Mi madrina, la señora Serafina Gracida, presentía algo y nos dijo que subiéramos muebles y cosas de valor al segundo piso, pero mi padrino se negaba alegando que el agua jamás entraría a la casa. En eso estábamos cuando llegaron de visita Jorge García Gracida, hijo de mis padrinos, quien iba acompañado con su esposa Lulú y su bebé, y con una cuñada llamada Gloria y sus

dos pequeños hijos.

Ya para el medio día de aquel 18 de agosto, los vecinos de la colonia estaban muy alborotados, unos se fueron de sus casas y otros se encerraron, pues ya se temía la inundación. Como mi padrino era teniente del Ejército mexicano, habló a la Policía y preguntó: *“Oficial, ¿qué hay de cierto que se reventaron las presas y se va a inundar Irapuato?”* La respuesta fue: *“No mi jefe, ¿ha visto usted cómo llega el agua arribita de la banqueta cuando llueve mucho? Pues así va a ser, no hay peligro”*. La respuesta nos dio confianza, nos fuimos todos a la terraza para ver cómo entraba el agua, pues en la calle pasaba gente gritando que ya llegaba.





Imagen 1. El señor Juan José López Luna, vestido de torero, es acompañado por sus padres María Loreto Luna y Pablo López Juárez, sus hermanos Luz, Rosy, Ceci, Laura, Manuel y José Loreto, además de su primo Mario Ramírez. Fotografía tomada en la plaza de toros Revolución, en el año de 1974.

Era como la 1 de la tarde y vimos que por el boulevard Lázaro Cárdenas y la calle Francisco Sarabia llegaba el agua, comenzó todo como un pequeño río y en un tris los chasqui-

dos fueron arreciando y subió el nivel a más de un metro, ante el asombro de vecinos y de nosotros, porque en la vida habíamos visto algo igual. Para colmo, Jorge tuvo que irse nadando hacia la carretera porque tenía que llegar al Colegio Militar, en la Ciudad de México, donde era cadete; dejó su carro Impala estacionado arriba de la banqueta, pero al poco tiempo la fuerza del agua mecía al auto como si fuera un barco de papel y ya casi se lo llevaba; en ese momento, sin medir el peligro, me descolgué con una reata y como pude amarré el vehículo de la llanta trasera y lo salvé, aunque perdí un zapato.

Entre las 4 y 5 de la tarde, la furia de la corriente derribó puertas y portones de las

casas, así que estuvimos viendo asombrados cómo pasaban flotando muebles y otros objetos que salieron de las viviendas. Llegada la noche nos dimos cuenta que casi no teníamos agua en el garrafón, ni leche ni comida, nada, lo poco que había en el refrigerador se perdió, los bebés lloraban de hambre y sólo había unas galletas para todos; yo no quise lo que me tocaba pues, como los toreros, podía estar días sin comer. Toda la madrugada de aquel día escuché como el agua golpeaba las paredes, parecía un rugido.



Imagen 2. El señor Juan José López Luna, protagonista de esta historia. La fotografía fue tomada en el año de 1974.



Al día siguiente, domingo 19 de agosto, vimos que el nivel del agua bajó un poco, así que les dije a mis padrinos que iba a salir para buscar comida y leche para los niños; *“Estás loco hijo, te puede pasar algo, es muy peligroso”*, me dijeron todos, pero yo muy valiente, y también muy inconsciente, y viendo que mi padrino era grande de edad, me puse el dinero en una bolsita de plástico, me armé con un palo de escoba y con un pie descalzo me fui a buscar comida. Para cruzar las calles, ponía el palo contra a la corriente para que no me llevara, pues aún era fuerte y me llegaba al pecho (era yo chaparrito). Salí de la calle Concordia, llegué a Francisco Sarabia, fui cuidándome de no caer en alguna alcantarilla; arribé hasta Francisco de Sixtos,

donde tuve mi primera prueba: evitar que la corriente me tumbara y me ahogara, Dios me cuidó y pude cruzar la calle; llegué a Eduardo M. Vargas, ahí vi casas con los portones abiertos y cosas flotando, pero sin gente; después de un tiempo y mucho esfuerzo, pude llegar a Castillo Bretón, pero ahí la cosa estaba muy fea: por lo ancho de la calle la corriente era muy fuerte, de uno y otro lado de esa vía había señores y muchachos que querían cruzar con cuerdas, pero ni así se podía pasar, entonces a mí se me ocurrió irme casi hasta la esquina del boulevard Lázaro Cárdenas (para lograrlo me fui colgando de barandales y ventanas) para de allí dejar que la corriente me empujara, pero al mismo tiempo usé el palo de escoba para aventarme

a la izquierda y así poder brincar al otro lado, lo logré. Llegué a la tienda de don Octaviano, ubicada en la esquina de Francisco Sarabia y La Paz (misma que aún existe); había mucha gente queriendo llevarse la mercancía que flotaba en el agua, pude comprar algunas galletas, pan Bimbo, atunes, leche y una sardina. Me amarré a la cintura la bolsa con la comida, para regresar a mi hogar volví a hacer la misma operación: que la corriente me aventara y yo con el palo de escoba me empujaba para llegar al lugar que deseaba; en cada calle hice lo mismo hasta que arribé a la casa, cuando mi madrina me vio casi lloraba de gusto, pues tenía mucho miedo que me ahogara, dado que ni siquiera sabía nadar (hasta la fecha no sé), para los demás

era en ese momento un héroe.

Ya por la tarde, como a las seis, cuando el nivel del agua bajó mucho, Lulú y Gloria resolvieron irse con sus niños a casa de sus padres, en la calle Bolívar, tomaron esa decisión porque no había alimentos y estaban muy asustadas y preocupadas por sus familias; mis padrinos me pidieron que las llevara, así lo hice.

Para ese momento mucha gente salió de sus casas, para ver qué pasaba, otros a buscar comida y agua, unos más querían llegar con sus familiares, y algunos miraban desde los techos de las fincas, pero todos estaban confundidos por la tragedia. Cuando llegamos a la esquina de avenida Guerrero y Francisco Sarabia, el



agua nos llegaba arriba de la cintura y había mucha gente que iba y venía cargando cosas, otros buscaban sacar o comprar víveres en la tienda Blanco, mientras unos muchachos jugaban a los clavados, sin importarles que de la gasolinera saliera el agua con aceite o gasolina.

Al acercarnos a la calle Bolívar sentimos que estaba muy honda el agua, así que mejor tomamos camino por el templo de Los Dolores (ubicado en la esquina de las calles Francisco Márquez y Vicente Suárez) donde las banquetas eran muy altas y había más chance de llegar a Bolívar por la calle Niños Héroe. En ese sitio había muchos escombros de casas de adobe que se había caído por la inundación, recuerdo que nos resultaba muy difícil caminar, sobre todo

a las mujeres porque llevaban a sus bebés. Por el mencionado lugar nos ocurrió lo siguiente: oímos un estruendo detrás de nosotros, apenas pudimos echar el cuerpo hacia adelante, el ruido fue provocado por el derrumbe de la fachada de una vivienda, que era una enorme pared de adobe, para nosotros fue algo impresionante, milagrosamente apenas nos rozó, Dios quiso que no nos aplastara, la gente que estaba en aquel sitio se asustó mucho, varios señores y muchachos vinieron a ver si estábamos heridos, y luego, cuando les dijimos que íbamos a Bolívar, nos dijeron que mejor nos regresáramos porque adelante estaba peor la cosa: el nivel del agua estaba alto y las casas se estaban cayendo, así que con cuerdas nos ayudaron a regre-

sar hasta Guerrero, para ese momento el cielo estaba negruzco y comenzaba a llover, todo el camino era lodo, escombros y agua. Fue algo muy triste para unos y doloroso para otros, pero para muchos más fue una tragedia. A 50 años de distancia, estoy convencido de que todo el tiempo Dios me cuidó y evitó que me llevara la corriente, no sabía nadar, así que era muy fácil que hubiera muerto ahogado, como mucha gente que no sobrevivió a aquella catástrofe.



Imagen 3. El señor Juan José López Luna con sus hermanos José, Rosa, Luz, Cecilia, J. Loreto, Pablo, Manuel y Laura, y el tío Manuel Luna, fotografía tomada en el año de 1972.



Aquellos largos días de agosto de 1973

Vianney Alejandra Pérez Aguilera

Mi nombre es Herón Aguilera Escobar, actualmente cuento con 71 años de edad, a través de este texto relato mi experiencia en la inundación que sucedió en Irapuato el 18 de agosto de 1973, hecho que marcó mi vida, puedo decir que fue un antes y después para mí y las personas que me rodeaban, al igual que para todos los irapuatenses.

Recuerdo que un día antes de aquel acontecimiento, se corrió la voz de que la presa de

La Gavia y algunas otras se habían desbordado, el temor creció entre la población, pero considero que nadie imaginó la magnitud que tendría la inundación.

En la época que sucedió este hecho histórico, yo laboraba en la Comercial Mexicana. El 18 de agosto llegué a trabajar a las 8:00 de la mañana, pasaron las horas, de pronto, las vías del tren, ubicadas detrás de la tienda nos estaban sirviendo como represa, pues por unos minutos detuvo el agua. Salí varias veces del establecimiento, para monitorear cómo iba subiendo el nivel atrás de las vías, en la tercera vuelta me percaté de que el agua ya rebasaba la vía, regresé a la Comercial, me dirigí con mi gerente, llamado Miguel Tejeda, y le comenté

lo que estaba sucediendo, le pedí indicaciones para el caso, él simplemente me respondió: *“quiero puros voluntarios”*, inmediatamente pensé en mi familia y me retiré del lugar, agarré mi bicicleta, literalmente, el agua venía detrás de mí. Llegué al barrio de la Salud, pues en la calle Cuatro Vientos vivían mis suegros, don Fidencio Hernández y Consuelo Rangel, les dije: *“Suban lo que puedan, ahí viene el agua”*, lamentablemente no me creyeron, e incluso mi suegro me insultó diciéndome: *“A parte de borracho, ahora hasta marihuano, el agua que venga, me la tomo toda”*.

Después de lo anterior, simplemente tomé mi bicicleta y me dirigí a la colonia Miguel Hidalgo, lugar en donde vivo desde que

tengo memoria, incluso cuando aún era ejido de San Antonio, mi hogar se encuentra en la calle Jalapa. En aquel entonces mi casa era de una planta, con techo de loza, empecé a subir todo lo que pude, y lo que no sólo lo puse en lugares altos. Mi hermana María Asunción también me tachó de mentiroso, simplemente no me creyeron cuando les dije que Irapuato se estaba inundando.

Ya por la tarde, mi familia (integrada por mi esposa Estela Hernández, mi papá Aldegundo Aguilera, mi mamá Mercedes Escobar, al igual que mi hermana Chona junto con su hijo Juan Manuel, quien estaba recién nacido) también se subió conmigo a la azotea, pues el nivel del agua llegó aproximadamente al me-



tro y cuarenta centímetros, cabe apuntar que en la calle Cuatro Vientos, donde vivían mis suegros, la inundación rebasó los tres metros de altura. La noche del 18 de agosto fue terrible, no pudimos dormir porque comenzó a llover. La corriente llevaba palos, animales y, seguramente, cuerpos humanos.



Imagen 1. El señor Herón Aguilera Escobar y su esposa, la señora Estela Hernández, fotografía tomada ca. 1981.

Al día siguiente, domingo 19 de agosto, el agua dejó de correr un poco. En esos momentos, una vaca se detuvo cerca de mi casa, le gritamos a un vecino que la amarrara, lo cual hizo, esa fue nuestra comida. También recuerdo que al lado de mi hogar había un baldío, en el cual crecía una higuera; en ese sitio vimos un puerquito, me metí a rescatarlo, la verdad, no fue fácil. Contrario a lo sucedido con la vaca, no nos lo comimos, lo adoptamos, el animalito creció y le tomamos gran cariño. Cabe señalar que la vaca y el chanchito no fueron los únicos animales que vimos pasar por mi vivienda, también pasó una becerrita, pero no pude agarrarla, pues se movió y me arrastró, me di cuenta de que estaba en peligro así que mejor la dejé ir.

De pronto, se comenzó a correr la voz, de vecino en vecino, que cerca de la Secundaria Técnica #5 había llegado un tráiler de CONASUPO, en donde estaban vendiendo productos a precios muy módicos (cabe señalar que el agua no subió tanto en esa parte del municipio). De regreso a la casa, cerca de una cervecería andaban nadando cervezas, y yo tomé algunas.

Al tercer día, me reporté en mi centro de trabajo, recuerdo que el agua aún me llegaba a la cintura, me recibieron con una despensa, y los días subsecuentes también hubo gran apoyo alimenticio para los trabajadores. Aproximadamente 15 días después, logramos abrir la tienda Comercial Mexicana, sacamos de ahí mucho lodo y los productos que ya no servían.

Para finalizar, puedo decir que aquellos días fueron complicados para mí y mi familia, sin embargo, hubo personas que sufrieron más que nosotros, pues perdieron cosas materiales y a sus seres queridos. Se sabe que no ha sido la primera vez que ocurren este tipo de desastres en nuestra ciudad, pero yo creo que sí es uno de los más recordados. Esperemos que Irapuato no vuelva a estar sumergido como aquellos largos días de agosto de 1973.

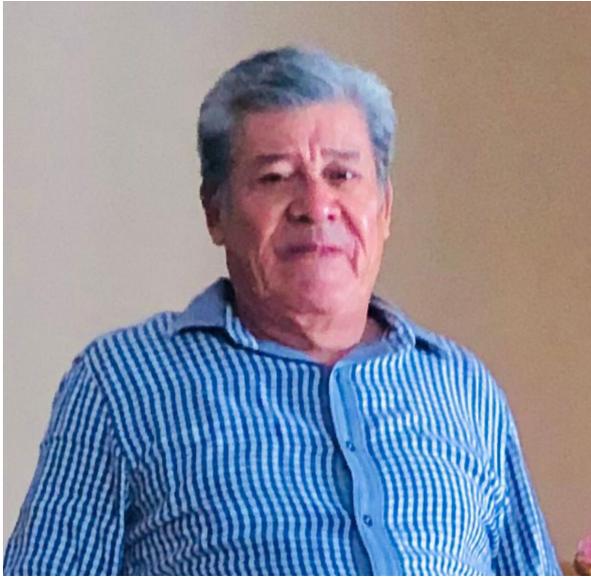


Imagen 2. El señor Herón Aguilera Escobar, protagonista de esta historia.

La Ferretería Insurgentes

Nidia Ponce García

El 18 de agosto 1973, mi papá Juvencio Ponce y yo llegamos a abrir el negocio familiar, llamado Ferretería Insurgentes, el cual estaba ubicado en la esquina que forman la calle Hidalgo y la calzada Insurgentes. Recuerdo que ese día nos llegó un pedido de cemento, cal y yeso, el cual comenzamos a surtir; tiempo después, mi padre escuchó el rumor de que iba a ver una inundación, él se preocupó mucho y comenzó a preparar un atado de láminas de cartón, la cual tomó y me dijo: *“Ahorita vengo, voy a*

la casa”, en aquel tiempo vivíamos en la calle Laguna, en el fraccionamiento Las Rosas.

Yo me quedé en la ferretería, me acompañaba un empleado, llamado Marcelino. De repente, comenzó a llegar mucha gente al negocio, pedían cemento y cal, tanto suelta como en bulto, Marcelino y yo nos pusimos a despachar; mientras entregábamos los productos, escuchamos que los clientes decían que habría una inundación, yo no pensé que fuera a ser tan grande, estaba acostumbrada a que el nivel del agua subiera bastante en la calzada Insurgentes, en esos momentos poníamos en las puertas de la ferretería unas maderas para que no se metiera el agua y no pasaba nada. Despachamos hasta que se terminó el cemento; a pesar de que

le decíamos a las personas que ya no teníamos material para vender, éstas seguían ahí y pedían el citado producto; así que le dije a Marcelino: “*ya cierra, ya se acabó el cemento*”, empezamos a cerrar y a poner las aldabas.

Ya cerrada la ferretería, me quité el mandil que usaba para trabajar, agarré el dinero de la venta y tomé la decisión de irme a mi casa, pues mi papá no había regresado y no podía comunicarme con él, pues no teníamos teléfono.

Paré un taxi y le dije al conductor que me llevara a Las Rosas, me contestó: “*No niña, ¿a qué va para allá? Ya está inundado y ya no podemos entrar, mejor quédese aquí*”, le pedí por favor que me llevara hasta donde pudiera,

pues tenía que ir con mi papá; tomamos camino, afortunadamente, alcanzó a llevarme hasta mi casa. Cuando llegué el agua estaba arribando a la calle donde vivía, recuerdo que la inundación entró como si aventaran una cubeta de agua por la calle. Mi papá estaba muy angustiado porque no llegaba a nuestro hogar, en cuanto lo vi le entregué el mandil con el dinero de la venta del día y le conté lo que había pasado en la ferretería, él se tranquilizó un poco y me dijo que había hecho un techo de láminas de cartón en la azotea, para resguardar el refrigerador, la estufa, algunas camas, la sala y ropa. Después, mi papá tomó leche, pan y algo más de comida, me dijo que me subiera al carro, en el cual estaba el resto de nuestra familia.

Estábamos en la plática cuando un vecino, llamado Armando Petez, quien trabajaba en el ferrocarril, le dijo a mi papá que nos fuéramos rápido a la estación del tren; le hicimos caso, nos fuimos en el auto (el cual resguardamos en el citado lugar), nos fuimos a la cancha del ferrocarril, ahí subimos a las gradas. Aquel 18 de agosto, iba a ver una fiesta en la estación, así que había refrescos y un pastel, pero el vigilante no permitió que se tomara nada. El tiempo pasó y la inundación arreció, por las ventanas vimos pasar coches, una pipa, animales muertos, muebles y muchos otros objetos que eran arrastrados por la corriente, la cual era muy fuerte.

En las gradas de la cancha del ferrocarril

pasamos la noche mi papá, mi mamá Yolanda García Flores, y mis hermanos Araceli, Leticia, Lupita, Adriana, Yolanda, Juvencio, Patricia, Alejandro y Juan Carlos; también recuerdo que en el lugar estaban nuestros vecinos, la familia Gutiérrez. En el citado sitio llegaron hombres, mujeres y niños para resguardarse, recuerdo que todos llegaban mojados, con frío y muy asustados. En cierto momento se apagó la luz y los más pequeños comenzaron a llorar, por el miedo que sintieron, además del frío y el hambre que tenían, para calmarlos, los mayores tomaron y repartieron el pastel y los refrescos que estaban para la fiesta.

Permanecimos en la cancha del ferrocarril hasta que bajó el agua y nos pudimos ir para

nuestra casa, cuando llegamos encontramos nuestro hogar lleno de lodo, los muebles que no subió mi papá a la azotea estaban destruidos. Gracias a la marca que dejó el agua, pudimos ver que ésta casi llegó hasta el techo de nuestra vivienda, fue muy triste ver todo esto. Nos pusimos a limpiar el lodo, para hacerlo tomábamos un poco de agua de un chorrillo que salía de un baldío. Después, un tío, llamado Alfonso García, llegó de Veracruz y nos trajo comida; posteriormente, unas personas nos regalaron unas camas. Lamentablemente, nuestros vecinos perdieron todo, mi papá les advirtió que subieran sus cosas, pero ellos replicaron que no pasaba nada.

Días después de la inundación, pasaban camionetas que traían atún, sardinas, galletas y varias latas de alimentos, todo lo cual era repartido a los damnificados; de igual forma hubo algunas personas que regalaban ropa y zapatos.

La menudería de los Bomberos

Marcela Lara Villareal y Dolores Lara Villareal

Parecía un sábado normal de trabajo, de pronto se escuchó un grito: “¡*mamá, mete la olla que hay viene el agua!*” fue entonces que mi madre, María Villareal García, a quien todos conocían como “la señora Mary”, corrió a la estación de bomberos, la cual se encontraba a sólo unos metros. “¡*No señora, no se preocupe! esa agua no nos va a llegar ni a los talones*”, fue lo que le contestaron. Sin embargo, en ese momento mucha gente pasaba apresurada, otros corrían

como si huyeran de algo, también se escuchaban gritos y murmullos.

Poco después, en el interior de las casas comenzó a salir el agua a borbotones por las coladeras; enseguida la corriente entró con toda su fuerza y sin piedad por las calles Casimiro Liceaga, Juan Cano y General Anaya (hoy avenida Torres Landa). Ante la inminente inundación, doña Mary y sus hijos, usaron una escalera improvisada para subir al techo y ponerse a salvo, llevaron con ellos algunas mesas y la olla del menudo, que se había preparado para la venta del día. No mucho antes de la inundación, mi mamá acababa de comprar un carga de carbón, la cual se la vendió un señor de una camioneta de redilas; recuerdo que mi hermano



Ricardo se aventó al agua y nos pasaba las piedras de carbón, las cuales usamos para prender fuego en el bracero.

Durante la tarde de aquel 18 de agosto de 1973, doña Mary y sus hijos vieron pasar arrastrados por la corriente del agua: refrigeradores, muebles, estufas, ropa, trastes de cocina, carbón y madera (muy usados en ese entonces para cocinar), animalitos, así como los pocos bienes y sueños de la gente, fue lo que el agua se llevó. Entre los animales que vimos pasar estuvieron unos puercos que se había ahogado, mi hermano Ricardo se lanzó al agua y agarró uno de ellos; nadando contra la corriente, logró llevarlo a nuestra casa, el cual nos lo comimos.

Por si no fuera suficiente, la lluvia no dejó de caer sobre el ya mojado pueblo de Irapuato; además, la falta de luz eléctrica hizo que la gente estuviera totalmente a oscuras. En medio de aquella penumbra hubo mucha incertidumbre y tristeza, la cual era provocada por el ruido que generaban las casas vecinas que se caían a pedazos.

Por la mañana del 19 de agosto, despertamos en medio del agua; de techo a techo los vecinos comentábamos como había desaparecido tal o cual casa. Comenzó a llegar la ayuda por medio del Ejército mexicano, sus miembros se trasladaron en lanchas de motor para apoyar a los damnificados; la gente también dio muestras de solidaridad: al puro y característico

estilo mexicano, algunas personas comenzaron a amarrar cuerdas de un poste a otro, para que hombres y mujeres pudieran moverse a través del agua.

Cuando la inundación bajó, la gente de Barrio Nuevo recibió ayuda que se ofrecía en la estación de bomberos, ahí nos dieron comida y algo de ropa seca. Después del desastre vino la limpieza, pues las casas estaban llenas de lodo pestilente (olía como a drenaje), el cual era necesario sacar con palas a la calle para que una tolva se lo llevara.

Días después de la catástrofe, llegó, en una visita algo improvisada, el presidente Luis Echeverría, pasó por las zonas dañadas de

Irapuato. A partir de ese momento se comenzó a brindar atención médica a la gente, ya que muchos tenían padecimientos en sus ojos y en la piel.

La inundación de 1973 fue un duro golpe para las familias irapuatenses, muchas tuvieron que comenzar desde cero, pues lo perdieron todo.

Las mujeres de Irapuato se vestirán con ropa fina

Ana Leticia Paul Headley

Agosto 18 de 1973, tenía 20 años de edad. Recuerdo que era sábado y en Irapuato amanecimos con un rumor de inundación, pero no había certeza alguna de que esto fuera a suceder. Corría la mañana, alrededor de las de las diez sonó el teléfono, era Bertha Martínez Flores, una amistad de la familia, quien nos dijo que su cuñado Enrique Cervantes Aguirre, quien décadas más tarde fue titular de la Secretaría de la Defensa Nacional, le acababa de marcar

para comunicarle que se preparara con suficientes víveres porque iban a dinamitar la carretera para evitar que se dañaran uno plantíos (más adelante se rumoró que eran de mariguana). Después de colgar el teléfono y teniendo la certeza de la información que me acababan de compartir, me dispuse a recaudar en la casa bastante comida que no fuera percedera.

Recuerdo que hombres, mujeres y niños caminaban con dirección al ahora estadio Sergio León Chávez, porque se pensaba que por ese lugar iba a entra el agua, y así fue. Escuché que el líquido empezó a entrar a Irapuato alrededor de la una y treinta de la tarde, para las seis el agua ya estaba en el centro de la ciudad. Considero que ese día ese cometieron varios

errores: uno de ellos fue abrir todas las alcantarillas de la avenida Guerrero y del centro de la ciudad, o al menos las que yo recuerdo, se dijo que esto provocó que mucha gente cayera en las coladeras cuando iban de regreso a sus casas. También me acuerdo que muchas personas quedaron atrapadas en la tienda Blanco, hoy conocida como Plaza Magna, sus cuerpos fueron sacados con trascabos y terminaron en fosas comunes.

Durante la inundación la gente se refugió en las plantas altas o en las azoteas de sus casas; quienes no tenían una propiedad lo suficientemente alta o segura para permanecer en ellas, fueron recibidos por sus vecinos. Aquel día vimos que la corriente arrastraba de todo:

desde muebles, carros y animales, como si éstos fueran unos simples barcos de papel. Durante la tarde y la noche se escuchaba el estruendo de viviendas cayéndose, ya que muchas de ellas eran de adobe.

No olvido que en la calle Santos Degollado el agua no alcanzó a subir a la banqueta (yo vivía en el número 42, ahora 184, donde actualmente está una tienda llamada El Remate); en el jardín que estaba frente a presidencia municipal tampoco se elevó mucho el nivel del agua; en Manuel Doblado, en el tramo de Santos Degollado a Obregón, la inundación alcanzó unos setenta centímetros; mientras que en la calzada Insurgentes llegó hasta los dos metros y medio, en algunos puntos fueron tres metros;

todo lo anterior muestra que la ciudad no estaba muy pareja, pues en algunas zonas subió el agua más que en otras.



Imagen 1. La señora Ana Leticia Paul Headley, protagonista de esta historia.

Al día siguiente, domingo 19 de agosto de 1973, en el jardín que está frente a la puerta principal de palacio municipal, los soldados de la zona militar instalaron unas estufas y dieron comida a las personas que pudieron llegar hasta ese punto, cabe señalar que no todos los irapuatenses pudieron arribar a ese sitio, pues en ese momento había zonas que seguían inundadas. Me gustaría apuntar que gracias a los víveres que pude recolectar, tuve la posibilidad de dar de comer a varias gentes, al menos fueron 50 niños de los alrededores, en mi casa preparamos desayunos, comidas y cenas para todos ellos.

También recuerdo que la energía eléctrica regresó a mi casa hasta el día lunes 20 de agos-

to, así que pudimos ver el noticiero nocturno que era conducido por Jacobo Zabłudovsky, ahí se informó que sólo había entrado un poco de agua a Irapuato, pero que todo estaba tranquilo y sin consecuencias, esta nota nos causó mucha inconformidad. Indignadas por lo dicho por el famoso periodista, mi amiga Bertha Martínez y yo nos dispusimos a marcar al programa; llamamos el martes, nos atendió el licenciado Jacobo, a nuestra forma, le contamos los sucesos y lo que estábamos viviendo en la ciudad. Posterior a esto, se difundió la información tal cual era a nivel nacional e internacional; días después se mencionó en el mismo noticiero que las mujeres de Irapuato se vestirían con ropa fina, ya que Italia y Francia habían mandado pren-

das para los damnificados; en lo personal, nunca supe que alguien recibiera esas vestimentas, quién sabe a qué manos fue a parar dicha donación. También se supo que el actor Mario Moreno “Cantinflas” llegó a la entrada de Irapuato con un camión lleno de suministros, pero al ver que los militares no lo dejaron pasar y que le dijeron que ellos repartirían las cosas, mejor decidió retornar con el cargamento.

No se sabía a qué nivel subiría el agua

Laura Margarita Vázquez Ezquivel

Días antes del 18 de agosto de 1973, se rumoreaba entre la gente que la presa del Conejo estaba a su máxima capacidad y que había la posibilidad de que se reventara, pero muchos no lo creyeron, pensaron que sólo eran noticias exageradas, ya que en el periódico local se decía que estaba todo controlado. No me acuerdo que en los días previos a la inundación se diera algún aviso preventivo en la radio, aunque tampoco era común que yo escuchara las transmisiones

que se hacían a través de ese medio de comunicación.

Lo que sí recuerdo es que, a media mañana del día de la inundación, se corrió la voz de que ya se había reventado la presa, poco más tarde pasó una camioneta de sonido por la calle Colón (en ese entonces yo vivía en la esquina de las calles Colón y Reforma, en el centro de Irapuato), la cual daba indicaciones a la gente: decía que nos debíamos resguardar en un lugar seguro, ya que no se sabía a qué nivel subiría el agua.

Antes de que llegara la inundación, mi papá, Natividad Vázquez, intentó poner ladrillos y cemento en la entrada de nuestra casa,

pero nuestro un vecino le dijo que eso sería inútil, ya que el agua saldría por las coladeras. Luego, mi mamá caminó hacia las casas que estaban pegadas al mercado Hidalgo, para ver si veía algo, regresó corriendo porque el agua venía con toda su fuerza.

En aquel entonces, nuestra vivienda tenía dos cuartos en altos, en los que dormían mis hermanos, ahí se subieron las sillas, mesas y rollos de tela. En los citados cuartos también se refugió toda mi familia (la cual estaba integrada por mis papás; mis ocho hermanos llamados: Gloria, José, Julio, Gerardo, Socorro, Guadalupe, Himelda e Hilda; y yo), incluida mi abuela Felicitas Macías, pues su casa era de un solo piso.

Cabe señalar que mi papá y mi mamá, la señora Socorro Ezquivel, se dedicaban a la elaboración de pantalones de gabardina, el negocio se llamaba Manufacturas Mundial, estaba ubicado en la parte baja de nuestra casa; para proteger la maquinaria que tenían (como máquinas de coser, deshebradoras y remalladora), colocaron éstas sobre las mesas de madera que se usaban para trabajar. Afortunadamente, el agua subió solamente un metro en nuestra calle, la casa que habitábamos estaba elevada, así que dentro de la vivienda subió apenas unos 30 centímetros.

Esa noche no dormimos por estar al pendiente del nivel de agua. El domingo 19 de agosto, el agua comenzó a bajar. Gracias a



la acción de mis padres, la mayor parte de los muebles no se dañaron, solo hubo pérdidas de algunos rollos de tela que no se pudieron subir. Hasta nuestra vivienda llegaron noticias que decían que en otras zonas de Irapuato la inundación alcanzó más de metro y medio de altura y que hubo fallecimientos. Recuerdo que mis papás estaban preocupados porque minutos antes de la inundación dos primos, a quienes conocíamos como “Pina” y “el Prieto”, de entre ocho y diez años de edad, se fueron corriendo de nuestra casa a la suya, ubicada cerca del mercado Guerrero.

Cuando el nivel del agua ya había bajado y apenas llegaba a las rodillas, mis papás fueron a ver cómo estaba mi tía Rosa, cada uno se

llevó dos cubetas de agua potable, para darle a nuestra parienta, pues habían escuchado que no había agua para beber por la zona. Mi tía Rosa vivía por el mercado Guerrero y tenía una tienda por el rumbo, le contó a mis papás que apenas alcanzó a subir lo indispensable y que un señor había pasado ofreciendo pollos que habían muerto ahogados por la inundación, mi tía imaginó que el agua tardaría mucho en bajar, así que aceptó esos animales y los cocinó.

Después de ver que mi tía se encontraba bien, mis papás se regresaron rápidamente a la casa, pues comenzó a correr el rumor de que iba a llegar otra corriente de agua. Pasaron por la casa de la señora Arredondo, que estaba de camino a nuestro hogar, la señora sufrió un des-

mayo por el estrés, por lo cual mis papás se sintieron apenados y decidieron regresar. El agua comenzó a subir, mi mamá perdió un zapato, afortunadamente alcanzaron a llegar a casa.

Poco después comenzamos a realizar las tareas de limpieza en nuestro hogar. Una vez terminada la inundación, se notó la solidaridad entre los vecinos, pues unos a otros se apoyaron. Posterior al evento, recuerdo que hubo un ambiente de incertidumbre, pues la gente temía que volviera a ocurrir una inundación similar, sin embargo, ese sentimiento fue desapareciendo con el tiempo.



Imagen 1. La familia Vázquez Esquivel, fotografía tomada ca. 1962. La señora Laura Margarita Vázquez Ezquivel, protagonista de esta historia, es la niña que aparece en la extrema izquierda de la imagen.



Las tortas del Vivero Revolución

Diego Fernando Flores Mosqueda

Soy estudiante de la Escuela de Nivel Medio Superior de Irapuato, la cual pertenece a la Universidad de Guanajuato. En este pequeño texto comparto la historia que mi abuelo Joaquín Flores Cabrera me contó sobre lo que vivió en la inundación de Irapuato de 1973.

En aquel entonces, mi abuelo tenía 39 años de edad, estaba casado con mi abuela Refugio Badajoz, quien contaba con 37 años; para 1973 ellos habían procreado tres hijos, quienes

se llaman Martha, Rico y Rubén, posterior a la inundación tuvieron otros 7 hijos, de nombres Joaquín, Jorge, “Lupita”, “Leti”, Gerardo, Fernando, y Carlos. Mis abuelos y sus descendientes vivían en la calle Heriberto Jara, en la colonia Segunda San Gabriel. Para mantener a su familia, mi abuelito trabajaba por las mañanas en el Vivero Revolución y por las tardes, en ese mismo sitio vendía tortas (hoy en día el Vivero Revolución forma parte del Parque Irekua).

Mi abuelo me contó que el día de la inundación, aquel 18 de agosto de 1973, él había ido al mercado Guerrero para conseguir el pan con el cual preparaba las tortas que vendía. Después de hacer la compra, se dirigió al Vivero Revolución, iba atravesando la avenida

Guerrero cuando comenzó a escuchar que la gente gritaba *“hay viene el agua, hay viene el agua, hay viene el agua”*. Siguió su camino, llegó a la caseta donde tenía su negocio y comenzó a platicar con su amigo “Pancho”, él era aguafresquero, es decir, vendía aguas frescas, comenzaron a hablar sobre los rumores y el segundo le dijo sobre la posible inundación: *“el agua que llegue me la voy a tomar”*.

Un tiempo después, el agua de la presa del Conejo comenzó a penetrar en Irapuato, llegó por la avenida Guerrero. Mi abuelo recuerda que el líquido pasaba como si fuera un arroyo, tenía una gran fuerza, tumbó casas en Barrio Nuevo y por donde estaba la planta de la luz (en la esquina que formaban la avenida Guerrero

y la calle General Anaya, hoy llamada avenida Torres Landa). La corriente arrastró de todo, a mi abuelito le tocó ver una caja de muerto con un cuerpo dentro, también, entre los carros que se quedaron en la calle, pudo observar todo tipo de cosas atoradas.

A mi abuelo lo agarró la inundación mientras estaba en el Vivero Revolución, así que decidió irse a refugiar a su casa, sitio donde estuvo hasta que bajó el agua. También me contó que a un costado de la Coca (la cual estaba ubicada en la avenida Guerrero) había una granja donde criaban gallinas, muchas de las cuales murieron ahogadas, a pesar de eso, él y otras personas las recogieron y las utilizaron para prepararse un caldo y poder alimentarse.



Respecto a lo que él hizo cuándo bajó el nivel del agua, me dijo que recordaba que se pusieron a limpiar el Vivero Revolución, pues era su espacio de trabajo. Intentaron rescatar las plantas que había en ese lugar, ya que muchas resultaron afectadas por la inundación, algunas de éstas “se quemaron” por el exceso de líquido y otras fueron arrastradas del lugar donde estaban plantadas y terminaron hasta la caseta de policía que estaba por la casa de la Cultura, en la avenida de Los Chinacos, así que sus compañeros y él estuvieron a “vuelta y vuelta” recuperando las plantas.

Mi abuelita Camerina

Julio César Fernández Linares

Mi abuelita Camerina Juárez Santoyo me contó que ella sobrevivió a la inundación de Irapuato de 1973, en aquel entonces tenía 29 años de edad, vivía en la calle Comonfort, de la colonia Barrio Nuevo. Su familia estaba integrada por ella, su esposo Juan Fernández Chávez y sus hijos Juan Antonio, Jaime y Gerardo Fernández Juárez. Mi abuelo trabajaba en el campo y mi abue se dedicaba a cuidar el hogar.

Mi abuelita Camerina me dijo que el 18 de agosto de 1973 había gente anunciando por

la calle que la ciudad se iba a inundar, muchos no creyeron lo que se decía, otros, un tanto curiosos, se fueron a las vías del tren para ver si era cierto que ya venía el agua, algunos se fueron a refugiar a sus casas.

Poco antes de que el agua llegara, algunas personas comenzaron a subir sus cosas más valiosas al techo de sus hogares; unas gentes también llevaron hules y sabanas, con las cuales construyeron refugios improvisados. Mi abuelita me narró que su familia alcanzó a subir a la azotea algunos objetos como ropa, leña que usaron para cocinar y algunos otros artículos de primera necesidad; en ese sitio estuvieron mi abuela junto con mi abuelo, sus hijos, sus suegros y dos cuñadas.



Mientras el agua cubría las calles y avenidas de Irapuato, mi abuelita vio que la corriente arrastraba de todo: animales (como gallinas, perros y chivos, los cuales eran criados en las casas de los irapatenses); todo tipo de muebles (muchos de los cuales salieron de las viviendas cuando la fuerza del agua abrió las puertas de éstas o cuando las casas se derrumbaron).

Cuando la inundación cedió, mi abuelita y su familia bajaron de la azotea de su casa, comenzaron a llevar los muebles al primer piso y se pusieron a limpiar.

Creo que fui un instrumento de Dios para salvar a dos niños de ahogarse

José Cruz López

El recuerdo que yo tengo de aquella trágica fecha, 18 de agosto de 1973, es el siguiente: mi papá Pablo López y yo fuimos a trabajar de forma normal a la Escuela Preparatoria Oficial; era un sábado, estaba muy nublado y había llovido mucho en esos días. La gente estaba desagusto porque andaba el rumor de que el río Silao y el Guanajuato se iban a romper por tanta agua. Ya casi para el medio día las personas estaban

más alborotadas, pasaban por la calle y hablaban de que ya venía el agua y se iba a inundar Irapuato, que se habían tronado unas presas por Silao y Romita, y para acabarla de amolar comenzó a llover. En medio de toda esa situación nos habló el director de la Preparatoria, el Lic. Salvador Zuno, quien se dio cuenta que andábamos muy nerviosos, nos juntó a todos en la dirección y dijo que nos fuéramos a la 1 de la tarde, para que viéramos a nuestras familias.

Después de recibir el permiso para salir, rápido guardamos las escobas y demás herramientas y cada quién agarró para su casa. Mi padre y yo íbamos caminando hacia nuestro hogar, en aquel entonces vivíamos en la plaza de toros Revolución. Para nuestra sorpresa,



cuando llegamos a la calle Grillito Cantor, por donde estaba el campo Revolución 2 y el estadio de fútbol, el agua alcanzaba medio metro de altura y tenía una corriente que arreciaba cada vez más. Con mucho esfuerzo pudimos cruzar y llegar a la pared del estadio y por ahí nos fuimos pegaditos para que no nos jalara la corriente, pues agarraba como una bajadita, con otro esfuerzo cruzamos hasta la plaza y nos fuimos agarrando de donde podíamos, así llegamos a la esquina de la enfermería del coso taurino, en ese punto el agua hacía una especie de remolino, la corriente nos jalaba con fuerza; pasaron unos minutos y al fin mi papá pudo llegar a una de las ventanas de la plaza de toros Revolución y se subió, pero, de repente, entre

el agua vi algo que me pareció una peluca, la cual remolineaba mucho, luego alcancé a ver que en realidad era un chavito; le dije a mi papá que me agarrara de la mano izquierda y con la otra di el manotazo y sujeté de los cabellos al muchacho y pude sacarlo, ya se estaba ahogando y su cara era de espanto. Después del afortunado rescate, los tres nos fuimos a la puerta de la plaza y entramos. El chamaquito debió haber tenido como 11 o 12 años de edad, no podía hablar del susto que pasó.

Mi papá, el chavillo y yo nos subimos a las gradas por el lado de sol. En ese momento vimos que el profesor Cruces, con David, doña Clotilde y sus hijas Leticia y Aracely (ellos vivían en la casa adjunta a la plaza), estaban su-

biendo sus muebles al graderío y fuimos a ayudarles, para entonces en las ventanillas estaban mi mamá Loreto Luna Godínez con mis hermanos Rosa, María de la Luz, Cecilia, Pillo, Pelón, Pablillo y Laura. Estábamos desconcertados porque nunca habíamos vivido algo igual, desde las ventanillas de la plaza estuvimos viendo cómo las corrientes arreciaban y llevaban animales vivos y muertos, así como muchas cosas, las cuales seguramente provenían de los ranchos y las casas de ricos que había al otro lado del río (hoy avenida de la Reforma) que estaba junto a la plaza y cruzaba el puente de San José.

Me acuerdo que un poco más tarde, cuando tuvimos hambre, sólo teníamos para comer unos frijolitos de la olla, chile del molcajete y

tortillas que mi mamá había preparado desde temprano; comimos muy sabroso. Mientras, el profe Cruces y su familia comían cosas enlatadas, pues ellos eran ricos. Gracias a Dios, mi familia y yo estuvimos seguros en las gradas de la plaza, para que se inundara ese sitio se necesitaba que el agua subiera al menos unos 20 metros.

Más tarde, cuando el chavito que rescaté estaba más tranquilo y ya había comido, le pregunté qué había pasado y por qué lo llevaba la corriente, me platicó que desde temprano salió de El Ranchito, colonia en donde vivía, y que en compañía de un tío fue hasta las vías del tren, frente a la Coca Cola, para ver si era cierto que se iba a inundar el pueblo. En el citado lugar le



pasó lo siguiente: como había mucha gente y de repente el agua brincó las vías y en menos que “canta un gallo” los empujó, no supo para dónde ganó su tío y él ya no pudo subir en algún lado y lo arrastró la corriente hacia la granja de pollos (hoy calle Francisco Villa) y después lo llevó hasta la plaza de toros, sitio en el que la corriente era más fuerte y lo tumbó, y ya no supo de sí hasta que lo rescaté.



Imagen 1. El señor José Cruz López (tercero de izquierda a derecha) con sus hermanos José Guadalupe y Juan José, año de 1972.

Toda la noche de aquel 18 de agosto y la madrugada del día 19 se escuchaban ruidos, los cuales eran provocados por la corriente y las cosas que arrastraba. Yo pensaba *¿cómo les estaría yendo a la gente que no tenía a dónde subirse, cómo se encontraban mis tías y mis*

abuelitos? Cuando amaneció estuvimos moviéndonos por toda la plaza, para saber cómo estaba la inundación. David Cruces y yo nos pusimos de acuerdo para salir a buscar comida, sin saber realmente lo que estaba pasando afuera; el área más peligrosa de cruzar estaba justo frente al coso taurino, porque en 1973 se estaba construyendo el Hospital General de Irapuato y se había escarbadado una zanja muy grande para hacer la calle, así que existía la posibilidad de caer en ese sitio, el cual estaba hondo. Como pudimos, cruzamos las corrientes de agua, que todavía eran fuertes, llegamos al puente de San José y luego, agarrándonos de las pocas fincas que había entonces, logramos llegar a la carretera Panamericana, por supuesto, estábamos to-

dos empapados; en el mencionado punto estuvimos un buen tiempo esperando a que pasara algún camión que viniera de Celaya o Salamanca, más tarde llegó un Flecha Amarilla que iba a León, nos subimos. Pensábamos que en Silao podía haber comida, pero allá las cosas estaban también muy feas y nada más pudimos encontrar unos atunes, pan Bimbo, galletas saladas, refrescos y agua. Nos regresamos a Irapuato en otro Flecha Amarilla, cuando llegamos a las vías de la Coca, el nivel y la fuerza del agua habían bajado considerablemente, por eso pudimos llevar los alimentos a nuestras familias con cierta facilidad.

Con tristeza y desconcierto estuvimos en las ventanillas de la plaza de toros hasta el lu-



nes 20 de agosto, en ese momento ya no había agua, sólo un lodazal y escombros por todos lados. Recuerdo que había mucha gente desorientada, entre ellos nosotros, la mayoría buscaban comida y a sus parientes. Yo me asomé hasta la planta de la luz y vi mucha destrucción, casi todas las casas estaban caídas, pocas quedaron de pie; además, aún había hombres, mujeres y niños arriba de las azoteas, cocinando lo poco que tenían. Algunas personas que fueron al centro de la ciudad, comentaron que todo el pueblo estaba destruido. Dios nos cuide para que nunca vuelva a pasar un suceso similar.

Hoy, a 50 años de distancia, me pongo a pensar que, por alguna razón, fui un instrumento de Dios ese 18 de agosto para salvarle la vida al chamaco, pero también, al siguiente año, pude rescatar a una niña, como de cuatro años de edad, que cayó a una alcantarilla de aguas negras que estaba entre las colonias Española y el FOVISSSTE, cuento brevemente la historia: un día que regresaba en mi bicicleta de trabajar con don Luis del Moral, vi que un grupo de niños gritaban y lloraban asustados junto a una alcantarilla que no tenía tapa, no sé por qué me imaginé que alguno se había caído y rápido me acerqué, resultó cierta mi suposición, la niña parecía una muñequita en el remolino que hacían las aguas negras, la sujeté del cabello y la saqué, después de que reaccionó la fui a llevar

con su madre, una señora que estaba en la sala de su casa viendo telenovelas y todavía regañó a su hija cuando la vio toda sucia.

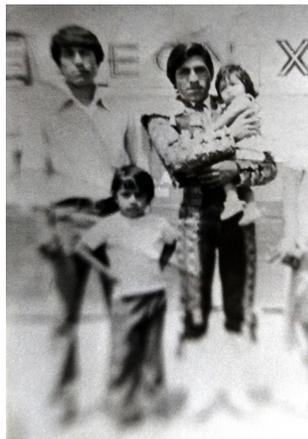


Imagen 2. De izquierda a derecha, el señor José Cruz López, protagonista de esta historia, su hermano Juan José López Luna (de torero) y los niños Manuel López y Angélica López Ramírez. Año de 1974.





El tiempo se me hizo eterno

Ivana Rivera Vargas

Soy Ivana Rivera Vargas, estudio el segundo semestre en la Escuela de Nivel Medio Superior de Irapuato, perteneciente a la Universidad de Guanajuato. En este texto narro las vivencias de mi tío, Daniel Venegas, durante la inundación que sufrió la ciudad de Irapuato el 18 de agosto de 1973.

En aquel tiempo mi tío tenía cinco años, a pesar de su tierna edad, él se acuerda muy bien del acontecimiento, pues dijo que fue muy impactante. Él vivía con su familia en la calle

Niños Héroes, de la colonia Santa Julia. Cabe señalar que el citado asentamiento está cerca del centro histórico de Irapuato, se ubica al norte de la ciudad y es una de las zonas más bajas de la población, por eso ahí se sintió con más fuerza la inundación de 1973.

Al platicar sobre lo que vivió en los momentos previos a llegada del agua, me dijo mi tío que gracias a los rumores que la gente esparció en aquel momento, él y su familia se enteraron que la corriente ya venía; aunque también mencionó que a través de la radio el Gobierno municipal anunció que era posible que la ciudad se inundara, pero que si eso sucedía no pasaría a mayores, pues el agua no subiría más de un metro, pronóstico que fue erró-

neo, ya que el nivel se elevó mucho más de lo previsto, prácticamente tapó toda la planta baja de la casa familiar, es decir que el agua alcanzó los dos metros de altura.

El hogar de mi tío era un departamento de dos niveles, él y los suyos residían en la parte baja y en la alta vivía otra familia, el día de la inundación éstos últimos se encontraban de vacaciones, así que se salvaron de la catástrofe. Cuando el agua llegó, el tío Daniel, sus papás y hermanos se subieron a la casa de los vecinos y ahí se refugiaron. Él recuerda que en la calle Niños Héroe había muchos niños, niñas, papás y mamás en las azoteas, quienes buscaban salvar su vida.

Mi tío Daniel me narró que Irapuato estuvo dos días bajo el agua, tiempo que se le hizo eterno. En esos difíciles momentos le tocó ver sucesos que le parecieron extraordinarios, por ejemplo, dijo que a un lado del departamento donde vivía existía una vecindad (cuyos muros estaban contruidos con adobe y el techo era de teja) la cual se desplomó, en ese momento escuchó gritos y llantos por todos lados. También le tocó observar como la corriente arrastraba autos (mismos que daban vueltas y chocaban contra las paredes de las viviendas), así como tanques de gas, animales y todo tipo de muebles.

Para mi tío, entonces un niño de sólo cinco años de edad, aquel suceso fue muy impactante y espera que nunca más se vuelva a repetir.

El Irapuato antiguo quedó en ruinas

Berta Gallardo Razo

Mi nombre es Berta Gallardo Razo, nací en la ciudad de Irapuato, Guanajuato, en el año de 1962, así que era una niña cuando me tocó vivir la inundación de Irapuato de 1973. Recuerdo que aquel 18 de agosto, como las 3:30 de la tarde, escuché a mis papás decir que se iba a reventar la presa del Conejo, cabe señalar que mucha gente no creía que eso fuera cierto, pero el agua sí entró a la ciudad.

En aquel entonces yo vivía en la calle Higuera, casi a la salida de la calzada Insurgentes,

cuando llegó la inundación a ese punto de Irapuato, nos pusimos a sacar el agua de nuestra casa utilizando una cubetita. Me acuerdo que el líquido que arribó era mal oliente y estaba muy sucio, mi mamá Antonia Razo Rocha nos decía que no quería eso en su casa. A pesar de nuestros esfuerzos por sacar el agua, no logramos nada; de repente el nivel subió bastante y siguió creciendo y creciendo; cuando la inundación nos llegó a la cintura, mi papá Luis Gallardo Medina y mi mamá comenzaron a subirnos a mí y a mis hermanos Roberto, Víctor, Mario, Esthela y Virginia a la azotea para ponernos a salvo.

Mis padres también subieron al techo de nuestra casa unas cobijas, el poco alimento

que teníamos y un comedor que contaba con un plástico grueso. Algunas horas después de la inundación, cuando comenzó a llover, mi mamá nos acondicionó el comedor y el plástico como un refugio, a los más pequeños de nuestra familia nos metieron ahí, aún recuerdo nuestra mirada llena de incertidumbre y tristeza.



Imagen 1. La señora Antonia Razo Rocha y el señor Luis Gallardo Medina, padres de la protagonista de esta historia.

Mi abuelita, Antonia Rocha, vivía a cinco casas de nosotros, ella tenía dos habitaciones en planta alta, en las cuales ella y mi tía Margarita con su esposo Guadalupe se refugiaron. Para comunicarnos con mi abuela nos gritábamos de lado a lado; en cierto momento empezamos a escuchar cómo se derrumbaban las casas, le preguntábamos a mi abuelita qué cuarto o parte de su casa se había caído.

La inundación fue una situación muy triste y desastrosa; además de las pérdidas materiales, no había mucho qué comer, recuerdo que mi abuelo tenía en el patio de atrás de su casa unos criaderos de gallinas y palomos, los cuales se ahogaron, aun así los sacamos del agua y los cocinamos para comérmolos, sólo

así pudimos subsistir. Días después, cuando ya había bajado el agua, llegaron los brigadistas de la Cruz Roja, ellos pusieron un puesto de alimentos en el cual nos dieron leche, Nescafé y huevito, esa comida nos supo a gloria porque para ese momento ya teníamos algunos días sin comer.

Recuerdo con mucha tristeza aquellos ayeres, porque volteabas para un lado y para otro y veías casas totalmente destruidas, las paredes húmedas, los colchones todos apestosos, y un montón de basura que se tenía que sacar del interior de las viviendas. Para hacer la limpieza nos dieron cloro, con él lavamos muy bien las paredes, pero a pesar de eso duró mucho tiempo un olor muy appestoso; también tira-

mos los colchones pues quedaron inservibles, así que no hubo de otra más que dormirnos en las bases, en las cuales colocábamos las pocas cobijas que teníamos. Era una tristeza, una desolación, esa fue mi experiencia.

Además de nuestra casa, el negocio de mi papá también resultó afectado, él tenía un negocio llamado Refaccionaria Gallardo la cual estaba ubicada en Sóstenes Rocha número 884. Toda la mercancía que tenía se mojó y quedó inservible, así que se fue a la quiebra. Por parte del Gobierno hubo muy poca ayuda, nos dieron una cosa muy mínima, que no alcanzaba para reponer las pérdidas materiales. A pesar de lo anterior, los irapuatenses pudimos salir adelante, con mucho trabajo y esfuerzo, y de tener



confianza en Dios. El Irapuato antiguo quedó en ruinas, el Irapuato que los jóvenes ven ahora, lleno de esplendor y que nos da orgullo, es el Irapuato que construimos la generación que sufrió y se levantó de la inundación de Irapuato de 1973. Yo me siento muy feliz de ser de Irapuato.



Imagen 2. La señora Berta Gallardo Razo, fotografía de su primera comunión, celebrada nueve meses después de la inundación de 1973, cuando aún muchas casas seguían destruidas.

Dormimos sentados en la azotea del tercer piso

Celia Pérez Avitia

Mi nombre es Celia Pérez Avitia, y aún recuerdo aquella inundación de Irapuato en el año de 1973, en ese entonces mi familia y yo vivíamos en el callejón de 20 de Noviembre, en el mero centro de la ciudad, era una casa antigua de adobe y tejas, herencia de mis abuelos Francisco Pérez López y Florencia Hernández a mis padres Jesús Pérez Hernández y Celia Avitia Tovar. Me acuerdo bien de la inundación, porque un día antes, el viernes 17 de agosto, fue

mi cumpleaños número 14, así que mis padres me hicieron una fiestecita familiar en la casa, y aunque ya se hablaba mucho de una posible inundación porque llovía diario, mis hermanos “Pancho”, “Toña”, María, Carlos, Lourdes, Alejandro, Eduardo, “Chuchín”, Gerardo, Margarita y Hugo nos la pasamos muy a gusto y contentos comiendo gelatina y pastel.

Al día siguiente, el sábado 18 de agosto, amaneció muy nublado y por ratos lloviendo, parecía un día triste. Ante los rumores que se esparcían sobre la inundación, mis hermanos y otros vecinos nos pusimos de acuerdo para ir a lo que era el brazo del río Silao (hoy boulevard Díaz Ordaz) para llenar costales con tierra y ponerlos encimados en la entrada del callejón,



como el lector supondrá, esto lo hicimos para que no entrara el agua.

Recuerdo que la gente estaba muy asustada, muchos iban de un lado para otro. Ya para el medio día las cosas se pusieron peor, porque algunos muchachos que fueron allá por el estadio y las vías de la Coca, regresaron diciendo que ya el agua había entrado por la avenida Guerrero y que venía fuerte, nos advirtieron que nos pusiéramos a salvo. Al centro de Irapuato el agua llegó entre la 1:30 y las 2:00 de la tarde, poco antes de eso mis papás anduvieron buscando que algún vecino con casa de planta alta nos permitiera subir a la azotea, porque nuestra vivienda era de adobe y tejas y se podía derrumbar, después de un rato lograron que

doña “Catita” Rico nos dejara subir al techo de su hogar, que estaba en la esquina del callejón con la calle 20 de Noviembre.

Cuando íbamos a la casa de doña “Catita”, la calle ya estaba inundada, mi familia y yo corrimos entre el agua y subimos por una escalerita hasta el tercer piso, por supuesto, todos estábamos totalmente mojados. Como a las 4 de la tarde nos dio hambre y fue hasta entonces que nos dimos cuenta que por las prisas nadie atinó a llevarse algo, no teníamos ropa o cobijas, menos comida, por suerte y gracias a Dios, la familia Rico nos dio sándwiches y bolillos, que por cierto estaban riquísimos.

Más tarde, como a las 6:00 p.m., nos aso-

mábamos hacia la calle y veíamos como mucha gente iba de un lado a otro, aprovechando que el nivel del agua no era tan alto, recuerdo que unos cargaban cosas y muebles, y me parecía que otros sólo estaban tratando de llegar a sus casas. Luego comenzó a llover, nos acomodamos debajo de un tejadito y con unas cobijas nos tapamos, “haciéndonos bolita”; la lluvia cayó toda la noche, no teníamos donde resguardarnos mejor, así que estuvimos sentados, medio durmiendo, todos mojados y friolentos.

Durante toda la noche y la madrugada se escuchaban ruidos de la corriente de agua y voces. El domingo 19 de agosto, mis hermanos mayores, “Pancho”, Carlos, Alejandro y Eduardo bajaron para ver cómo estaban las cosas y el

nivel de la inundación, que gracias a Dios ya había bajado casi a la mitad del máximo que alcanzó. Poco después toda la familia se bajó, las mujeres tratábamos de rescatar algo de comida y buscar ropa, aunque fue poco lo que pudimos encontrar porque el agua subió a más de un metro; por su parte, mis hermanos mayores fueron en búsqueda de comida al mercado.

Por fortuna, a pesar de que nuestra casa era antigua y estaba construida con adobe, ésta no se cayó, porque los costales que pusimos en la entrada del callejón evitaron que se formara una corriente. Pero no todos tuvieron la misma suerte que nosotros, pues en las calles Leandro Valle, 20 de Noviembre, Carmen Serdán y casi todo el centro, muchas viviendas sí se



derrumbaron y las familias quedaron en la calle.

Me acuerdo que después de la inundación, cuando ya no había agua, fue una friega lavar las paredes y el piso de la casa porque entró mucho lodo. Días después de la tragedia, la CONASUPO nos dio despensas, así que nuestra familia, y muchas otras más, pudieron comer mejor.



Imagen 1. Celia Pérez Avitia, protagonista de esta historia, y su mamá Celia Avitia Tovar, fotografía tomada en 1975.

Las cuadrillas de TELMEX

Luis E. Esperón C.

Regresé a Irapuato después de algunos años de ausencia; y volví acompañado por mis dos hijos: Militza de tres años de edad y Luis Enrique, de dos; me instalé temporalmente en el hogar de mis padres Enrique Esperón M. y Leonor Cervantes R. Estaba terminando de disfrutar unas vacaciones (que culminaban el 10 de agosto), al término de las cuales ocuparía mi nuevo puesto como jefe de operación de la zona Irapuato, así que sería el responsable del mantenimiento de la planta telefónica de TELMEX. Del lunes 13 al viernes 17 de agosto

de 1973 se llevó a cabo la entrega recepción del puesto, en esos días conocí al personal que estaría bajo mi responsabilidad. El señor Carlos Berrout Galindo, quién me entregaba el cargo, y yo, realizamos un recorrido físico por la zona, hicimos el inventario de vehículos y herramientas, revisamos los archivos de planos de la zona (entre ellos estaban los que describían la red subterránea de Irapuato y los 40 distritos correspondientes a la red área soportada por postes de madera, los cuales fueron fundamentales para restaurar el servicio telefónico después de la inundación).

En el transcurso de aquella semana iba creciendo y creciendo la alarma indefinida de inundación. Hay que mencionar que no había



información oficial que advirtiera claramente la magnitud del desastre que se avecinaba. El sábado 18 de agosto, muy de mañana, me dirigí a Loma de Juárez y desde ahí pude contemplar con asombro que la ladera del cerro de Arandas estaba inundada, las aguas turbulentas iban arrastrando arbustos y derribando algunos árboles a su paso. ¡Tremenda impresión! Regresé presuroso a Irapuato, sólo me detuve para observar la vía férrea que está a un costado de la Coca-Cola, el agua estaba por brincar el bordo de los rieles, únicamente tenía tiempo para pensar en ponerme a salvo, para ese momento, gracias a la generosidad de mis vecinos, mi familia ya estaba en un sitio seguro.

¿Dónde estaban mis papás y mis hijos? El hogar familiar se encontraba en el bulevar Lázaro Cárdenas número 35, era un departamento ubicado en la planta baja del edificio Cayón (que se encontraba justo frente al estadio). En el piso superior vivía don Melchor Cayón y su familia. Oportunamente —no tengo plena conciencia de cuándo y cómo sucedió— el citado señor y su esposa, la señora Rocío Cevallos, en un gesto de gran cortesía y generosidad, ofrecieron a mis padres su hogar como refugio temporal. Esta gentil familia se trasladó a otro sitio, donde pasaron la inundación. ¡Qué alivio! Pues sin ese refugio mis papás y mis hijos hubieran estado en grave peligro.

Cuando llegué a casa, mi papá y yo, muy presurosos, nos pusimos a poner maderas frente a la puerta principal y la de la cocina (únicos espacios por donde podía entrar el agua). Las tablas las había comprado mi padre con anticipación, las cortó a la medida de las puertas, quedaron encajonadas y calafateadas con masique en los marcos, también las aseguramos con ductos de cuatro vías de concreto (uno encima de otro). Esa protección podría aguantar una creciente de aproximadamente un metro y medio sobre el nivel de la banquetta (justo la altura que tenían las ventanas de las recámaras, las cuales daban a la calle).

Además de asegurar las puertas, nos apresuramos a taponar los céspedes de los ex-

cusados y pusimos suficiente peso en la tapa del único registro de drenaje que había en el patio interior, desde ese punto mi papá y yo podíamos hablar con nuestra querida familia, quienes estaban refugiados en el departamento de arriba, el cual tenía un pasillo con barandal que daba a ese patio. Después de todo lo anterior, mi papá y yo nos pusimos a subir a la parte alta de los closets algunos objetos que apreciábamos.

La inundación llegó a nuestra casa, los primero torrentes eran fétidos, pues el agua, reconociendo sus antiguos causes, arrastró la basura que había en los antiguos lechos de los ríos, combinándolos con lodo. El agua fue subiendo; mi papá y yo estábamos optimistas,



pensamos que no entraría a nuestra casa gracias a las maderas que pusimos, pero el líquido llegó hasta la altura de las ventanas, entonces se inició el desastre. El torrente rompió los vidrios y el agua ingresó a nuestro hogar como una cascada muy abundante, muy pronto nos encontramos nadando. Recuerdo que comenzó a flotar un escritorio de madera, del cual se deslizó y rompió el vidrio que lo cubría, entre aquel lodazal, que no permitía ver lo que había bajo del agua, una punta del vidrio se me clavó en el pie, entre el dedo gordo y el que sigue. Saqué mi pierna del agua para observar qué había pasado, me encontré que la sangre chorreaba; le informé a mi papá lo sucedido (en ese entonces él era un hombre fuerte, tenía 58 años

de edad) quien me dijo: “*de prisa hijo, pongámonos a salvo*”. Nos subimos al departamento de los señores Cayón por una celosía que nos permitió llegar del patio interior hasta el pasillo abierto del segundo nivel, ahí encontramos lo necesario para hacer una curación a mi pie, fue mi padre quien la realizó, pues él era químico bacteriólogo parasitólogo (trabajaba como jefe químico en FERTIMEX Unidad Salamanca).

Pudimos descansar de nuestros esfuerzos, la familia estaba a salvo. Seguramente en ese momento mi mamá pudo suspirar aliviada, al estar reunidos nuevamente. Desde ese segundo nivel, pudimos apreciar lo catastrófico de la inundación, pues el torrente arrastraba de todo, incluso coches y camiones. Entonces pusimos

atención a las voces de personas en el exterior que gritaban aterradas, estaban procurando sobrevivir subiendo a los árboles (casuarinas que había a ambos lados de la avenida). Allí pasaron la noche realizando esfuerzos prodigiosos que salvaron sus vidas.

Devastador, ¡qué tragedia! El suceso trastornaría por muchos años la vida de cientos o quizás de miles de familias. En aquellos momentos nos pusimos a pensar con tristeza en tanta gente que no habría tenido refugio; agradecemos a Dios por el nuestro y pedimos misericordia para las personas que estaban sufriendo.

Han pasado 50 años, así que no tengo claro si fue el domingo 19 de agosto o hasta el lunes 20 de agosto, cuando, a primera hora, llegó un tractor frente a nuestra casa, el conductor preguntó por el ingeniero Esperón, me dijo que me estaban esperando en la central de TELMEX, ubicada en las calles Fernando Dávila y Berriozabal, donde está ahora el Mural de los Orígenes, obra del maestro Salvador Almaraz. Cabe señalar que el tractor era necesario porque el nivel del agua alcanzaba unos 50 centímetros.

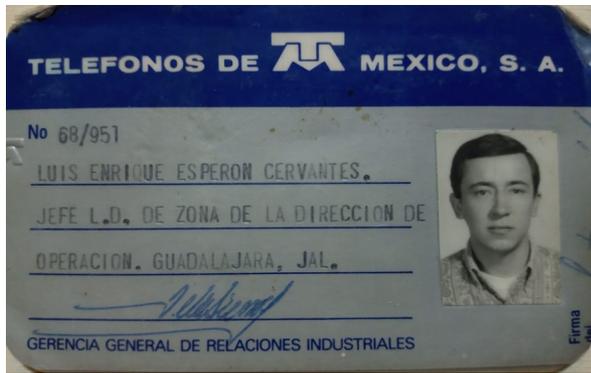


Imagen 1. Credencial que acredita como trabajador del TELMEX al ingeniero Luis Enrique Esperón Cervantes, protagonista de esta historia.

Durante el traslado de mi casa al centro de la ciudad, el tractorista, su acompañante y yo pudimos contemplar por la avenida Guerrero la magnitud de la tragedia. Yo iba pensando cómo

tendríamos que organizarnos para restaurar el servicio telefónico, era todo un desafío. Había ingresado a TELMEX a los 22 años de edad, en mis primeros cinco años en la empresa trabajé en el mantenimiento de sistemas de larga distancia (mi puesto anterior era jefe de Larga Distancia en el área de Guadalajara); así que no era el mejor candidato para ocupar el cargo de Jefe de Operación de Irapuato, no había sido una decisión estratégica, sino compasiva, pues mis superiores consideraron mi separación, la corta edad de mis hijos y que seguramente necesitaba el amparo de mi hogar paterno. Y ahí estaba, en la avenida Guerrero, después de tremenda inundación, frente a un gran desafío, pensando por dónde empezar.

¡Sorpresa! Cuando llegamos a la calle Fernando Dávila estaban estacionadas en ambos lados de la citada vía cerca de 20 camionetas de TELMEX que no pertenecían a la zona. Alguien con la jerarquía requerida y la visión resolutiva necesaria había tomado una buena decisión. Algunas “Cuadrillas de TELMEX” habían llegado el domingo, otras a las 8 de la mañana del lunes; los jefes de mantenimiento de otras zonas y áreas, algunas próximas y otras distantes, habían mandado a sus “campeones”, todos dispuestos a ayudar.

Hubo una junta de planeación ese lunes. Estaba al frente, dirigiendo la estrategia de restauración, el ingeniero Édgar Pontigo, yo era su segundo al mando. Me dijo el ingeniero

Pontigo: *“Esperón, en la escuela aprendimos muchas cosas pero hay una muy importante: aprendimos a aprender, juntos vamos a vivir una experiencia de restauración única”*.

Todos estábamos conscientes de la importancia de restaurar el servicio telefónico en aquella desgracia, pues la comunicación era vital. No existían los celulares, así que las familias requerían de las líneas telefónicas para saber de sus seres queridos. Cabe señalar que ante la imposibilidad de comunicarse con los suyos, muchas personas de diferentes partes del país llegaron a Irapuato por muy diversos medios, buscando saber cómo estaban sus parientes.



El enorme reto que teníamos frente a nosotros se abordó de la siguiente manera: la red exterior de la ciudad de Irapuato estaba dividida en 40 distritos, cada cuadrilla, plano en mano, se haría cargo de la revisión de dos de éstos distritos. Lo anterior implicaba la limpieza y secado de las cajas de distribución, así como la extracción del agua lodosa del pozo de visita correspondiente. La evaluación inicial de la red subterránea quedó a cargo del personal de redes de la propia zona, quiénes encontraron que ésta se había convertido en una red submarina, pues todos los pozos de visita estaban inundados, afortunadamente, cada cuadrilla traía su bomba para desaguar.

En las dos primeras semanas de trabajo

hubo un gran avance, se terminó el desagüe de todos los pozos de visita de la red subterránea, se remplazaron postes y cables rotos (tanto aéreos como subterráneos). Al término de la tercera semana, gracias al notable progreso, algunas de las cuadrillas pudieron volver a sus lugares de origen. Para ese momento estaba por normalizarse la atención de quejas en el número 05, esto sería de gran ayuda para atender los daños no detectados en las revisiones realizadas por el personal de TELMEX.

Mientras yo me encontraba coordinando las tareas de restauración de las líneas telefónicas, mis papás y mi hermano Ricardo J. Esperón C., 5 años menor que yo, (quien el domingo por la tarde había llegado en su Volkswagen,

con el agua salpicando sobre el cofre) habían logrado un gran avance en la limpieza de nuestro hogar; he de confesar que no pude estar al tanto de todo lo que ello implicó, pues mi trabajo requería la mayor parte de mi tiempo.

Mi papá pidió vacaciones, así que tenía turno completo en casa, apoyado por mi hermano; dedicados al rescate y limpieza de nuestros bienes y del inmueble. Recuerdo que mis padres tenían dos lámparas de gas, de las de pabellón, irradiando calor a los muros y a todos los objetos que pudieran rescatarse; mi familia también puso manos a la obra para desaparecer los olores desagradables que quedaron tras la inundación.

Tuvimos muchas pérdidas materiales, por ejemplo: en casa había una gran colección de libros, los cuales estaban distribuidos en varios libreros, cuando el agua entró, muchos se cayeron de su lugar y terminaron mojados e hinchados, muy pocas obras se salvaron. Otros bienes preciados que se llevó la inundación fueron unas figuras miniatura talladas en madera por mi papá, las cuales formaban parte de un nacimiento, con ese trabajo él ganó un concurso estatal que se celebró unos años antes; esa obra fue exhibida en la tienda El Gallo del Bajío, la cual estaba ubicada en la esquina que forman la avenida Guerrero y la calle Terán; la gruta de ese nacimiento está calada a mano con gran detalle, ésta se salvó gracias a que se encontra-



ba resguardada en el compartimiento superior de un closet. Recuerdo a mi papá trabajando en el diseño de ese nacimiento, tallando esas pequeñas obras de arte, le llevó cerca de dos años terminarlos, así que su pérdida nos generó una gran nostalgia. Aún conservo la gruta, las figuras fueron repuestas por miniaturas de madera que adquirimos años después. Afortunadamente, nosotros estuvimos entre las familias que sólo sufrieron pérdidas materiales, pero aquello fue una verdadera tragedia.



Imagen 2. Detalle del nacimiento elaborado por el señor Enrique Esperón M., padre del autor de esta historia.

En la primera semana posterior a la inundación, surgió un programa irónico, casi proscrito, que decía así en el encabezado:

Atracciones Galván-Kirbach

Presentan:

GRAN HECATOMBE ACUÁTICA

El contenido de ese programa se explica fácilmente. Hecatombe es un suceso trágico en el que se produce una gran destrucción y muchas desgracias humanas y materiales. Galván era el apellido del comandante de la XVI Zona Militar de Irapuato; y Kirbach el apellido del entonces presidente municipal. Aquel documento impreso *a posteriori*, el cual se distribuyó mano en mano entre la multitud afectada, retrataba fielmente la tragedia, tal vez alguien lo conserve.

En mi mente perviven muchos recuerdos de aquellos días, hay mucho que contar. Concluyo diciendo que nadie puede decir que las cosas volvieron a la normalidad después de la inundación de Irapuato, pues la vida de muchas familias cambió para siempre.

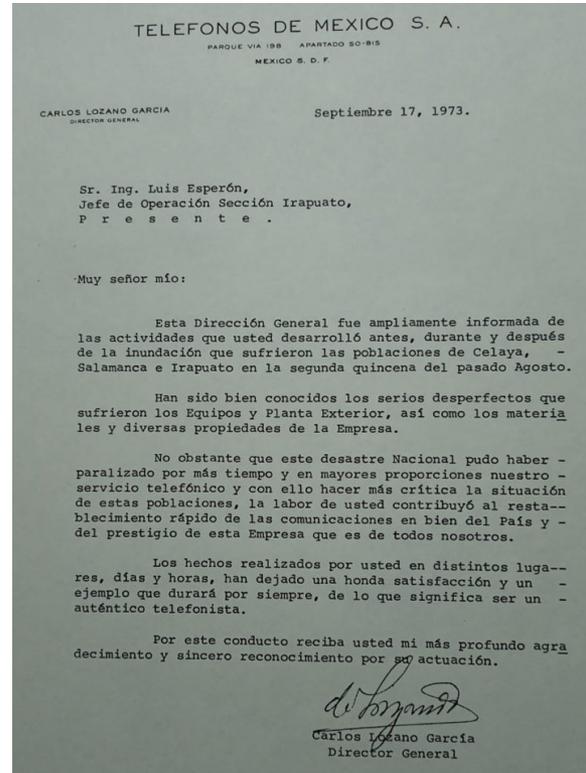


Imagen 3. Carta que el director general de TELMEX, Carlos Lozano García, envió al ingeniero Luis Esperón, mediante el cual reconoce los trabajos que éste último realizó para restablecer el servicio de telefonía en Irapuato.

Todo se cayó, pero el Santo Niño de Atocha quedó intacto

José Loreto López Luna

Mi nombre es José Loreto López Luna, a continuación narro cómo viví la inundación de 1973, cuando tenía 12 años de edad. Recuerdo que mi papá Pablo López Juárez tenía un radio, de esos que funcionaban con pilas, y siempre sintonizaba la estación WE, porque le gustaba oír a las 6 de la mañana el programa de “el Amigo Pancho” (a mi mamá, a mis hermanos y a mí nos gustaba escuchar las novelas de Kalimán, Porfirio Cadena, La Tremenda Corte de Tres

Patines, Chucho el Roto, El Llanero Solitario y otras radionovelas). En la WE también oíamos las noticias, una de éstas fue que la presa del Conejo estaba a su máxima capacidad y que estuviéramos al pendiente por si algo pasaba.

En el año de 1973 yo trabajaba con mi hermano José Guadalupe, al que llamamos “Pillo”, en una cafetería que estaba en la Preparatoria Oficial. Aquel sábado 18 de agosto, cuando llegamos al trabajo el ambiente se sentía diferente a otras veces, había mucha tensión y nerviosismo en algunas personas, pues ellos habían escuchado las noticias y aseguraban que la presa del Conejo se podía reventar. Durante la mañana todos estábamos intranquilos y más porque unos alumnos que fueron a asomarse

por la vía del tren, allá por la Coca y la carretera, regresaron diciendo que ya el agua estaba subiendo y faltaba poco para que brincara a Irapuato.

La señora Alicia Origel, con quien trabajábamos en la cafetería, me mandó a comprar mercancía a la tienda de La Luz, que estaba en el mercadito de Guerrero, así que aproveché para ir a la vía del tren y ver lo que pasaba, en ese momento me di cuenta que todo era cierto: el agua ya brincaba los rieles, recuerdo que se empezó a juntar mucha gente en ese lugar, todo era bullicio y confusión, unos corrían de un lado para otro, algunos se fueron a su casa o a su trabajo. Yo me regresé a la prepa y le dije a la señora Alicia que ya venía el agua, ella, muy

tranquila, me dijo: *“No va a pasar nada”*, hubo algunos alumnos que riéndose comentaron *“Yo me tomo toda el agua que llegue”*, ciertos jóvenes se rieron al escuchar esa respuesta, pero yo sí estaba preocupado, mientras pasaban los minutos se ponía el ambiente más tenso. Después vi correr a unos preparatorianos, quienes dijeron: *“Ya viene el agua por el campo Revolución 2”*, pero sus compañeros no les creyeron y siguieron diciendo *“Me tomo toda la que llegue, jajaja”*, algunos otros, ya molestos, les replicaron: *“Pos empieza a tomártela porque ya viene por el frontón”*.

Recuerdo que yo le decía a la señora Alicia: *“Señora, ya déjenos ir”*, pero ella contestó: *“No pasa nada, mira, suban las cosas al*



mostrador, no va a subir mucho el agua". No pasó mucho tiempo cuando vimos que el líquido ya brincaba las banquetas de la calle, y hasta entonces la señora Alicia se asustó y nos dijo: *"cierren todo y vámonos a la casa"*. Ya entre el agua, salimos de la preparatoria y ella se fue sin pagarnos. "Pillo" y yo nos fuimos rápido a nuestra casa, vivíamos en aquel entonces en la plaza de Toros Revolución, al dar la vuelta en la agencia de autos Aramoni vimos que la corriente arreciaba, el campo de futbol parecía alberca, cuando llegamos a la pared del estadio "Revolución", nos pegamos a ésta para que la corriente no nos arrastrara, teníamos que llegar a la plaza de toros, pero el agua nos daba a las rodillas e iba muy fuerte. Mi hermano y yo pu-

dimos llegar a los tubos de la taquilla de sol, nos dirigimos a la puerta y llegamos a la enfermería, ahí se puso duro pasar porque el agua hacía como remolino, ésto porque estaba escarbada la calle (hoy Reverte Mexicano) y eso hacía más fuerte la corriente. Por fin llegamos a la entrada de la plaza y nos metimos, me acuerdo que en aquel tiempo se estaban construyendo los cajones para los toros, y los albañiles, por irse a su casa, dejaron tirado el material y las herramientas, pronto la corriente de agua lo arrastró todo. Cuando llegamos a nuestro hogar mi mamá andaba en la cocina tratando de salvar la comida, nos dijo que le ayudáramos y pa' pronto subimos lo que pudimos a las gradas y luego nos acomodamos en ventanillas, donde

mi mamá con mis hermanos Luz, Rosa, “Ceci”, Pablo, Manuel y “Laurilla”, ya tenían cobijas, los petates y la olla con frijoles y la cazuela con chile, nosotros cargamos la canasta de las tortillas.



Imagen 1. José Loreto López Luna en la plaza de toros Revolución, imagen tomada en el año 1970.



Ya más tarde comenzó a llover. Recuerdo que, desde lo alto de la plaza se alcanzaba a ver la granja de pollos, que estaba ubicada en lo que hoy es la calle de las oficinas de TELMEX, y nomás mirábamos como la corriente arrastraba las gallinas blancas, también vimos vacas, chivos y puercos, y acá por el lado del puente San José se alcanzaban a ver otras cosas y hasta muebles, mesas y sillas que iban entre el agua.

También me acuerdo que por unas de las puertas de sombra, cuatro o cinco muchachos que venían de León, ayudándose con sus cinturones, intentaban subirse a la ventana grande de la plaza, estuvieron batallando un buen rato para evitar que la corriente se los llevara, pues en esa zona estaba fuerte; mi papá, como era

el guardaplaza, dejó que ese día se quedaran los chavos en las ventanillas de sombra. Cuando llegó la noche, todo estaba completamente oscuro, pues no había luz eléctrica; en aquella penumbra sólo escuchábamos el ruido del agua golpeando la barda del estadio Revolución.

Al día siguiente, domingo 19 de agosto, cuando ya estaba bajando el nivel del agua, mi hermano José junto con David (hijo del profesor Cruces) se fueron a Silao a conseguir comida; ya por la tarde regresaron, nos trajeron pan, galletas, frutas, botellas con agua, entre otras cosas. El lunes 20 de agosto, cuando ya casi no había agua en las calles, me acuerdo que fuimos a ver a mi tía “Lupe” (Guadalupe López Juárez) quien vivía en una vecindad por la calle

Chapultepec (la cual era conocida como “La Polvadera”), casi frente al molino de trigo y a la orilla del río Silao (hoy bulevar Díaz Ordaz); cuando llegamos, nos asustamos al ver que casi toda la vecindad se había caído, porque como todos los cuartos estaban contruidos con ladrillos de adobe, tejas y madera, no resistieron la inundación. Tuvimos que atravesar escombros y un lodazal para llegar al cuarto donde vivían mi tía y mis primos “Yola”, “Paty”, Mario y Florentino, no quedó casi nada de su humilde vivienda, pero, asombrosamente, permaneció intacta un pedazo de la barda, justo donde estaba colgado el Santo Niño de Atocha, todo un milagro. Hoy en día conservamos esa imagen en la casa familiar, donde lo tenemos en un al-

tar, tal y como lo dejaron mis padres.

Los siguientes días, gran cantidad de gente, aun desconcertada, se encargó de limpiar lo que quedó de sus casas, otros estuvieron rescatando de los escombros las cosas que aún servían, muchos más buscábamos comida. Recuerdo que en los columpios que estaban frente al hospital y el estadio de fútbol, se puso una camioneta azul en la que repartían comida, mis hermanos y yo corrimos para ver si alcanzábamos aunque fuera un plato, ¡gracias a esas personas de gran corazón por ayudarnos y darnos de comer! Fueron varios los días que buscamos esa camioneta para tener algo de alimentarnos, posteriormente ya no la volvimos a ver. Cabe señalar que también recibimos ayuda de los



soldados, ellos llegaban con un camión lleno de cosas, pero sólo nos aventaban unos jugos y galletas, después se iban, muchos hombres y mujeres no alcanzaban nada y se quedaban enojados.

Así fue como viví esa triste tragedia del sábado 18 de agosto de 1973, la inundación de mi querido Irapuato.



Imagen 2. El señor José Loreto López Luna con la imagen del Santo Niño de Atocha que quedó intacto durante la inundación de Irapuato de 1973.

Mil historias que contar

Paula Hernández

Yo tengo mil historias que contar sobre la inundación de Irapuato de 1973, ya que diversos miembros de mi familia paterna vivieron ese acontecimiento y cada uno de ellos narra su experiencia de forma muy diferente. En este texto compartiré lo que me contó mi padre, el señor Isaías Hernández Hernández, quien lamentablemente falleció en este año 2023.

En aquel entonces, mi papá vivía en la calle Guerrero número 840, casi frente a la llamada planta de la luz (la cual se encontraba en

lo que hoy es la esquina de la avenida Guerrero y el bulevar Torres Landa). Era bastante larga esa vivienda, pues daba de calle a calle, con mi padre residían sus hermanos y mis abuelos Ma. de la Luz (conocida como doña “Lucha”) y Raymundo Hernández.



Imagen 1. El señor Isaías Hernández Hernández, protagonista de esta historia.



En el año de 1973 mi papá contaba con 16 o 17 años de edad. Sobre lo sucedido previo a la inundación de Irapuato, él nos decía que tenía algunos familiares que vivían cerca de la presa del Conejo, así que conocían bien la situación que se vivía aquellos días de agosto de 1973. También me narró que se escuchaban rumores que decían que gente muy importante perdería la gran inversión que tenía hecha. Ante la situación que se vivía, su familia tomó la decisión de mandar a Morelia a mis tías para que estuvieran a salvo, ahí se quedaron una larga temporada con unos parientes, así que se salvaron de la catástrofe que sufrió nuestra ciudad. Mi padre también contaba que pasaban camiones de militares, quienes aseguraban que todo es-

taría bien, que no habría problemas. Respecto a la lluvia que afectó a Irapuato y la región en aquella época, mi progenitor decía que no caían tormentones, que más bien era “agua de la cortita”, pero que no paraba.

El 18 de agosto de 1973 mi tío “Lalo”, llamado Eduardo Salatiel, fue a ver si era cierto todo lo que se decía sobre la inundación. Alcanzó a llegar hasta donde era la tienda Blanco, espacio que hoy se conoce como Plaza Magna, al ver el torrente se regresó, llegó hasta la planta de la luz y ahí se quedó, la familia no supo nada de él hasta que pasó la catástrofe.

Mientras tanto, mi padre se refugió en su casa junto con su familia, cuentan ellos que la

llegada del líquido no fue como “de poco en poco”, sino que el nivel del agua fue subiendo rápidamente, primero llegaba a los talones, después cubría a las rodillas y llegó hasta el pecho de las personas. La vivienda de los abuelos era de un solo piso, así que la familia se subió al techo como pudo, también ayudaron y refugiaron a gentes que habitaban una vecindad que estaba junto al hogar de mi padre, la cual se derrumbó casi en su totalidad, pues sólo quedó una barda.

Ya pasada la inundación, mi papá comentaba que él y los suyos, al igual que muchos otros irapuatenses, buscaban la manera de sobrevivir, sobre todo de alimentarse. Me narró que cerca de su casa estaba una tienda del Seguro Social, la cual fue resguardada por

los militares, seguramente para evitar robos y pillajes. Al mencionado sitio acudía la gente para comprar leche, pañales, escobas y otras mercancías. Mi padre recordaba que unos muchachos quisieron robar el citado negocio y los militares los golpearon.

Con la bajada del agua también empezaron a aparecer las mascotas que se habían perdido en la inundación, mi papá recuperó a “Canica”, su perra dálmata, quien se refugió en un pedazo de bardita que dividía la casa familiar con la vecindad. Para finalizar esta historia, me gustaría apuntar que mi padre decía que a partir de la inundación de 1973 Irapuato agarró un olor diferente, pues antes de ese suceso olía de otra forma, sabrá Dios si eso sea verdad o sólo



era el parecer de mi papá o una de sus mil historias.



Imagen 2. El señor Isaías Hernández Hernández.

Vimos como la corriente arrastró a dos jóvenes

Hortensia Moreno Olivares

Tengo recuerdos amargos de aquella fecha, aunque gracias a Dios no perdí a ningún familiar, pero sí viví momentos duros. Mi marido Juan Gallegos, mi hijo Higinio y yo vivíamos en la calle Ramón Corona, en unos departamentos que estaban junto al cine Rialto (donde actualmente es un estacionamiento). El sábado 18 de agosto de 1973, ya andaba muy fuerte el rumor de que las presas La Llave y La Gavia se habían reventado y que podía inundarse Irapuato. Yo

trabajaba entonces en el periódico Noticias y también en el Juzgado Municipal (en esa época se encontraba en la presidencia municipal), aunque ese día no fui a trabajar, por la situación que existía; me fui a la casa de mi hija Blanca Laura González, que estaba en la callecita Ramos Arizpe, ya que se encontraba sola y embarazada, cuando llegué y le comenté cómo andaban las cosas, me dijo que mejor se iba a ir con sus suegros, quienes vivían en la calle Morelos, le ayudé a hacer la maleta y se fue.

Después de ayudar a mi hija, me encaminé al Juzgado para subir la papelería a los estantes, por si era cierto que llegaba el agua. Regresé a mi hogar, comencé a preparar una maleta para irme con mi marido, pero me puse muy



nerviosa (tanto que tiré lo que estaba empacando), entonces agarré a mi hijo y nos fuimos al trabajo de Juan, llamado Estudio Gallegos el cual estaba ubicado en la avenida Guerrero. Cuando llegamos encontré a mi esposo midiendo con una varita hasta dónde podía subir el agua; él tenía mucho material de fotografía, para protegerlo lo subimos a la parte superior del negocio, que era un primer piso que tenía departamentos. También preguntamos a las autoridades qué tanto podía inundarse y ellos nos dijeron que sólo iba a ser como un espejo de agua, o sea un charco.

Poco después del mediodía, por todo Guerrero corría el agua, mucha gente iba de un lado para otro y las tiendas cerraban, pero na-

die se imaginaba lo que pasaría en unos minutos, pues ya casi para la una de la tarde muchas cosas y personas andaban nadando. Recuerdo que en el último viaje que hice del negocio al departamento para salvar unas cajas, el agua me llegaba a la cintura, la fuerza que ésta llevaba provocó que se me cayeran los pantalones, entonces le grité a Cristina, la secretaria de mi marido, para que me ayudara, pero no dejé que el material fotográfico se me cayera.



Imagen 1. La señora Hortensia Moreno Olivares, protagonista de esta historia, imagen tomada en 1975.

Por fortuna, un cuarto de los departamentos estaba solo y ahí pudimos poner unas cobijas para dormir, pues ya no se podía salir a la calle (ésta parecía un río y nada se podía hacer). Más tarde nos subimos a la azotea del edificio, desde ese punto, todos asustados y mojados, veíamos con tristeza como la corriente llevaba animales muertos, muebles, varios carros y otras cosas. También recuerdo que, ya en la tarde, estaban dos muchachos en la esquina de Revolución y Guerrero agarrando todo lo que se salía de una mueblería cercana, ya tenían un buen de cosas, cuando de repente llegó como una ola y se los llevó, nomás manoteaban y nosotros, igual que mucha otra gente que se encontraba en las azoteas, vimos con impotencia cómo los arrastró la

corriente, que era muy fuerte, nadie tenía unas cuerdas para ayudarlos; posteriormente sólo pudimos ver parte de su pelo y desaparecieron, fue una cosa muy triste y dolorosa para todos. Y pienso que así como esos muchachos, otras personas murieron igual.

Ya más tarde nos dio hambre, resulta que nomás teníamos para comer un paquetito de galletas Marías y un garrafón de agua, fue lo que estuvimos comiendo mi marido, mi hijo, Cristina la secretaria y yo, puras galletas y agua. Cuando llegó la tarde noche, vimos desde la azotea que enfrente se atoraron dos carros que la inundación traía arrastrando, a contra corriente iban cinco muchachos, dos mujeres y tres varones, pero como el agua ya les daba

hasta el pecho, sólo pudieron llegar hasta donde estaban los autos y se subieron a éstos para no ahogarse, ahí se la pasaron. Ya de madrugada, se escuchaba el ruido de la corriente, cerca de las 5:00 de la mañana oí muchos gritos de la muchachitas, como si se las hubiera llevado el agua, cuando amaneció nos asomamos y ya no estaban aquellos jóvenes.

El domingo 19 de agosto, mi esposo Juan, como muchos otros irapuatenses, bajó de nuestro refugio para buscar comida, pero sólo pudo encontrar unas latas de atún, pan dulce, pan blanco Bimbo, galletas y una Coca Cola grande. Como al medio día le dije a mi marido que fuéramos a ver cómo estaba mi papá, quien vivía en la calle Primo Verdad, ahí observamos

mucha destrucción porque la mayoría de las casas eran de adobe y teja. Había mucha gente llorando, otra sacando lo que podía de entre los escombros, en un montón de lodo, vigas y cosas estaba un señor chillando y abrazando a un perrito muerto. Mi padre Roberto Moreno Rosete ya era anciano y vivía solo, por eso nos asustamos al llegar a su casa y no encontrarlo, pensamos lo peor, pero gracias a Dios unos vecinos lo habían rescatado al amanecer, después de que toda la noche y madrugada se la pasó entre el agua, colgado del barandal de una ventana. Todo mojado y lleno de lodo apestoso nos llevamos a mi progenitor al negocio de Guerrero, pero al llegar se sintió mal, ya no pudo caminar y tuvimos que ingresarlo al hospital

militar, donde se quedó tres días. Cabe señalar que trasladamos a mi papá en nuestro auto, el cual, antes de la inundación, mi esposo lo había dejado en la carretera a Salamanca, debajo de un árbol.



Imagen 2. El señor Roberto Moreno Rosete y María Luisa Olivares, padres de Hortensia Moreno, año 1970.



Por la tarde yo me fui al periódico Noticias (hoy llamado El Sol de Irapuato), cuyas instalaciones estaban en la calle Allende 54, encontré a mis compañeros sacando los escritorios y máquinas al patio, pregunté si íbamos a trabajar y dijeron que sí, las notas las hicimos en manuscrito y las mandamos a León para que allá se imprimieran, por eso hasta el lunes se publicaron.

Después de la inundación tuve triple trabajo: limpiar las instalaciones del periódico, las del Juzgado Municipal (había que tirar los archivos que se mojaron y se echaron a perder), luego sacar el agua y lodo de mi casa. Por fortuna no fueron muchas las cosas materiales que perdí, comparado con otras gentes, pues en

mi calle no subió tanto el nivel del agua. Pero el lunes 20 de agosto, cuando llegó mi hija Laura, fuimos a ver su vivienda, resulta que ya no existía, pues una de las paredes de adobe se cayó y por ahí la corriente sacó todo, la familia de mi hija se quedó en la calle y sólo con lo que traían puesto, nada de lo poco que quedó entre los escombros servía.

Abro un pequeño paréntesis para contar la historia del licenciado José Manuel Andrew, un amigo del Juzgado Municipal, a quien lo agarró el agua por la avenida Guerrero, cuando se dirigía a su casa ubicada en la calle 5 de Mayo, al llegar a Ocampo ya no pudo seguir, para salvar su vida se subió a un poste de madera que tenía unos fierritos como escalera, ahí

se la pasó hasta que unos vecinos le aventaron una reata para que se amarrara de la cintura y lo rescataron.

Ya casi para finalizar, me gustaría apuntar algo bueno que nos pasó después de la inundación y que nos ayudó a salir adelante: el dueño del periódico Noticias, el coronel García Valseca, el lunes mandó un camión cargado de colchones, cobijas y despensas, mismas que nos repartieron a todos los trabajadores.

Ya pasaron 50 años, la inundación fue algo muy triste para todos los que la vivimos, recuerdo aquel 18 de agosto de 1973 como si hubiera sido ayer, sobre todo a esos muchachos que se llevó la corriente, pues lo más se-

guro es que hallan muerto, como muchos otros irapuatenses.



Imagen 3. La señora Hortensia Moreno Olivares con varios compañeros del periódico Noticias.



A los hermanos y hermanas irapuatenses que sobrevivimos la inundación de 1973

Héctor Gerardo Gallardo Miranda

La fecha es conocida por todos, unos la vivimos y padecemos, otros murieron en ésta, a los más jóvenes se las relatamos. Ese día pasó a ser parte de la historia de nuestra ciudad, 18 de agosto de 1973, así lo vi y así lo viví.

En aquel entonces vivía con mis padres, Guille Miranda Machado y Héctor Manuel Gallardo Almaraz; con mi abuela paterna Hermelinda Almaraz Soto; y con mi hermano

mayor, del mismo nombre de mi papá. Nuestro hogar estaba en el corazón de esta ciudad, específicamente en la casa marcada con el número No. 86 de la calle Allende.

En 1973 era un niño, por mi corta edad no dimensioné el peligro de lo que estaba por pasar, sin embargo recuerdo bien el suceso. Aquel 18 de agosto mi tío Octavio Duarte llegó a nuestra casa, sacó, no sé de dónde, un polín o viga, la cual puso a todo lo largo de la puerta principal, esto con la intención de que no entrara el agua, en caso de que ésta llegara. Después de terminar esa maniobra, mi tío salió por una ventana para ir con los suyos, su domicilio estaba a unos cuantos metros, en la calle Vallarta No. 630. Mientras tanto, mis

padres y mi abuelita hacían movimientos en nuestra casa; subían cosas a la azotea y muy nerviosos caminaban de allá para acá. Cabe señalar que Óscar, el hermano más pequeño de mi madre y quien también era un niño, estaba de vacaciones con nosotros (él estudiaba en la Ciudad de México, vaya forma de vacacionar, justo en la inundación de Irapuato de 1973).

Recuerdo que Óscar, mi hermano Prin y yo estábamos en una recámara, sentados en un colchón, mi tío comía una torta de frijoles que le había dado mi mamá porque dijo que tenía mucha hambre. El colchón en el que nos encontrábamos estaba fuera de su base, pues había sido jalado por mi madre con la intención de que en algún momento lo subieran a la

azotea, cosa que nadie hizo, así que quedó con una parte en el suelo y la otra sobre la cama. Un tiempo después, vimos que entró el agua a la recámara y no hicimos nada por levantar el colchón, éste se empezó a humedecer y nosotros tres, al fin niños, estábamos muy tranquilos, divirtiéndonos viendo cómo se mojaba. Alguien dijo: “*vámonos para arriba*”, y en efecto, todos nos fuimos a la azotea.





Imagen 1. Héctor Gerardo Gallardo Miranda y su hermano Prin en el corredor de la extinta casa de la calle Allende No. 86, donde pasaron la inundación de Irapuato de 1973. El inmueble se encontraba donde hoy existe un estacionamiento, justo a un lado del Sanatorio Santa Teresa.

Ya “instalados” en el techo de la casa, nos asomábamos hacia la calle como si estuviéramos en un balcón. Sentíamos, o eso era lo que nuestro padre nos decía, que la inundación sería cosa de unas cuantas horas, que el agua no tardaría mucho en pasar. Y así fueron transcurriendo los minutos, las horas. En otro vistazo que dimos por el “balcón”, nos dimos cuenta que el nivel del agua estaba ya muy alto, el panorama se tornó muy distinto: la calle de Allende era literalmente un río, vimos a personas que se aferraban a alguna de las ventanas de las casas, otras se sujetaban de algún poste.

—“No tardará mucho en bajar el nivel del agua”, insistía mi padre de manera estoica,

tomando su papel de jefe de familia.

—“*¡Olvidamos el agua para beber!*”, dijo mi madre; y añadió: “*el garrafón se quedó en la cocina*”.

—“*Voy por él*”, contestó mi padre, a la vez que se dirigió hacia la escalera de caracol por la que habíamos subido horas antes.

Tardó, sí que tardó en subir mi padre, pero finalmente lo vimos regresar, caminando con mucha dificultad, pues el agua le llegaba hasta el pecho, pero eso sí, con la misión cumplida, llevaba el garrafón abrazado como si fuera un bebé recién nacido.

Después de la aventura de mi padre, estuvimos por muchas horas asomándonos desde el “balcón”, recuerdo que pasaron flotando

billetes, muchos billetes (posteriormente decían que se habían salido del banco); también me acuerdo haber visto pasar cocos, sí, muchos de ellos, de esos que dan las palmeras donde se suben los changos en las caricaturas (después se supo que un camión que venía cargado de esa fruta se había volcado por el torrente impetuoso del líquido de las presas); asimismo vi pasar un enorme e impresionante tanque del tamaño de un camión, era uno de los depósitos de hidrocarburo propiedad de la gasolinera ubicada en la avenida Guerrero (que estaba a un costado de la tienda Blanco); igualmente un carro pasó haciendo su “desfile”, al parecer era un Volkswagen; además de un bulto blanco, éste era un cuerpo, observé la espalda de un hombre

inerte con camisa blanca. Todo lo narrado lo vi pasar de derecha a izquierda, es decir, de la calle de Altamirano hacia la avenida Guerrero.

Llegada la noche del 18 de agosto de 1973, la familia Vallejo Esquivel, quienes eran nuestros vecinos, nos hicieron el favor de prestarnos un cuartito que tenían en su azotea, magnífico gesto de solidaridad humana, y ahí pasamos la noche, que, para acabarla de amolar, recuerdo que de vez en vez lloviznaba.

No olvido que en esa madrugada me desperté (no sé con quién dormía, si con mi madre, con mi abuelita, o con ambas, no lo recuerdo), salí del cuartito y encontré a mi padre sentado en unos escalones, estaba fumando un cigarrillo y oía la radio. Me dijo:

“estoy al pendiente escuchando las noticias, tú duérmete, tranquilo, no pasa nada”. Y en efecto, yo estaba tranquilo, pues por mi corta edad verdaderamente no consideraba en su justa dimensión el problema, la tragedia que estaba viviendo nuestra ciudad y los irapuatenses.



Imagen 2. El señor Héctor Manuel Gallardo Almaraz junto con su hijo Prin (quien lo abraza) y Héctor Gerardo Gallardo Miranda, protagonista de esta historia. Fotografía tomada en el año 1973.

Por su parte, mi madre cuenta que ella nunca tuvo miedo, pues era joven y sentía el apoyo siempre decidido de mi padre, a quien veía

como un superhombre, así que pensaba que la inundación no pasaría a mayores. Sin embargo, pasados los años mi mamá me llegó a decir que mi padre, muy discretamente y sin que lo escuchara mi abuelita porque ella sí estaba muy nerviosa, le dijo: *“Fíjate en aquella raya [se refería a una línea que estaba en la casa de enfrente, la cual pertenecía al Dr. Araujo], si el agua sube hasta esa marca, entonces habrá que tomar otras medidas, y ya no debemos seguir esperando más, mientras no llegue a esa raya, permaneceremos aquí sin problema”*. Y es que llegó un momento en que no se sabía si la inundación subiría o ya no (de repente sentíamos que sí lo haría, pero de rato como que bajaba, estábamos desorientados).



Afortunadamente el agua no alcanzó al nivel impuesto por mi padre.

Cabe señalar que no fuimos los únicos de la calle Allende que sufrimos la inundación. Unos vecinos de enfrente, quienes se encontraban en la azotea de su hogar, le gritaron a mi padre si tenía algo que les pudiera pasar para comer, él les lanzó una caja de galletas y tristemente ¡no llegó! Cayó al agua; en un segundo intento, aventó una lata, no sé si de atún o sardina, y ésta se estrelló en la pared, así que terminó en el agua. ¡Qué lamentable! se desperdiciaron alimentos en momentos de desgracia y carestía, literalmente echados al agua, pero bueno, la intención ahí estuvo, aunque recordarlo provoca un nudo en la garganta.

Finalmente, cuando llegó el bendito día en que el agua cedió, bajamos de la azotea, todo era lodo, caminábamos con mucho riesgo de resbalar. Nos subimos a un vehículo grande (tengo entendido que era propiedad del profesor Félix Guerra, quien, además de ser amigo de mi familia, era el director de la Academia América, institución que estaba ubicada en la esquina de Allende y Altamirano), pues el carro de mi señor padre, un Ford LTD, fue pérdida total, ya que lo había dejado en el estacionamiento subterráneo de su oficina, la cual se encontraba en el edificio Montibeller (situado éste último en la avenida Guerrero, frente a donde estaba la conocidísima peluquería La Regia), así que el auto familiar quedó como el Titánico.

Gracias a Dios, mis familiares y yo salimos sanos y salvos de la inundación y podemos contar la historia, aunque no todos tuvieron la misma fortuna, puesto que muchos perdieron a sus seres queridos. Un abrazo fraterno a los hermanos y hermanas irapuatenses sobrevivientes de la inundación de 1973.



Imagen 3. Fotografía tomada unos días antes de la inundación, en la cual aparece el autor de esta narración, su hermano Prin, y su tía Petra Almaraz Soto, los tres sentados en el auto Ford LTD que se destruyó en la inundación. Al lado izquierdo se observa una parte de la fachada de la casa No. 86 de la calle Allende.



El Gallo del Bajío, “en la esquina de Guerrero y Terán donde más barato dan”

Juan Antonio Padilla Rivera

**Sábado 18 de agosto de 1973, 11:00 a.m.,
central camionera de Irapuato**

Mi amigo Jorge Carrillo y yo estábamos en la central de autobuses de Irapuato, acabábamos de llegar de Guanajuato, ciudad a la cual asistíamos para tomar el curso propedéutico en la Facultad de Arquitectura de la Colmena Universitaria, pues estábamos registrados para

presentar el examen de admisión. Salimos de la Central y nos dirigimos a tomar el camión urbano que nos llevaría a nuestras casas, una vez que ocupamos los asientos y el vehículo inició el trayecto, se enfiló rumbo al boulevard Díaz Ordaz, en donde nos percatamos que había muchas personas afuera de sus casas, como esperando algo. No teníamos la menor idea de lo que pasaba, pero notamos cierta agitación, por lo que le pregunté a una señora que iba en el asiento delantero qué es lo que sucedía, me contestó que la presa del Conejo se había reventado y que se esperaba que llegara mucha agua a la ciudad. Esa noticia nos inquietó mucho y de inmediato imaginé las terribles escenas de tantas películas de desastres que veíamos en el

cine, pero, contrario a lo que se muestra en la pantalla grande, los y las irapuatenses se veían tranquilos, no corrían ni gritaban, tampoco estaban arriba de las azoteas, todo eso me pareció incongruente.

Mi amigo y yo nos pusimos nerviosos, el ambiente de las calles no era para menos. Jorge Carrillo se bajó del camión por las Oficinas de Gobierno, él vivía en Los Eucaliptos, yo continué el viaje hasta la Preparatoria Oficial, donde me bajé y caminé hasta mi casa, que estaba a unas cuerdas. Al llegar, mi mamá Marina Rivera Buzo me puso más inquieto al comentarme que la presa del Conejo traía, además del agua que guardaba su cortina, el líquido de dos o tres presas más, así que se esperaba algo grande. Al

preguntar por mi papá, llamado Alfonso Padilla Acevedo, me comentó que no tardaría en llegar, que estaba en el negocio familiar, llamado El Gallo del Bajío (“*en la esquina de Guerrero y Terán, donde más barato dan*”).

Mi casa, aunque era grande en extensión, sólo tenía un área pequeña en la segunda planta. Junto con Salvador Alcantar, el señor que nos ayudaba en casa, nos pusimos a subir al segundo piso lo más importante, los objetos que eran demasiado pesados los colocamos en mesas o bancos. Después, fuimos a la huerta a llenar costales con tierra, para luego colocarlos en la puerta, preparamos varios, me imaginaba que iban a ser una buena barrera contra el agua y que mi hogar sería una isla.



Producto de la inquietud, de vez en cuando me asomaba a la calle, ¿qué esperaba ver? No lo sé. Tal vez una tremenda ola de agua barriendo con todo a su paso o ambulancias sonando su sirena (esas películas haciendo acto de presencia nuevamente), pero lo único que pasaba era ¡nada!, era grande la zozobra. En una de esas salidas a la calle vi que el agua ya venía por la esquina, despacio, como cuando se tira una cubeta de agua al piso, era una pequeña cantidad que avanzaba con paso seguro, de a poco, pero sin perder el impulso. La inundación llegó a la puerta de mi casa y en cuanto entró en contacto con el primer costal, vi que la tierra salía con mucha facilidad y comprendí que ese muro protector que había imaginado no

nos ayudaría en nada. Poco más tarde, cuando el agua ya llegaba a los tobillos, entró mi papá con los zapatos en la mano, nos comentó que él y Salvador Flores, el gerente del negocio, habían recogido lo más que pudieron en el Gallo del Bajío y que el ambiente estaba tenso en el centro de la ciudad. Nos pusimos a subir o a fijar muebles o cosas sueltas, pero había mucho que hacer y el agua comenzó a llegar con más fuerza y a subir cada vez más rápido de nivel. Mi casa estaba en las partes altas de la ciudad y aún así el agua subió como 1.70 metros.

Con todas las gentes y las mascotas de mi casa refugiados en el segundo piso, el lugar parecía el arca de Noé, pues había cinco personas (mis padres, don Chava, doña Lupe y un ser-

vidor), dos perros, un gato, dos canarios y dos peces. Gracias a estos últimos teníamos un garrafón de agua purificada en nuestro hogar, ya que para el consumo humano mi mamá hervía el agua, como se hacía en casi todas las casas irapuatenses, gracias a ese garrafón pudimos satisfacer la sed.

Empezó a caer la tarde, la calle donde vivíamos, llamada Francisco Hernández, era un verdadero río. Por otra parte, en Casimiro Liceaga pasaban flotando muy rápido carros, gallinas, puercos, chivas, perros, llantas, tinacos para agua y una que otra gente (que en cuanto podía se aferraba a algún árbol). En dos ocasiones ayudamos a personas a subir hasta donde estábamos, cabe señalar que no teníamos sufi-

ciente comida ni agua para todos los que terminamos en la casa, así que nos vimos en la necesidad de racionarlo todo.

En otro momento el sonido del agua corriendo hubiera sido agradable, en esas circunstancias daba miedo, no se acababa, era un constante fluir de agua y más agua. Dormí a ratos y como pude en un sillón, así logré pasar la primera noche.

Domingo 19 de agosto, 10:00 a.m.

Con la luz del día se veía peor el panorama, era desolador, en los árboles había atorada basura de diversos tipos junto con animales de distintas especies, era una vista aterradora. El agua



dejó de correr, pero estaba estancada, no bajaba el nivel ni un poco. Salí a dar un recorrido por la colonia, saludaba a los vecinos, preguntando cómo estaban, todos bien gracias a Dios, me decían. Casi todas las casas de la zona eran de dos plantas, así que las personas no la pasaron tan mal. Seguí caminando y llegué hasta la avenida Guerrero, en ese sitio tenía que moverme con mucho cuidado, pues la altura del agua era mayor que en mi vivienda, cuando menos 1.80 metros, creo que en los peores momentos pasó de los dos metros de altura. Como señalé, tenía que ir con cuidado, de preferencia ayudado con un palo, pues, según me dijeron, había alcantarillas abiertas y algunas personas cayeron en ellas. Por la tarde comenzó a bajar el nivel de

agua, parecía que la situación cambiaba para bien.

Lunes 20 de agosto, 11:00 a.m.

Con el agua a nivel de los tobillos, acompañé a mi papá a ver cómo estaba el centro de la ciudad y a revisar El Gallo del Bajío. La avenida Guerrero, por donde íbamos, estaba llena de personas caminando o afuera de sus casas, todo lleno de lodo, de repente un tipo empezó a gritar “ahí viene el agua, ahí viene el agua”, todos con la psicosis de lo vivido nos pusimos nerviosos, era el agua potable, ¡desgraciado!, qué susto nos metió.

Llegamos a la tienda, vimos que la cortina metálica de la esquina de Guerrero y Terán, estaba levantada en una de sus partes, esto se debió a dos factores: a la fuerza con que el agua y los objetos que ésta arrastraba la golpearon; y el otro, a los vecinos que terminaron de hacer la obra de la inundación y sacaron la cortina de sus rieles, por supuesto, se metieron a saquear todo.

Mi papá y yo entramos por el boquete y lo que vimos fue espeluznante: ¡nada!, un local de aproximadamente 40 metros x 40 metros, 1,600 metros cuadrados, ¡no tenía absolutamente nada! En el interior todo era penumbra, sólo se veían unos tenues rayos de luz, se podía sentir el enorme vacío; en el suelo había una

capa de lodo de 30 centímetros, que escondía muchos vidrios rotos (así que teníamos que caminar con cuidado), anaqueles de madera tirados y enlodados, y lo poco que la gente había dejado; los maniqués de los aparadores, mudos testigos de la tragedia, tenían como vestimenta gruesas capas de fango. Los vecinos de la tienda y los que vivían en el mismo edificio, auxiliándose con los carritos del súper, se habían llevado: piezas de tela completas, latería diversa, botellas de bebidas alcohólicas, máquinas de escribir y calculadoras, en fin, cargaron con todo lo que pudieron. Si lo pienso por un instante, era una situación de emergencia y en El Gallo del Bajío había comida y bebidas alcohólicas que podrían hacer más ligera la situación



de crisis que vivíamos, las telas y las máquinas fueron un extra.

En ese momento no entendí el tamaño del problema, pero para mi papá debió haber sido un golpe muy duro ver reducido a lodo el esfuerzo de tantos años de trabajo, pero él era más grande que eso y nunca lo vi apesadumbrado, de inmediato empezó a dar instrucciones para iniciar la limpieza. Ahora lo digo con mucho orgullo, mi padre era de la clase de hombres que no se detienen a pensar en el problema, sino en la solución. Con el paso del tiempo y con mucho trabajo recuperó parte de lo perdido, tal y como aconteció con la ciudad y sus habitantes.

¿Dónde está la florecita que se iba a tragar toda el agua?

Héctor Castro Gutiérrez

Mi nombre es María González Vega, yo tenía 16 años de edad cuando se reventó la presa del Conejo, aquel 18 de agosto de 1973. En ese entonces trabajaba en el fraccionamiento Española, en una casa ubicada en la calle Bugambilias; mientras realizaba mis actividades cotidianas, llegó personal de Protección Civil y por medio de una bocina nos avisaron que desalojáramos las viviendas porque ya estaba muy cerca la inundación, que el agua ya había llegado a la

calle Las Rosas, en la misma colonia Española; sin dudarlo, hice caso y me fui a mi hogar.

Yo vivía en la colonia San Gabriel, en la calle Heriberto Jara, ahí residía junto con mi mamá, mi papá y mis hermanos. Llegue a mi colonia, recuerdo que la gente estaba muy asustada, a pesar del miedo que teníamos, todos los vecinos nos echamos la mano, muchos nos pusimos a preparar costales con arena, los cuales colocamos en la entrada de nuestras casas, esperábamos que eso evitara la entrada del agua.

Entre las 10:00 o 10:30 de la mañana la inundación llegó por el rumbo de San Antonio de Ayala, después tomó por la avenida de la Reforma y se fue a Guerrero, esparciéndose por



todo Irapuato. Recuerdo que no toda mi colonia se inundó, algunas casas, como la mía, se salvaron y el agua no entró. La corriente arribó hasta el terreno donde hoy está el ISSSTE, que para esa época aún no existía.

Para ponernos a salvo de la inundación, yo y mi familia nos fuimos a dormir a otra casa, ya que la nuestra era de adobe, en ese sitio estábamos muchas personas refugiadas, la mayoría se tuvieron que acostar en el suelo, pues no había más lugar; no olvido el chilladero de los niños y niñas que ahí se encontraban, lloraban de hambre y no contábamos con alimentos ni agua para beber. Tampoco teníamos luz eléctrica, así que pasamos a oscuras la noche de aquel 18 de agosto de 1973.

Cuando por fin bajó el nivel del agua, comenzamos a escuchar un montón de historias sobre lo que la gente vivió, vio y escuchó durante la inundación: las pérdidas materiales y la muerte de personas; que el agua llegó hasta Rancho Grande; que un señor se había quedado en un poste y unos buenos samaritanos le aventaron un lazo para ayudarlo y lo traían jalando; que en la calzada de los Chinacos, cercana a mi casa, se escuchaba muy feo el paso de la corriente; hombres, mujeres y niños atrapados en la azotea de sus hogares; los muertos en el estacionamiento subterráneo de Blanco; individuos que flotaban en la corriente gracias a unas tablas de madera; cajas de muerto que pasaban y aún llevaban al difunto dentro; el miedo y el

pánico que los y las irapuatenses sintieron.

El agua subió como dos metros y medio en algunas partes de Irapuato, pero gracias a ese fenómeno nuestra ciudad cambió, se modernizó. Terminó diciendo que muchos no creían que se fuera a inundar Irapuato, recuerdo que una señora aseguraba que ella se iba a tragar toda el agua que llegara, cuando la ciudad se inundó la gente preguntaba ¿dónde está la florcita que se iba a tragar toda el agua?

Orgullosamente irapuatense y del barrio “El Ranchito”

Martha Torres Hernández

En 1973 mi domicilio se encontraba en la calle 15 de Septiembre (en la cuadra entre Bolívar y 15 de Febrero, cerca de la “cuchilla” que se extiende hasta avenida del Trabajo). En el mes de mayo de ese año cumplí siete años de edad, estaba de vacaciones y a quince días de ingresar al segundo grado en mi querida Escuela Primaria Urbana No. 4 Niños Héroe.

Sobre lo sucedido aquel 18 de agosto, recuerdo que previniendo lo peor y en un in-

tento por evitar que el líquido entrara a nuestra casa, mi abuelo materno Jesús Hernández Cuevas, quien trabajaba como mayordomo en unos plantíos de fresa que estaban en los terrenos que hoy pertenecen a la Universidad Privada de Irapuato (UPI) y al fraccionamiento Villas de San Cayetano (antes San Cayetano de Luna), llenó costales con tierra lama, los cargó en una camioneta y con ellos tapó la puerta de nuestro hogar, mi abuelo pensó que eso sería suficiente para detener la corriente.

Ya a mediodía se empezó a correr el rumor: “¡ahí viene el agua!, ¡se rompió la presa El Conejo!”. Las vecinas comentaban la situación sin saber qué hacer, entre ellas se encontraba mi mamá Martha Hernández. Al parecer

el hijo de doña “Tita” (una querida y recordada vecina con quien viví bonitas experiencias) salió corriendo con dirección al boulevard Díaz Ordaz para constatar los rumores, él logró llegar hasta donde existían unas vías del tren, prolongación de la estación de ferrocarril, en las cuales había vagones que servían de vivienda a familias (actualmente es el boulevard Luis Donaldo Colosio). El joven llamado “Pepito” Vargas (hijo de don “Pepe”, dueño de la tienda La Villa Olímpica, la cual estaba ubicada en avenida del Trabajo) se encontró con el agua en este lugar y regresó rápidamente a su casa (que estaba a dos de la mía) y confirmó: “*¡Ahí viene el agua!*”.

Poco después de eso, mi mamá y yo está-

bamos en la calle y le pedí que me dejara ir a la esquina de la casa para ver si ya venía el agua, por supuesto que no me lo permitió. En ese momento vimos como la inundación llegaba a Bolívar y daba la vuelta hacia mi calle, penetró por la esquina donde se encontraba El Barrilito (un bar muy famoso que servía de referencia en mi barrio). Recuerdo que el líquido comenzó a subir de nivel, rápidamente cubrió la banqueta.

Después de que el agua dio la vuelta y se aproximó a nosotras, tuvimos muy poco tiempo para proteger nuestras cosas. Previamente mi mamá había doblado las colchas de las camas para que no se mojaran; la consola la puso encima de la cama, creo que en la cocina todo quedó igual, pues mi madre no se preocupó por



la estufa, ya que era de petróleo y supuso que el agua no la afectaría, al fin y al cabo, decían que ésta sólo subiría veinte centímetros.

La casa donde yo y mi familia vivíamos era rentada, aparentemente tenía una buena construcción, pues así lo denotaban sus acabados, pero el techo era de teja, así que no podíamos refugiarnos ahí de la inundación. Nuestra vecina de la izquierda tenía una hermana, quien era dueña de la casa contigua a la suya, ese inmueble era de dos pisos y su entrada estaba por la avenida del Trabajo. Mi mamá y nuestra vecina de la derecha (de quien no recuerdo su nombre, sólo que era esposa de un ferrocarrilero, y quien de seguro estaba trabajando fuera sin poder apoyar a su familia) pidieron permiso

para quedarse en el segundo piso, la propietaria de la vivienda, un poco renuente, aceptó con la condición de que no pasáramos a las habitaciones, recuerdo que mi mamá sólo pudo sentarse en los “pies” de una cama y acostar en la orilla a mi hermanita Brenda Araceli Torres Hernández de un año cumplido en junio, los demás debíamos estar en el patiecito que se encontraba al lado, mi hermano Marco Antonio Torres Hernández cumplió cuatro años aquel 18 de agosto de 1973, él se sentaba en el piso, recargándose en las piernas de nuestra madre. Es preciso señalar que no tuvimos tiempo para llevar muchas cosas con nosotros, recuerdo que mi mamá subió el dinero que tenía y el costal de manta en el cual acostumbraba guardar los

pañales y ropa de los bebés.

Poco después, la vecina con la que estábamos nos donó la comida que tenía en el refrigerador, mi tío Juan Hernández Olvera, hermano de mi mamá y quien vivía con nosotros cuando mi papá se encontraba trabajando fuera, bajó por las cazuelas, nos llevó los alimentos y un garrafón de vidrio con agua, la que sirvió para preparar el biberón de mi hermanita. Algo curioso de contar: esa fue la primera vez que vi un garrafón de vidrio con agua, para mí fue una novedad porque en casa tomábamos agua directamente de la llave y así se usaba en todas las casas del barrio y de mis familiares.

Más tarde mi tío Jesús Hernández Olve-

ra, hermano mayor de mi mamá, y mi tío abuelo Adolfo Olvera Ortega, hermano de mi abuela materna, aparecieron en el patio con nosotros, llegaron todos empapados pues el nivel del agua les llegaba hasta el pecho, cabe señalar que mi madre le había pedido permiso a la dueña de la casa para que subieran con nosotros.

No recuerdo todos los detalles de aquella noche del 18 de agosto de 1973, lo poco que guardo en mi memoria es: lloviznaba; tenía hambre y pedía mi leche; hacía frío porque estábamos a la intemperie y me dolían las piernas (aparentemente eso se debía a una fiebre reumática consecuencia de padecer de la garganta recurrentemente, bueno, eso yo lo escuchaba de mi mamá); oí crujidos más de una vez, ese



sonido antecedió a la caída de las casas, así supimos que muchos inmuebles del rumbo eran de adobe y repellados con cemento, entre ellos nuestra hogar, el cual se derrumbó.

Al día siguiente, a media mañana, comenzó a bajar el nivel del agua; la gente, sobre todo hombres, comenzaron a caminar por las calles, iban pegados a la pared y agarrándose de las protecciones de las ventanas. Mis hermanos y yo teníamos hambre, así que mi tío bajó y compró leche en polvo para mi hermanita bebé y una caja de galletas, productos que consiguió en la tienda de don Santos, la cual se encontraba en avenida del Trabajo.

En esos momentos las calles parecían canales, se veían pasar lanchas con militares que ayudaban a unir familias que habían quedado separadas. Un poco más tarde mis parientes y yo cambiamos de “albergue”, una amiguita de mi mamá, quien la apreciaba mucho, llamada “Chuya” Soto, nos invitó a su casa, la cual estaba ubicada en un segundo piso, en la calle Bolívar, a un lado de la tintorería Veracruz. Frente a ese domicilio había una cenaduría en la que vendían todo tipo de antojitos, entre éstos unos pescuezos de pollo fritos (que eran los favoritos de mi abuelo). Los propietarios de ese negocio también fueron albergados por la amiga de mi mamá, ellos subieron toda la comida que tenían para la venta de la noche; cuando yo y mi fami-

lia llegamos nos compartieron los alimentos y comimos de lo lindo.

En el transcurso del domingo 19 de agosto, el nivel del agua siguió bajando, como a las seis de la tarde mi familia y yo dimos la vuelta para visitar nuestra casa, estaba derrumbada, los bultos de arena que había puesto mi abuelito se reventaron, así que no se podía abrir la puerta pues el lodo la atascaba, después de cierto esfuerzo pudimos entrar, mi mamá comenzó a buscar y sacar algunas cosas, entre ellas documentos; mientras tanto, yo y otros niños de mi edad nos metimos al charco más hondo que aún quedaba tras la inundación, estaba en la esquina de El Barrilito, no nos importó que el agua estuviera sucia, era la oportunidad de

“nadar” y divertirnos.

De regreso a nuestro “refugio”, en el patio de la casa mi mamá extendió los documentos para que se secaran, entre ellos estaba mi acta de nacimiento, la cual conservo y aún tiene los restos de un lodo renegrido. No recuerdo cuántos días duramos con la amiguita de mi mamá, pero hasta el día hoy le agradezco su solidaridad.

Posterior a la inundación, me acuerdo de haber estado en la esquina de Bolívar y avenida del Trabajo, en una fila para vacunarme contra la tifoidea, las enfermeras se encontraban donde había un teléfono público, afuera de un tendajón, negocio que, al parecer, jamás se ha



vuelto a abrir, ya no lo supe con certeza porque después nos fuimos a vivir del otro lado del boulevard Díaz Ordaz, en la colonia Santa Julia. Nuestro nuevo hogar se encontraba en la privada Río Amacuzac, era la casa de mis abuelos maternos, ahí nos quedamos hasta que encontramos otro lugar donde rentar. En esos momentos yo era muy feliz, porque en nuestra nueva calle había muchos niños y jugábamos toda la tarde. En esos días yo enfermé de tos, seguramente se debió a la humedad que quedó tras la inundación y el calor que se generaba por tantas personas que vivíamos con los abuelos (recuerdo que los vidrios de las ventanas se empañaban mucho), pero todo eso no impidió que jugara, corriera y corriera.

Una vez que bajó totalmente el nivel del agua, los irapuatenses comenzamos a lavar interminables montones de ropa enlodada y a limpiar las casas y calles, en éstas últimas se podían ver montones de objetos y basura que recogían los camiones. Mi escuela primaria, la Niños Héroes, se convirtió en albergue de las familias que se quedaron sin casa, recuerdo que la genta pasaba la voz de que ahí sería el punto de reparto de despensas, así que las señoras corrían y regresaban con una bolsa con alimentos y una cobija gris con orilla azul rey de tafeta o algo así.

Hago un breve paréntesis para señalar que la inundación la vivimos sin mi papá Felipe Torres Cuéllar, él se encontraba trabajan-

do en otro estado y le fue imposible regresar, ya que cerraron carreteras y no se podía entrar a Irapuato. Por su parte, mis abuelos paternos tampoco pudieron llegar hasta nosotros, pues ellos vivían en la comunidad de La Paz, municipio de Guanajuato, cercana a San Vicente, esta última perteneciente a Irapuato.

En esos días hubo una cosa que me ponía feliz: ver un globo enorme de color en el aire, porque eso indicaba que el Ejército mexicano estaría ahí repartiendo frutas y verduras, despensas y comida, estuvieron varios días así, no recuerdo cuántos. Lo que no olvido es que los niños hacíamos una fila sentados en la banqueta de San Juan Bosco, por la calle Grijalva esquina con lo que hoy es el boulevard

Lázaro Cárdenas, pues en ese sitio recibíamos los desayunos.

Como reflexión personal sobre este acontecimiento histórico, quiero decir que por mi inocencia y corta edad no logré comprender a cabalidad la magnitud de la situación que se vivió aquel 18 de agosto de 1973: la casa que rentábamos se cayó; nos quedamos sin muebles (hasta la consola que según estaba muy segura encima de la cama se partió en dos al caerle el techo y parte de la barda); el vivir hacinados con mis abuelos hasta encontrar casa en renta; el no poder asistir a la escuela en el tiempo señalado; además de haber sentido sed, hambre, tristeza. Pero, también recuerdo que en medio de esos momentos difíciles floreció la unión familiar y



la solidaridad, lo cual nos ayudó a salir adelante. Con el paso de los años pude reconocer que los irapatenses que vivimos la inundación de 1973, en esos días difíciles valoramos más la vida y dejamos a un lado el aspecto material.

Ya para finalizar, quiero decir que para escribir estos recuerdos me di a la tarea de pasar al sitio donde viví hasta el 18 de agosto de 1973, reconocí la mayoría de las casas y vinieron a mi mente los recuerdos de la convivencia con mis vecinos. Por supuesto, ya no existe la vivienda donde pasé la inundación, pues fue reconstruida, pero aún se puede identificar el lugar gracias a que se conserva la misma numeración desde hace 50 años. Mi calle ya no es tan grande ni amplia, pero sigue tenien-

do los recuerdos más lejanos de mi infancia. Pertenezco a una familia con tradiciones muy arraigadas, las cuales fueron heredadas de mis abuelos y las vivimos y practicamos en la calle 15 de Septiembre de la colonia Independencia, mejor conocida como “El Ranchito”. Sé que el propósito de este escrito es compartir lo vivido en la inundación de nuestro Irapuato, pero no puedo evitar que renazcan en mi los sentimientos y recuerdos que tengo sobre ese lugar, pues lo que viví ahí le sigue dando sentido a mi vida. Con mucha nostalgia me acuerdo de los hilos de papel que adornaban mi calle en Los Barrios, los mejores de la ciudad por mucho; las posadas cacahuateras; los “pastores” con sus cantos en el levantamiento del niño Dios,

acto que se celebraba en la calle; la quema de Judas el Sábado de Gloria; la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús con sus castillos y el palo encebado; el ver pasar a “Tarzán”, personaje del barrio que hacía alarde de su fuerza cargando a dos niños en cada brazo (él nos transportaba caminado un buen tramo, en ocasiones nos cansábamos primero nosotros de ir colgados y nos soltábamos; no supe dónde vivía “Tarzán”, sólo recuerdo que era un hombre de tez blanca, delgado, su pelo era claro siempre peinado con brillantina); sin olvidar a Marcos, persona que se convirtió en una leyenda urbana de nuestra ciudad, cuentan que él era un individuo que perdió su fortuna y por eso se hizo vagabundo, o eso era lo que nos decían.

Agradecida por permitirme recordar y compartir.

Martha Torres Hernández, orgullosamente irapuatense y del barrio de “El Ranchito”.



Imagen 1. Acta de nacimiento Martha Torres Hernández, protagonista de esta historia. El documento aún conserva el lodo que se le pegó en la inundación de Irapuato de 1973.



Ambos se fundieron en un abrazo

Óscar Michel Barboza

Yo tenía doce años de edad aquel sábado 18 de agosto de 1973, recuerdo que fue un día fresco, algo nublado. Tengo que señalar que hasta ese día por la mañana escuché la frase que se repetiría muchas veces en las horas posteriores: *“ahí viene el agua”*. Creo que la primera vez que la oí salió de la boca de “Concha” (Concepción Vargas Frausto) ella era la señora que, desde que yo tenía uso de razón, nos ayudaba en el quehacer de la casa y era la “madrina”

de todos, le teníamos mucho cariño y respeto. Después, recuerdo haber escuchado en el radio la información sobre el avance lento pero constante de la corriente, la invitación de los locutores a que no cundiera el pánico, la afirmación de que sería una “leve inundación”, así como del merequetengue que la situación iba provocando. En aquellos momentos podía sentir que mi mamá, Emma Barboza Ochoa, y “Concha” estaban tensas por la posibilidad de que la ciudad se inundara, pero para mí eso era algo excitante (¡no tenía la menor idea de lo que implicaba!).

En cierto momento escuché que el agua ya estaba por la embotelladora de la Coca Cola (donde en ese entonces comenzaba la avenida

Guerrero), en las vías del ferrocarril, y que éstas habían servido para contener momentáneamente la corriente, lo cual mucha gente festejó (tanto como cuando el Irapuato metía un gol).

Aquel día, la situación de mi familia era la siguiente: mi hermano Julio se fue temprano a la Preparatoria Oficial, donde estudiaba; mi papá, el Dr. Fernando Michel Álvarez (quien ejercía la medicina en Irapuato desde 1947), acabando de desayunar se fue caminando al centro de la ciudad, para atender su consultorio, el cual estaba ubicado sobre la avenida Guerrero (entre la avenida Revolución y la calle Ocampo) en un edificio que aún existe; mientras que Fernando, mi hermano mayor, había salido temprano para atender algunos pendien-

tes en su trabajo (él hacía sus prácticas como estudiante de arquitectura con el Arq. Manuel Solórzano, quien tenía sus oficinas en la colonia La Moderna); Sergio, el segundo de mis hermanos, estaba de vacaciones en la ciudad, él estudiaba Psicología en Guadalajara; en la casa estaban mi cuate Javier y Chita, mi única hermana y quien había terminado en esa época de estudiar la preparatoria.

Cabe señalar que aquel 18 de agosto no era un día normal para mi familia, pues nos estábamos preparando para recibir a decenas de parientes que vendrían de León y Guadalajara, ya que por la noche se casaría mi prima Laura Márquez. Por lo anterior, desde temprano mi madre, “Concha” y una sobrina de ella, llama-



da Martha, cocinaban una gran olla de arroz rojo, una de frijoles, y otros alimentos que ya no recuerdo.

Cerca del mediodía mi mamá mandó a “Concha” a su casa, pues ella tenía mucho pendiente por sus padres, quienes ya eran ancianos, recuerdo verla partir con prisa hacia la avenida Guerrero. Nosotros vivíamos muy cerca de la glorieta de las Espigas; atrás de la casa, a escasos 20 o 30 metros, estaba el nuevo boulevard Díaz Ordaz, que apenas unos pocos años antes era un brazo del río Silao (por donde debió correr naturalmente mucha del agua que se derramó de la presa El Conejo).

Con el paso del tiempo, mi mamá se puso

cada vez más nerviosa, quería que mi papá se regresara ya del consultorio. Por su parte, Sergio, Chita y Javier habían salido de la casa, ni cuenta me di cuando se fueron; en esos momentos me comentó mi madre que no sabía dónde estaba Sergio y que Chita y Javier se habían ido al centro, para atenderse con la Dra. Martita Ferrer (una dentista que tiene su consultorio en la plazuela Juan Álvarez). Hasta el día de hoy, cuando les pregunté a mis hermanos su versión de los hechos para poder preparar este texto, me enteré que las cosas no habían sido así, pues mi mamá los mandó por mi papá en el coche (un Opel amarillo pálido). De saberlo en ese momento, seguro yo hubiera sido el primero en subirme al auto, pues, como muchos otros,

quería “ver llegar el agua”. Mis hermanos tomaron el vehículo, pero en vez de irse directo al centro, se desviaron “un poquito” y fueron a las vías del tren para ver el agua. Me contaron que se acuerdan que había mucha gente ahí, todos miraban como la corriente trataba lentamente de superar el montículo sobre el cual estaban las vías férreas.

Poco después llegaron a la casa mis hermanos Julio y Fernando, quitándose mi madre dos de sus preocupaciones. Traían noticias nuevas: el agua finalmente había rebasado las vías del tren y venía avanzando con mayor fuerza. Julio decía que la gente caminaba por delante de la corriente con más júbilo que temor, parecía una especie de cortejo que iba abriéndole

camino. Cabe señalar que teníamos la esperanza de que el agua no entrara a nuestra casa, pues mi hogar tenía tres escalones desde la banqueta hasta el interior; nuestra idea también se fundaba en las noticias que transmitía la radio, las cuales decían que el agua subiría escasos centímetros. Pero, ante la inminente llegada del agua, mi mamá y Fernando comenzaron a tomar medidas: acordaron que amarrarían las cortinas para que éstas no quedaran colgando, su objetivo fue que éstas estuvieran un metro arriba del piso; pusimos un par de ladrillos en cada una de las patas de las camas y muebles, para que quedaran más altas; colocamos en alto la ropa, etcétera. Todos le entramos a la faena para proteger nuestros bienes; mientras, mi ma-



dre trataba de hablar con insistencia al consultorio de mi padre, recuerdo que con gran dificultad pudo finalmente comunicarse (las líneas estaban saturadas, supongo que no se daban abasto las señoritas operadoras que atendían el conmutador).

Recuerdo que mi mamá se encontraba muy preocupada porque no sabía dónde andaban Chita, Sergio y Javier, pues no llegaban al consultorio todavía. En la última llamada con mi padre supo que, finalmente, habían arribado al consultorio mis tres hermanos ausentes y que estaban por salir para llegar a casa. Mi madre, con alivio y alegría, nos lo comunicó a nosotros, sin saber que no llegarían a nuestro hogar, pues el agua ya no los dejó.

Como la 1 p.m. la corriente comenzó a rodear nuestra manzana; recuerdo cuando alguien gritó (otra vez): “¡Ahí viene el agua... ya!”. En ese momento salí a la calle y pude ver como la corriente doblaba la esquina y se aproximaba desde la avenida Guerrero, delante de la inundación iba una media docena de personas, así que mis hermanos y yo aceleramos nuestra encomienda de proteger los bienes familiares. Aunque yo recuerdo haber visto que el agua avanzaba muy lentamente, esa visión no fue muy precisa, pues a los cinco minutos ya estaba sobre la banqueta de mi hogar, diez minutos después ya había alcanzado el tercer escalón de la casa y brotaba un líquido café y lodoso de las coladeras de los baños y después

de los inodoros. Mientras, por atrás de la casa, el agua entró en el patio, a través de la parte inferior de la puerta trasera, (una puerta pequeña, negra, de herrería la cual muy ocasionalmente se abría para salir a la calle de atrás), un rato después el agua comenzó a escurrir a chorros a la altura de la chapa por el espacio entre la puerta y el marco de ésta, lo que indicaba que el nivel del agua por la calle trasera (Roble), era ¡casi un metro más alto que al interior del patio! En ese momento mi mamá empezó a gritar desesperada que interrumpiéramos nuestra labor encomendada y que ya nos subiéramos a la segunda planta donde estaba el tendedero, dos lavaderos y un par de cuartitos (uno era para planchar y el cuarto de Concha, que ocasional-

mente usaba).

Cuando mi mamá dio la orden de subirnos, nosotros nos resistimos, pues el agua apenas empezaba a entrar al interior de la casa, pero tan lentamente que no se veía amenazadora, pero, ante la presión de la “jefa”, quien se imaginaba que la barda de atrás caería en cualquier instante y se vendría una ola grande y fuerte, fue en vano cualquier resistencia de nuestra parte. Finalmente, logramos subir uno o dos colchones y no sé que más. Ya estábamos mi mamá, mis hermanos y yo en el techo cuando el agua comenzó a subir lentamente por los escalones que conducían a la parte superior de la casa.



Lo único que podíamos hacer en esos momentos era asomarnos al cubo de las escaleras para ver cómo la inundación iba lenta pero constantemente cubriendo y ocultando escalón por escalón con su agua espesa de color café claro (como de un café con leche muy cargado) o asomarnos desde la azotea para mirar las calles, y ver como éstas se habían convertido en un río con una corriente bastante fuerte. En esos momentos nos percatamos de la presencia de un par de hombres que estaban encaramados a unos viejos muros (seguramente de adobe) de lo que años atrás había sido la Quinta Márquez; también observamos correr el líquido por el boulevard Díaz Ordaz, reclamando su viejo cauce. Desde ese punto nos dimos cuenta que

en la terraza donde sería la comida familiar estaba flotando la mesa donde pusimos la comida que se había preparado para recibir a nuestros familiares, aquella mesa grande de madera tenía un mantel blanco que se veía limpiísimo, salvo las partes que colgaban que ya eran presa del agua achocolatada; mis hermanos bajaron por los alimentos, aprovecharon que mi mamá ya no estaba temerosa de que la puerta de atrás o la barda misma cedieran, pues se veía que el nivel del agua ya era casi el mismo adentro y fuera de la casa. Un poco después, mi mamá empezó a repartir platos con comida a los vecinos, los cuales iban pasando de mano en mano a través de las azoteas vecinas.

Mientras tanto, yo seguía embelesado

con diversas situaciones que pasaban en la calle: observaba la subida del nivel del agua; la aparición de una que otra lancha; como salían objetos flotando de nuestra casa a través de los vidrios rotos de las ventanas (recuerdo un pato de porcelana que parecía nadar orgulloso y limpio, iba a sus anchas, entre puntas de rosales y sobre el agua sucia, aunque de repente se hundió); veía, del otro lado del boulevard Díaz Ordaz, sobre las pocas casas existentes en la entonces nueva colonia Las Reynas, a familias enteras sobre sus azoteas, pues tenían viviendas de un solo piso, quienes no tenían con qué cubrirse o donde sentarse.

A media tarde de aquel 18 de agosto el agua seguía subiendo, yo me la pasaba en la

azotea, me sentía seguro y todavía no dimensionaba lo catastrófico y fatal de esa tarde, hasta que mi hermano Julio me hizo notar que ya no estaba el muro de adobe donde se habían encaramado esos dos hombres, me comencé a sentir triste.

Por la noche, cuando ya había oscurecido, doña “Queta” Solís de Franco, una de nuestras vecinas, acordó con mi mamá que Julio y yo nos pasaríamos a su casa para dormir en uno de sus cuartos desocupados, pusimos una tabla a manera de puente y entramos por la ventana. Durante la madrugada, con cierta preocupación, me levanté varias veces para asomarme por la escalera de aquella vivienda y ver el avance del agua, no era el único que lo hacía, también la



vecina y su hijo se fijaban en lo mismo, ambos me hicieron notar que para las 4 a.m. el agua ya no subía más, se había detenido a cuatro escalones de alcanzar la planta alta, cuando amaneció, el nivel del agua había descendido uno o dos escalones.

El domingo 19 de agosto ya estaba de vuelta en mi casa, a media mañana alguien vio a dos personas tratando de entrar por nuestra puerta trasera, que fue finalmente vencida por la fuerza del agua, ¡era mi papá y mi hermano Sergio! El agua les daba hasta el pecho y traían con ellos una cámara de camión inflada y una cuerda colgando del hombro. Mi hermano Sergio me contó que aún recuerda como vio quebrarse a mis padres, ambos se fundieron en

un abrazo. ¿Que había pasado con ellos durante casi 24 horas?

Nos platicaron que cuando ya venían de regreso del consultorio a la casa, por la calle 5 de Mayo se encontraron con un grupo de militares, quienes los obligaron a retornarse, así que se unieron a las personas que venían hacia el centro de la ciudad, como si estuvieran abriéndole paso a la inundación. Mi padre, mi hermana y hermanos buscaron otra forma de llegar a nuestro hogar, pero ya no les fue posible, pues todas las calles de la parte norte de la ciudad estaban bajo el agua, así que se vieron obligados a salir rumbo a Salamanca por la calle Obregón. Una vez afuera de Irapuato, mi papá buscó rentar un cuarto en el único ho-

tel que había por el rumbo, llamado Posada de Belén, pero no había lugar disponible. Algunas personas le indicaron a mi padre que había un nuevo establecimiento a dos cuadras, en la colonia Ciudad de los Olivos, junto a la zona militar, y en efecto, encontraron un pequeño motel, pero tampoco tenía habitaciones desocupadas, pero la dueña resultó ser conocida de nuestra familia, era la miss Sona, maestra de inglés de mis hermanos, así que les facilitó un cuarto con dos camitas individuales. Casualmente, en el mismo motel encontraron al tío Fausto y a toda la familia Michel Dávalos, quienes venían de Guadalajara para acudir a la boda de nuestra prima.

Después de instalarse en el motel, mi papá y hermanos salieron para intentar llegar de nuevo a la casa (mi padre no quería quedarse cruzado de brazos). Mi hermano Javier recuerda que iban caminando por la colonia Esfuerzo Obrero, sobre las vías del tren (las cuales servían de contención para que el agua se mantuviera dentro de la mancha urbana), por ese lugar vio flotar un cuerpo humano, infinidad de ratas y otros animales. Siguiendo el camino, llegaron a los talleres de los ferrocarriles, lo más que pudieron avanzar fue hasta lo que hoy es la esquina de los bulevares Luis Donaldo Colosio y Díaz Ordaz, estaban cerca de la casa, pero no intentaron cruzar ya que la corriente estaba muy fuerte y tenían miedo de caer a una alcan-



tarilla destapada, así que prefirieron regresar al motel e intentar pasar al día siguiente.

Recuerdo que mi papá me comentó alguna vez que el sábado 18 de agosto por la tarde fue a Salamanca y ahí consiguió la cámara de llanta de camión y algunos metros de cuerda, los cuales usaron para llegar a nuestra casa. Al día siguiente, domingo 19 de agosto, mi papá y mi hermano Sergio se fueron hacia la carretera Panamericana (actualmente prolongación Guerrero), caminaron por las vías del tren y llegaron hasta la colonia Los Eucaliptos, cruzaron el boulevard Díaz Ordaz a la altura de la colonia Las Reynas, y así llegaron hasta la puerta trasera de nuestro hogar.

No recuerdo nada más sobre lo sucedido aquel domingo 19 de agosto. El lunes, como a medio día, llegaron a la casa mis hermanos Chita y Javier, para ese momento el agua ya había salido de la ciudad, pero había dejado en las calles y el interior de las casas una capa densa de lodo, de hasta diez centímetros de espesor. Nuestro perro Kayser (un bóxer) debió quedar traumatado por la inundación, pues en la primera oportunidad que tuvo, en cuanto alguien dejó la puerta entreabierta, salió disparado y nunca más volvió. El martes 21 a Javier y a mí nos mandaron a León, ahí estuvimos por una semana, después nos trasladamos a Guadalajara, ciudad en la que estuvimos durante tres semanas en la casa de la abuela. Supongo que mis padres

pensaron que a los 12 años de edad seríamos más estorbo que ayuda en la reconstrucción y limpieza de la casa, así que nos alejaron con el pretexto de evitar que nos contagiáramos de las enfermedades que podían surgir en Irapuato.

Recientemente, al comentar todo esto con uno de mis hijos, me preguntó: “*Papá ¿qué más se fue con la inundación aparte de tu querido perro Kayser?*”. Me quedé pensando un rato, y le contesté: se fue parte del viejo Irapuato, el de adobe; se fueron algunas calles angostas del centro que se ampliaron y convirtieron en avenidas (como la Jorge W. Jones, la General Anaya que dieron lugar a la Av. Torres Landa); y para muchas familias, de un día para otro, se fueron para siempre sus seres queridos.



Imagen 1. La familia Michel Barboza en la celebración de las bodas de plata de los señores Fernando Michel Álvarez y Emma Barboza Ochoa. Fotografía tomada en abril de 1974, ocho meses después de la inundación de Irapuato.



Era como ver el mar

Gisela Guadalupe Alpuche Castellanos

Apenas contaba con tres años de edad cuando se registró la inundación del 18 de agosto de 1973, así que no dimensioné lo que traía consigo un desastre natural de ese tipo, puedo decir que, hasta cierto punto, fue divertido ver como el agua corría por las calles en las que solía caminar, correr o jugar, era como ver una parte del mar llegar hasta la puerta de mi casa.

En aquel entonces, mi hogar estaba ubicado en la calle Tres Guerras número 615, planta alta, lo que nos permitió estar a salvo de

la corriente y tener una visión amplia de mucho de lo que ocurría, sin siquiera mojarnos, en ese sitio vivíamos Carlos, mi papá; Gisela, mi mamá, Carlos, mi hermano mayor y yo.

Desde las grandes ventanas de nuestra casa habitación, nos entreteníamos al ver flotar muebles, juguetes y hasta carros que eran arrastrados por la corriente. También observamos a gente que caminaba por el agua, sujetándose de los barrotes, rejas o cualquier cosa que estuviera a su alcance para no caer. Fue algo inusual, pero también pudimos ser testigos de las caídas de varios hombres y la desesperación que sentían por no saber nadar. No olvido que los soldados del Ejército mexicano rondaban por las calles y ayudaban a las personas que busca-

ban llegar a su hogar, también auxiliaron a las mascotas que quedaron atrapadas en árboles, postes o azoteas.

Sin embargo, para mí, no pasaba nada. A la tierna edad de tres años, no pude darme cuenta de la preocupación de mis papás ante un fenómeno natural como la inundación de Irapuato de 1973. Situación que me pasó inadvertida porque, al igual que otros días, la comida estaba en la mesa, podíamos dormir en nuestras camas y sólo escuchábamos el sonido que provocaban la lluvia y el agua al correr por las calles.

Cuando el nivel de la inundación comenzó a bajar, me pareció sentir que todo volvería

a ser como antes, y lo fue, pero mucho tiempo después, porque las personas que perdieron a sus seres queridos no se recuperaron de la noche a la mañana, quienes no encontraban a sus familiares seguían buscándolos, los irapuateneses y quienes estaban en la ciudad durante esos días quedaron afectados física y anímicamente.

En los días posteriores a la inundación, pude ver a los vecinos de la calle Tres Guerras sacar el agua de sus casas; como ponían sus muebles al sol para que se secaran; cuando barrieron el lodo y tierra hasta que por fin se pudo ver el pavimento.

Los días pasaban y nosotros seguíamos en nuestra casa, en la planta alta, resguardados,

alejados de la desgracia que vivían los que no tenían la fortuna de estar en un segundo piso. Recuerdo que las salidas y paseos se suspendieron, cada vez nos desesperaba más estar en un solo lugar, jugando, durmiendo, aburriéndonos de los mismos juegos. Viendo de vez en cuando por la ventana cómo las personas se solidarizaban y apoyaban para salvar su patrimonio.

Cuando uno crece y se da cuenta de lo que pasó, se pregunta por qué a pesar de que las personas sabían que una inundación era inminente, no se resguardaron en otro lugar. Quizás nunca pensaron que el *“ahí viene el agua”*, representaría una pérdida de vidas humanas, animales, objetos y el patrimonio de muchos. De igual forma, uno se cuestiona si tal desgra-

cia pudo evitarse y queda pendiente saber si las decisiones tomadas por las autoridades fueron las correctas. Ahora me doy cuenta de lo afortunada que fue mi familia, pues nadie pereció por el desbordamiento de la presa El Conejo.

Echando un vistazo al pasado, reviviendo lo que Irapuato era antes de la inundación y las personas que en él vivían, queda la sensación de que todo mal trae un bien, porque este fenómeno detonó el progreso de Irapuato. Sin embargo, a 50 años de distancia, cuando la lluvia cae en abundancia, uno no deja de preguntarse en qué nivel estarán las presas, si llueve en los alrededores, aunque no en la ciudad, si es posible que se repita lo que se vivió hace cinco décadas. A quienes nos encanta la lluvia, el olor

a tierra mojada, la brisa que desprende la caída de agua con el viento, también nos deben preocupar aquellas personas que desean que no llueva porque sus casas no están en las mejores condiciones, uno no puede ser egoísta, pidiendo agua del cielo, mientras otros la padecen.



En la calle agua y en el templo boda

Antonia Pérez Avitia

Mi nombre es Antonia Pérez Avitia. Recuerdo que por la mañana de ese sábado 18 de agosto de 1973, mis hermanas María y Lourdes y yo nos arreglábamos para asistir a una boda en el templo de Santa Anita, allá por la calle Sóstenes Rocha, invitadas por mi amiga Teresa Ayala, dado que su hermano Jesús se casaba a las 12 del día. Antes de llegar a la iglesia, mis hermanas y yo pasamos por nuestras amigas Ana Rosa Solís y su hermana Isabel. Acudimos muy

pomposas a la ceremonia, a pesar de que, desde temprano, los vecinos con otras gentes andaban diciendo que se habían reventado unas presas y el agua iba a inundar la ciudad.

Cuando nos dirigíamos a la iglesia vimos en las calles que todo era un caos, la gente iba de prisa o corría de aquí para allá, y había mucha tensión entre las personas. Mis hermanas y yo nada más fruncimos la boca y no hicimos caso de la situación y entramos al templo, donde ya estaban los invitados y los novios, durante la misa escuchábamos que afuera, por Sóstenes Rocha y Galeana, la gente murmuraba y se alejaban con prisa, pero nosotras permanecimos ahí hasta que finalizó la ceremonia. Cuando estábamos en los abrazos y felicitaciones para

los recién casados, alguien gritó que las calles ya estaban llenas de agua, fuimos a ver y nos dimos cuenta que era verdad, pues corría un líquido lodoso que llegaba hasta arriba de las banquetas. Mis hermanas, mis amigas y yo nos fuimos a la plazuela Hidalgo, con la intención de irnos a la casa, pero al fin jóvenes, decidimos mejor ir a la fiesta, la cual se iba a llevar a cabo en la cancha ferrocarrilera.

Recuerdo que íbamos en bola con mi novio Luis Ramírez de pilón, Ana Rosa, María, Lourdes, Isabel y yo; todos muy contentos bajamos por Colón al boulevard Díaz Ordaz, llegamos al monumento a los Niños Héroe y el templo del Sagrado Corazón de Jesús, pero resulta que ahí ya estaban los policías y no de-

jaban pasar a nadie, ni gente ni carros, estuvimos un rato alegando con ellos para que nos dejaran pasar y llegar a la fiesta, pero dijeron que era muy peligroso porque el agua ya venía más fuerte, así que nos regresamos agüitados y acordamos llevar a mis amigas Ana e Isabel a su casa, ellas vivían por Sóstenes Rocha, mucho antes del templo.

Íbamos de vuelta jugando entre el agua, pero luego ya no pudimos pasar de la plazuela Hidalgo y de la parroquia de Irapuato (hoy catedral), me acuerdo que en ese momento la inundación ya había llegado a la calle Juárez y el edificio de correos. Unos policías no nos dejaron pasar del mencionado punto, así que no tuvimos otra opción que irnos a nuestra casa,



que estaba ubicada en el callejón de 20 de Noviembre, cuando llegamos éste ya estaba inundado y nos preguntábamos qué íbamos a hacer si nuestra casa era antigua, de muros de adobe y techo de tejas. Gracias a Dios, al poco tiempo mis papás Jesús Pérez y Celia Avitia comentaron que doña “Catita” Rico nos iba a dar permiso de subir a su casa y todos fuimos para allá, en ese momento la calle ya estaba inundada, así que corrimos entre el agua.

Más tarde, estábamos en un balconcito del segundo piso de la vivienda de doña “Catita”, escuchábamos la corriente de agua como si fuera un río, ya estaba oscureciendo, recuerdo que la familia Rico nos dio sándwiches y unos bolillos y nos los repartimos para comer. Para

colmo, se fue la luz, esto hizo más pesado el ambiente, en ese lugar pasamos toda la noche con miedo pues en realidad ni idea teníamos de lo que estaba pasando ni lo que se vendría después. Al día siguiente, todos nos bajamos de nuestro refugio, mi mamá con mis hermanos más chicos se pusieron a limpiar el lodazal, mis hermanos mayores fueron a buscar comida a las calles, mientras las mujeres más grandes (María, Lulú y yo) fuimos a dejar a su casa a mis amigas Ana Rosa e Isabel, aprovechando que el nivel del agua había bajado. Durante el camino vimos los daños y destrucción que causó la inundación, fue algo muy feo, para nuestra familia la situación fue muy dura, pero para muchos otros fue una tragedia, porque perdie-

ron sus hogares, sus bienes y a sus familiares.
Dios nos ampare para que nunca más vuelva a
pasar algo igual o peor.



Imagen 1. De izquierda a derecha María, Antonia y Celia Pérez Avitia. Fotografía tomada en el año 1973.



La fondita

Ma. Luisa Bermúdez Álvarez

Tenía trece años de edad cuando fue la inundación, en ese entonces laboraba en una fondita llamada Florencio Hernández y sus Sabrosas Carnitas, que estaba ubicada en la calle Manuel Doblado, en el centro de Irapuato, en ese negocio ayudaba a preparar la comida y atender a los clientes. Alrededor de mi lugar de trabajo había muchas fruterías, que diariamente ofrecían sus productos a los y las irapatenses.

Recuerdo que aquel 18 de agosto de 1973, la gente empezó a decir que “*hay venía*

el agua”, que se había reventado la presa, y todo resultó ser cierto. En la calle Manuel Doblado el líquido de la inundación entró como si fuera un charquito, como cuando alguien tira una cubeta con agua. En ese momento mi patrón, el señor Florencio Hernández, comenzó a poner costales afuera de la cortina de la fondita, mientras tanto, yo me puse a recoger las cosas y a subir al segundo piso del establecimiento la comida que habíamos preparado para vender aquel día; en el lugar había un piano, para evitar que se mojara lo colocamos encima de varias mesas; un poco después, se bajó completamente la cortina del negocio. Mientras nos esforzábamos por proteger el local y la comida, la inundación fue subiendo de nivel, llegó al

medio metro, después a un metro y después ya nos llegaba al pecho. Aún con el agua encima, seguimos subiendo comida, lo hicimos hasta que nos resultó imposible seguir.

El agua que entró como un pequeño charco se convirtió de pronto en un río que corría por la calle Manuel Doblado, para que la gente pudiera pasar por ese sitio, alguien amarró un lazo que iba de esquina a esquina (por donde se encontraba la zapatería 3 Hermanos), en ese momento ya el agua llegaba al cuello de las personas. Desde la parte de arriba de la fondita, nosotros veíamos todo lo que sucedía.

Afortunadamente, no pasamos hambre, pues teníamos la comida y refrescos de la

venta del día, aunque no había tortillas; además, las fruterías de la zona nos compartieron de sus productos, los cuales pasaban de negocio a negocio a través de unos palos, además, recuerdo que al día siguiente, domingo 19 de agosto, pasó una lancha que estuvo repartiendo alimentos.

En aquellos momentos, mientras el agua tomaba las calles de Irapuato, vi como la corriente arrastraba carros, cajas, todo tipo de animales y personas (hubo algunas que lograron ser rescatadas, pero a otras se las llevó el agua).

La inundación tardó unos días en bajar, nosotros permanecemos arriba de la fondita todo ese tiempo, dormimos en una alfombra,



cuando el agua cedió y ya sólo llegaba a la altura de las rodillas, mi mamá, llamada Rosa Álvarez Aguilar, llegó conmigo, nos traía unas tortillas para comer. El local donde trabajaba se vio muy afectado, terminó lleno de lodo, lo mismo le pasó a otros negocios cercanos, como la paletería La Michoacana, la Botica de la Cruz, las carnitas El Güero, la Casa Martínez y la Ropa México, los cuales tuvieron muchas pérdidas.

Tortillería La Fe

Ma. del Socorro Torres Martínez

El día 18 de agosto de 1973, más o menos al medio día, toda la gente corría, pues a esa hora empezó a llegar el agua de la presa del Conejo, la cual se había desbordado debido a que ese año llovió mucho. La corriente traía una fuerza arrasadora, tan potente que era capaz de mover los carros que estaban estacionados en la calle.

En ese momento mi familia (integrada por mis papás, llamados Socorro y Jesús, y 9 de mis 10 hermanos: Rosa, Roberto, Jorge, Carlos, Luis, Gloria, “Chela”, Angélica, Mario y

yo) apenas alcanzamos a subir al único cuarto de concreto que teníamos, pues la mayor parte de mi casa era de adobe. Como a las 6:00 de la tarde, nuestra vivienda no resistió el embate del agua y se derrumbó, nuestro hogar estaba ubicado en la calle Emilio Carranza número 900. Sin otro remedio, todos estuvimos hacinados en aquel cuarto hecho con ladrillo y cemento, ese fue nuestro pequeño refugio, ahí pasamos la noche de aquel 18 de agosto; recuerdo que todo era penumbras, estaba todo a oscuras, pues no había luz eléctrica, y después empezó a lloviznar.

Cabe señalar que la mayoría de la gente que en ese entonces vivía en la colonia Rodríguez, criaba en su casa animales como vacas,



chivos y pollos, cada vivienda tenía un corral grande. Gracias a lo anterior, el domingo 19 de agosto, unos vecinos pudieron agarrar un chivo que estaba ahogado, lo destazaron como pudieron y lo cocinaron; ese alimento lo compartimos varias familias, nos quitó el hambre pero también nos causó problemas gastrointestinales, pero ni modo, así tuvimos que sobrevivir aquellos días.

Me acuerdo que el nivel de la inundación no disminuía, fue hasta el 19 de agosto en la noche cuando empezó a bajar lentamente. Ya como a las tres de la tarde del lunes 20 de agosto, el agua se había ido por completo, unos comenzamos a limpiar y otros, como mi papá, salieron a comprar víveres. No olvido que mi

padre se fue hasta León para conseguir alimentos, también nos trajo una pomada para la roña, la cual era necesaria porque todo estaba lleno de cieno sucio, un lodo muy pegajoso. Entre los escombros, nos pusimos a trabajar para salir adelante, pasaron varios días para que nuestras vidas volvieran a la normalidad; con el tiempo, reconstruimos nuestra casa, iniciamos un negocio llamado Tortillería La Fe, en uno de sus muros, ubicado en la esquina de las calles Progreso y Emilio Carranza, se mandó poner una placa que señala el nivel que el agua alcanzó aquel 18 de agosto de 1973, la cual sigue ahí recordando lo que sucedió hace medio siglo.



Imagen 1. La Tortillería La Fe, ubicada en la esquina de las calles Progreso y Emilio Carranza.



Imagen 2. Placa que marca el nivel que el agua alcanzó el 18 de agosto de 1973 en la esquina de las calles Progreso y Emilio Carranza.



Ricos y pobres nos agarramos de las manos

María de los Ángeles Aguilar Martínez

Mi nombre es María de los Ángeles Aguilar Martínez, recuerdo que el 18 de agosto de 1973 mi amiga Ma. Guadalupe Martínez Salazar y yo estábamos en el centro de la ciudad, ahí escuché que se había reventado la presa y que ya venía el agua, también observé que algunas personas comenzaron a poner ladrillos y cemento en las puertas de su casa. Ante la gravedad de la situación, mi amiga y yo corrimos y nos subimos al camión para ir a mi hogar,

que estaba en el fraccionamiento Morelos, en la calle Apatzingán.

Cuando llegamos a la casa de mi amiga “Lupe”, que era donde yo vivía, la gente de la colonia ya estaba gritando *“hay viene el agua”*, mi amiga me dijo: *“oye, que hay viene el agua”*, así que le contesté: *“hay que ir a subir las cosas al techo”*. En eso pasó un señor a corre y corre, estaba todo empapado y gritó: *“súbanse a la azotea, el agua hay viene fuerte”*; me comentó mi amiga: *“ándale ‘Mary’, que hay viene el agua”*, yo le repliqué: *“ay, ese señor mitotero, se dio un sentonaso en un charco y por eso viene mojado”*.

Ya estábamos en la casa, aún no llegaba

el agua de la inundación pero de las alcantarillas comenzó a salir un líquido que se esparció por todo el hogar, nos inundamos antes de que llegara la corriente. Ante tal situación, subimos una máquina de coser y un sillón al techo, fue todo lo que alcanzamos a resguardar, pues el agua llegó muy rápido, todo lo demás se quedó en la planta baja.

Nos subimos corriendo al techo de la vivienda, desde ese lugar pudimos ver como se inundaba el fraccionamiento Morelos y el Guerrero (éste último era todavía un gran baldío). Vimos la inundación como si fuera una nube gigante de agua, hasta tronaba cuando llegó a la colonia. Mi amiga y yo estábamos muy espantadas, pues de repente toda la zona parecía

un enorme lago, cuyo nivel subía y subía. Recuerdo que la corriente era muy fuerte, en la esquina de las calles Valerio Trujano y Oaxaca, dónde ahora existe una Dulcería Dennys, había un establo donde criaban vacas, el agua las sacó a todas de ahí, los pobres animalitos movían su cabecita por encima del líquido, seguramente para evitar ahogarse. Además de las vacas, vi que la corriente arrastró tanques de gas, camas de madera y muchos otros objetos.





Imagen 1. Casa donde la señora María de los Ángeles Aguilar Martínez y su amiga Ma. Guadalupe Martínez Salazar pasaron la inundación de Irapuato de 1973.

Ya por la tarde, no habíamos comido nada, para empeorar las cosas, empezó a llover, fue un chipichipi constante, todo estaba oscuro, ocasionalmente, los relámpagos de la tormenta iluminaban con su luz, lo que nos permitía ver todo un mar de agua. Irapuato estaba totalmente inundado, se escuchaba un gritadero, algunas gentes pedían auxilio, también se oía que tronaban las casas en el centro de la ciudad.

Recuerdo que un señor agarró un bote viejo y tomó agua de la inundación, al otro día la puso a hervir para tener agüita para beber. Y es que teníamos sed, también hambre. Para ese momento el nivel del líquido alcanzaba más de un metro, se dijo que en el centro de Irapuato subió mucho más y que mucha gente se ahogó.

Durante la noche estuvo a llueve y llueve, nosotros estábamos en la azotea como gallos, no teníamos nada con qué cobijarnos. Dicen que en Salamanca se dieron cuenta de la inundación y que abrieron la carretera que pasa por la colonia Las Carmelitas, para que el agua no se estancara, cuando hicieron esto el líquido se esparció hasta llegar a la comunidad de La Soledad.

Cuando el nivel del agua cedió un poco, decidimos bajarnos del techo de la casa y fuimos a buscar comida. No recuerdo bien a donde fuimos, lo que no olvido es que encontramos muchas gallinas ahogadas, las cuales tomamos, parecíamos coyotes, pues veníamos con muchos animalitos cargados. Cabe señalar que

el agua aún tenía corriente en algunos puntos, para poder cruzarlos todos nos ayudábamos, en esos momentos nos agarramos de la mano ricos y pobres. Cuando regresamos a la casa, nos pusimos a pelar las gallinas, no recuerdo quien se puso a asarlas, sólo comimos eso, pues no teníamos otra cosa, ni sal ni nada, sólo gallina asada. Un poco después, mi tío Elpidio Aguilar Granados, quien vivía en Laguna Larga, comunidad perteneciente a Irapuato y de la cual yo soy originaria, vino para traernos unas tortillas y comida.

Ya cuando la inundación bajó de nivel, comenzó a llegar la ayuda de muchos lugares, y se dijo que el Gobierno se quedó con la mayor parte, casi todo se lo apropiaron en la



Defensa Nacional: cobijas, alimentos, casas de campaña, ropa y muchas otras cosas. Se dice que Mario Moreno “Cantinflas” llegó con unos vagones de alimentos, pero las autoridades no le permitieron que los repartiera, le dijeron que podía bajar los productos pero que el Gobierno se haría cargo de recibirlos y entregarlos a los damnificados, el famoso actor no aceptó esas condiciones y se fue llevándose todo.

Algunos días después, el presidente Luis Echeverría llegó a Irapuato, andaba el hombre atascado entre el lodo. En ese tiempo yo estudiaba la carrera de enfermería en una escuela que estaba ubicada en la calle Morelos, la cual era subsidiada por la Universidad de Guanajuato, ésta entregaba 1,000 pesos al doctor Enri-

que López para que la institución funcionara. Cuando el primer mandatario estaba inspeccionando los desastres de la inundación, una de nuestras maestras, llamada Blanca Miller de Golstein, me dijo que nos pegáramos a la comitiva presidencial para pedirle apoyo para nuestra escuela. Así que mis amigas Guillermina Sánchez Vega (“Guille”) y Ma. Guadalupe Martínez Salazar (“Lupe”) y yo nos acercamos al presidente Echeverría, quien escuchó nuestra petición y nos dijo que subiéramos al camión que lo transportaba, obedecimos su orden y nos sentamos en el lugar que él nos indicó, el vehículo dio un recorrido por todo Irapuato, así que pudimos darnos cuenta del desastre que había ocasionado la inundación. En cierto momento

unos señores se molestaron por nuestra presencia y por el lugar que estábamos ocupando, quisieron quitarnos de ese sitio pero una señora no permitió que eso pasara, dijo que no podían hacerlo porque había sido una orden del presidente que nosotras estuviéramos ahí. Cuando terminó el recorrido por Irapuato, el camión se dirigió a Valle de Santiago, después a Yuriria, a Cortazar, y a Celaya, entre otros municipios, en el trayecto el presidente Echeverría habló conmigo y mis compañeras, le pedimos el apoyo para la escuela, afortunadamente, nuestra solicitud fue escuchada, siendo el grupo de segundo grado, los maestros y el doctor Enrique López Díaz quienes dimos seguimiento al proceso, algún tiempo después comenzó la construcción

de la escuela de enfermería de Irapuato, aunque esa ya es otra historia, pero todo comenzó por la inundación de Irapuato de 1973.



Imagen 2. De izquierda a derecha: Guillermina Sánchez Vega (“Guille”), María de los Ángeles Aguilar Martínez, protagonista de esta historia, y Ma. Guadalupe Martínez Salazar (“Lupe”).



50 años. 50 historias sobre la inundación de Irapuato de 1973.
Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2023 en los talleres de la
Imprenta ABC de León, Guanajuato.
El tiraje fue de 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

